

faltan los n.ºs 1.320 y 1355
LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

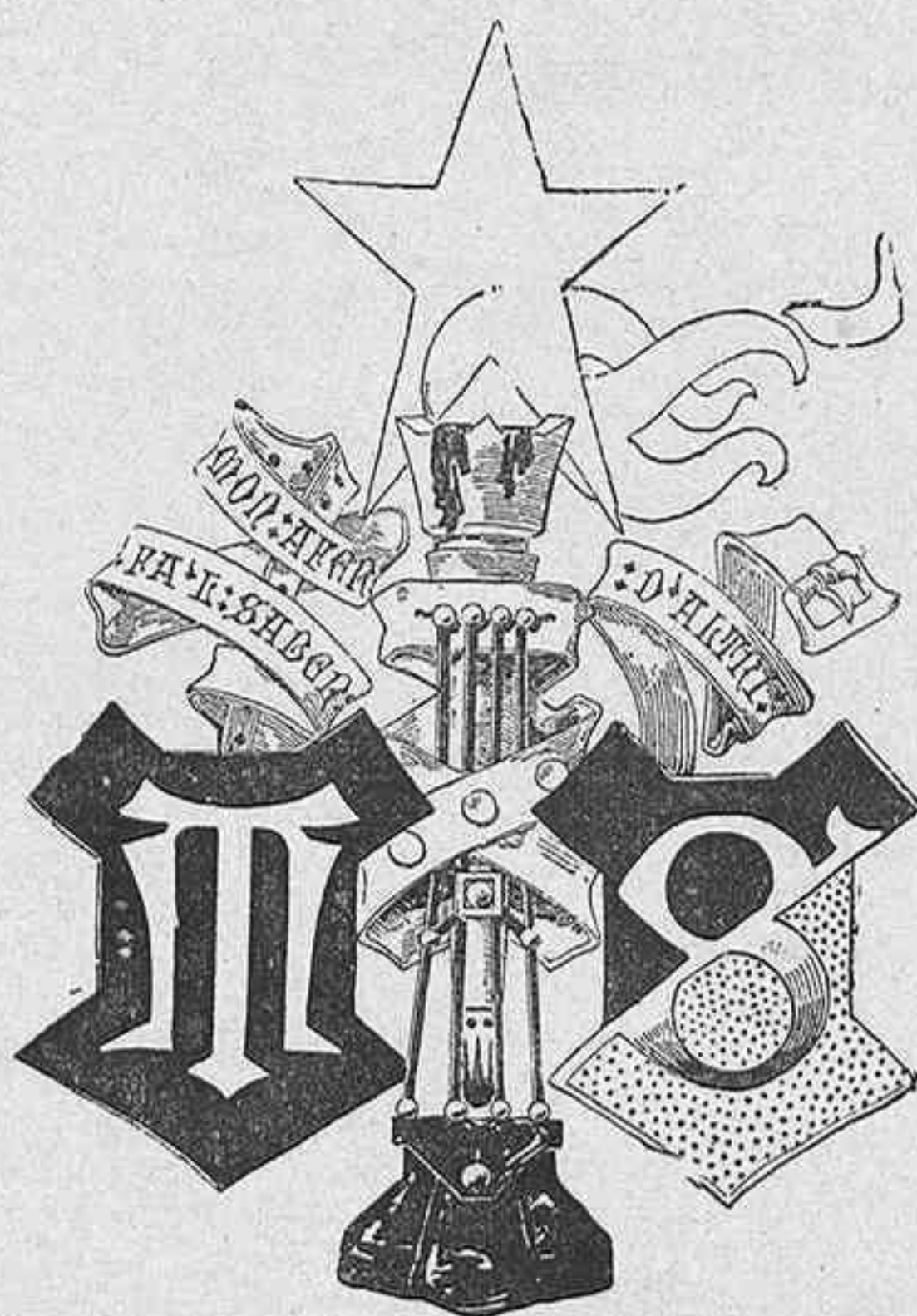
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



Reg. 1110
HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

TOMO XXVI.—AÑO 1907

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1907

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS



INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

ABENIACAR (Carlos). - Los últimos milagros de la electricidad, pág. 46. - La copa-challenge aeronáutica «Margarita de Saboya», 163. - El último descubrimiento de Pompeya. La casa de los «Amorillos dorados», 174. - La Pascua de los judíos en Roma, 223. - La estatua de una sacerdotisa griega, 351. - Roma. Las últimas excavaciones en el Palatino. Descubrimiento de una necrópolis, 446. - Los descubrimientos de Pestum, 462. - Las excavaciones recientemente efectuadas en Ostia, 782.

ANDERSON (Alder). - Los colmenares del Cáucaso, 406.

ARGENTE (Baldomero). - El hurto de Filomena, 635.

BACCANI GIANI (Silvia). - Escenas canarias, 507.

BALSA DE LA VEGA (R.). - El Museo Nacional de Nápoles (antes Borbónico), 94.

BARRANTES (Pedro). - La sopa de coles, 555.

BARRY SHEIL. - Vida por vida, 379.

BAUMGARTEN (F.). - La caza de las serpientes de cascabel, 454.

BAYONA (Enrique). - Una perla rara, 603.

BELTRÁN RÓZPIDE (R.). - Revista hispano-americana, 58, 122, 186, 250, 378, 442, 506, 570, 634, 698, 762, 826.

CAMBA (Francisco). - El regreso, cuento, 75.

CARITENE (Francisco de). - El minué de los albatros, 502.

CARRERE (Emilio). - La musa del arroyo, 699.

CARRETERO (M.). - Los maestros del Arte español. El escultor M. Blay, 459. - Julio Romero de Torres, 540. - La risa triunfante. El primer Salón de caricaturas de Madrid, 710. - Décima exposición del círculo de Bellas Artes de Madrid, 779.

CATALÁ (Víctor). - Antojo (cuento), 3.

CORCHUELO (El bachiller). - La dicha en una broma. Comedia carnavalesca, 107. - La resurrección de un idilio, 267. - El verdadero amor (Extracto de novela valenciana), 715.

COVEY (Arturo S.). - Entrepáño pintado por Mr. Frank Brangwyn para la Bolsa de Londres, 509.

CHAVES (Angel R.). - Salir por la puerta de los carros, 731.

DELEDDA (Gracia). - Los primeros besos (cuento), 14.

DELLING (Arturo J.). - Algunos problemas casi resueltos por la ciencia, 438.

DIMOCK (A. W.). - La caza de un manatí, 550.

DMORBER GRIFFITH. - La pesca de esponjas, 18.

ESCALERA (F. de la). - Chong, 443. - El tigre blanco, 763.

FASTENRATH (Juan). - Los Juegos Florales de Colonia, 333.

FRANCÉS (J.). - Los reyes crueles, 27. - La primera falta, 619.

GARCÍA LADEVESE (E.). - El cuento de los ojos azules, 10.

GARCÍA LLANSÓ (A.). - Juan Cardona, 477.

GESTOSO Y PÉREZ (J.). - Jardines andaluces, 155. - Cruces y humilladeros, 395.

GÓMEZ CANDELA (P.). - El abanico mágico (cuento), 363. - Remedio infalible (cuento que puede ser historia), 683.

GOMILA (Sebastián). - La nonada (cuento), 123.

GONZÁLEZ ACHA (Elina). - Siete Estrellas, 235.

GRIMM (H. es). - Unojito, Dosojitos, Tresojitos (cuento), 60.

GUERRA (Angel). - A distancia, 331. - Río abajo, 811.

HAENEN (F. de). - La Natividad en Belen, 827.

HALIFAX (Hugo). - La confesión de un ladrón, 441.

HAMILTON (V. M.). - Una prisión que pueda servir de modelo al mundo entero, 342.

HERNÁNDEZ CATÁ (Alfonso). - De payasos, 219.

HILL (Enrique). - Las arañas cautivas, 758.

INCE (Carlos). - El oro en el Banco de Inglaterra, 598.

LEVETUS (A. S.). - Muebles antiguos de los campesinos austro-húngaros, 294.

LUJÁN (J. F.). - El anónimo, 283. - La conversión de D. Cosme, 475.

MAC GRATH (F.). - Los esclavos blancos de las pesquerías de Terranova, 54.

MAC KENZIE (F. A.). - El verdadero peligro amarillo, 478.

MARQUINA (E.). - La mentira sospechosa, 524.

MARTEL (E. A.). - El Instituto de la garganta de Olen, 648.

MATA (Pedro). - ¡Pobre titín!, 667.

MENÉNDEZ AGUSTY (J.). - Juana y Antonia, 11.

MORENO BUSTAMANTE (Raúl). - Excmo. Sr. D. Claudio Williman, 190.

MORENO GODINO (F.). - Percances románticos, 332.

MILLÁN (Camilo). - La torre de las cigüeñas, 556.

MOUNTSTEPHEN (W. A.). - Un camino giratorio, 471.

MOUZIN (Alejo). - Los nuevos frescos del palacio de los papas de Aviñón, 348.

MUÑOZ DUEÑAS (F.). - Siempre tarde. Pasaje novelesco, 203.

NOGUERAS OLLER. - El tormento de los celos, 139. - La señorita «Spleen», 251.

OLIVER (Miguel S.). - Barcelona. V Exposición de Arte (Notas de un profano), 314, 330 y 346.

PARDO BAZÁN (Emilia). - La vida contemporánea, 2, 42, 74, 106, 138, 170, 202, 234, 266, 298, 362, 394, 426, 458, 490, 522, 552, 586, 618, 650, 682, 714, 746, 778, 810.

PASTOR RUBIRA (J.). - La limosna, 156.

PAYNE (W. H.). - La caza del kanguro, 630.

PEARY (R. E.). - La atracción del Polo Norte, 694.

PÉREZ NIEVA (Alfonso). - El santo de la maestra, 427. - El fruto sembrado, 587.

POU ORFILA (J.). - Montevideo. III Congreso Médico Latinoamericano, 366.

RITTWAGEN (Guillermo). - Marruecos. El puerto de Tánger en construcción, 159.

RUDAUX (Luciano). - Observatorio del Pico de Mediodía (Francia), 261.

RUIZ LÓPEZ (Rafael). - Celos, 20.

SAWH (Miguel). - Mi otro yo, (cuento), 747.

SAWYER (Dr.). - La pesca de esponjas, 18.

SOLSONA (Justo). - Exposición de arte pictórico español en Buenos Aires, 77.

SORIANO (M.). - El pan del pobre, 347. - El vivo retrato, 795.

STARR (Laura). - Los criaderos artificiales de ranas, 470.

TALBOT (F. A.). - Un criadero de langostas en Wexford, 602. - El telégrafo entre el Cairo y la ciudad del Cabo, 678. - Proyecto de irrigación del Canadá, 798.

TÉLLEZ Y LÓPEZ (Juan). - El canto del gallo, 187.

TIMMS (W. M.). - Un robo singular, 171.

TURMO (Mariano). - ¡Por una colilla!, 43.

UN EMPLEADO DEL BANCO. - Los billetes del Banco de Inglaterra, 166.

VALLE (Adrián del). - La vuelta del presidio, 91. - La instrucción primaria en Cuba, 719.

VIDAL (Fabián). - Después del triunfo, (cuento), 571.

WILSON (Baronesa de). - Lo imprevisto, 539.

ZEDA. - Crónica de teatros, 25, 90, 154, 218, 282, 410, 474, 538, 602, 666, 730, 794.

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

Museo Nacional Bávaro de Munich, pág. 6.

El país de Circe, 29.

El abate Perossi y su Escuela de canto, 30.

Barcelona. - Monumento a Federico Soler, 31.

Las plantas artificiales, 38.

La cuestión de Marruecos, 50, 62, 78, 143, 239, 258, 382, 590, 614, 622, 655, 742.

Compañía dramática siciliana, 59.

El acorazado inglés *Dreadnought*, 66.

El nuevo shah de Persia, 70.

París. - La asamblea de los prelados, 79.

El terremoto de Kingston (Jamaica), 82.

Barcelona. - *Meeting* contra el proyecto de ley de Asociaciones, 86.

París. - Concurso de dactilografía, 95.

Un descubrimiento importante en la manufactura de porcelana de Sevres, 98.

Las elecciones en Alemania, 102.

Obras pictóricas de Gainsborough, 110.

La catástrofe minera de Saarbruck (Alemania), 118.

La quinta encantada Electra, en Troyes, 125.

La telefotografía en «L'Illustration» de París, 127.

El terremoto de Kingston (Jamaica), 134.

La perforación de las orejas, 135.

Notas de Carnaval. Madrid y Niza, 140.

Los túneles subterráneos de Nueva York, 150.

La Rhodesia, 151.

Taller escuela flotante del profesor Wili-Lange, 158.

El moro «Valiente», 173.

El naufragio del vapor «Berlín», 175.

Cosas de China. El hambre y la peste, 182.

El aeroplano Kapferer, 183.

Últimas excavaciones practicadas en el Foro Romano, 188.

París. - El Metropolitano. Obras que se ejecutan en la Plaza Saint-Michel, 198.

El sacerdote Petroff, 199.

Tolón. - La catástrofe del acorazado francés «Jena», 207.

Fiesta de la Colombiada en el Tibidabo, 210.

El cable de Barcelona a Palma de Mallorca, 214.

El abuso del té, 214.

Banquete a Querol, 215.

El duelo en los Estados Unidos, 220.

Salvamento de los tripulantes del *Jebba*, 220.

Tolón. - Entierro de las víctimas del acorazado *Jena*, 222.

Nuevos aparatos de aviación. Los aeroplanos Bleriot y Santos-Dumont, 230.

El rey de Sajonia en Madrid, 231.

La reforma de Barcelona, 238.

Barcelona. - El «Amerikan-Park», 246.

Un nuevo y curioso método de enseñanza, 246.

Automóvil postal americano, 247.

Los cuadros de José Cusachs, 252.

Barcelona. - La jura de la bandera, 254.

Las fiestas de Cartago, 255.

Buenos Aires. - Monumento al general Mitre, 268.

Barcelona. - Quinto concurso internacional de *lawn-tennis*, 270.

Cartagena. - Entrevista de Eduardo VII y Alfonso XIII, 271.

Las víctimas de la paz en Inglaterra, 279.

Barcelona. - Hospitales de la Santa Cruz y de San Pablo, 284.

Barcelona. - V Exposición de Arte, 299.

París. - Una ascensión aerostática monstruo, 310.

Barcelona. - Teatro Principal. «La niña dormida al bosch», 311.

Burdeos. - Exposición Marítima Internacional, 326.

Finlandia. - Las primeras mujeres diputadas, 327.

El rey de Siam en Europa, 334.

Madrid. - Salón del Automóvil, 335.

Barcelona. - Los Juegos Florales. - La fiesta del Arbol, 338.

Nuevo aviso lanzatorpedos, 344.

París. - Monumento a Trarieux, 350.

Barcelona. - Festival en el Palacio de Bellas Artes, 350.

Roma. - El último consistorio pontificio, 351.

Nacimiento y bautizo del heredero de la corona de España, 354.

Pesquerías de arenques en las costas de Inglaterra, 558.

Las algas alimenticias en el Japón, 359.

Las excavaciones de Elefantina, 359.

París. - Los perros polizontes, 360.

París. - Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses, 364.

Representación de «Electra», de Sófocles, en las ruinas de Timgad, 367.

Barcelona. - Festivales benéficos, 370.

Festival deportivo en las Escuelas Pías de Sarriá, 374.

Barcelona. - Exposición en el Círculo de Propietarios de Francia, 376.

Los últimos descubrimientos de Antioque, 386.

Barcelona. - Concurso de globos aerostáticos, 390.

Plancha conmemorativa de la segunda Conferencia de la Paz, 398.

Coche-canoa automóvil, 398.

Barcelona. - Concurso de esgrima, 399.

Venecia. - La vida en la góndola, 411.

Consagración episcopal, 414.

La fotografía de los colores, 418.

Carrera automovilista, 418.

Barcelona. - Concurso de tiro de pichón, 422.

La Conferencia de La Haya, 423.

El célebre escultor holandés Enrique Teixeira de Mattos, 428.

Los amigos. - Proceso del Corpus, cuadros de V. Coromaldi y P. Joris, 429.

Barcelona. - V Exposición internacional de Arte. La sección japonesa, 430.

Barcelona. - Las fiestas de junio. La rondalla gallega. La banda militar francesa. Las carreras a pie, 431.

Las Arenas de Barcelona, 434.

Monumento a Bossuet, 450.

Automóvil movido por el ácido carbónico, 455.

La Real Fábrica de Sajonia, en Meisen, 466.

Empleo del grafito como lubricante, 470.

Mezclas explosivas de éter y aire, 471.

Regatas organizadas por el Real Club de Barcelona, 472.

Carrera automovilista Pekín-París, 482, 495, 527, 542 y 591.

Conflicto yanqui-japonés, 482.

Brujas. - La Exposición del Toisón de Oro, 486.

Barcelona. - Reparto de premios a los alumnos de la clase de árabe, 487.

Frescos descubiertos en la Academia de Bellas Artes de Florencia, 492.

El escultor húngaro Gyula Donath, 494.

Praga. - La fiesta de los sokols, 498.

Brest. - Marineros yanquis y japoneses, 514.

El arco de Aragón en Nápoles, 514.

San Sebastián. - Concurso de bandas y orfeones, 518.

El Instituto Carnegie de Pittsburgh, 519.

El acorazado inglés «Bellerophon», 526.

La Haya. - El Palacio de la Paz, 526.

Consejo de vecinos de San Carlos (Fernando Poo), 530.

Marruecos. - Los sucesos de Casablanca, 530.

Valencia. - Los Juegos Florales del «Rat Penat». - Llegada de Sr. Kindelán, 534.

Vitoria. - Colocación de la primera piedra de la nueva catedral, 543.

San Sebastián. - Visita de los marineros japoneses, 542.

La entrevista de Swinemünde, 546.

La Exposición de Dinant, 556.

Actualidades nacionales y extranjeras, 558.

Vallvidrera (Barcelona). - Concierto del «Orfeo Catalá», 562.

El descarrilamiento de Tremessen (Alemania), 562.

Arlés. - Representación de «Ifigenia», 573.

Notas de actualidad, 574.

Andorra. - Toma de posesión del nuevo príncipe soberano, 578.

Barcelona. - Segunda expedición de obreros de esta provincia, pensionados por el Estado para perfeccionarse en el extranjero, 582.

La expedición Wellmann al Polo Norte, 583.

La historia del papel, 584.

Obras de Reinoldo Begas, 588.

El «Cullinan», el diamante mayor del mundo, 591.

Barcelona. - Bolsa del Trabajo, 594.

Una innovación en el deporte náutico, 594.

Monumento a S. S. León XIII, erigido en la Basílica Lateranense, 604.

El crucero chileno «Ministro Zenteno» en Barcelona, 606.

Cuadros pertenecientes a la colección Konn, 608.

Una misa en el pico Veleta (Sierra Nevada), 610.

Los reyes de España en Francia, 616.

Los marineros chilenos en Barcelona, 621.

Sorrento en la literatura, 623.

San Petersburgo. - La iglesia expiatoria, 625.

El pintor escocés Enrique Raeburn, 637.

El jubileo búlgaro, 638.

Oficiales del ejército chino en Europa, 639.

Barcelona. - El globo cautivo, 639.

Actualidades barcelonesas, 642.

Una colonia alemana en el África Oriental, 646.

Notas marroquíes. - Marruecos. Los aissauas. Rabat. El juego de la pólvora, 651.

Las fiestas de Valladolid. El torneo. Los caballeros en plaza, 668.

Las inundaciones. En el Mediodía de Francia. En Málaga, 670.

Una boda sensacional, 674.

Nuevo sistema de juego del ajedrez, 674.

Túnez. - Escuela de hurfes, 686.

El ferrocarril de la Junfrau (Suiza), 690.

Exposición de Bellas Artes de Venecia, 700.

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Cataluña, 702.

Los ladrones de iglesias en Francia, 706.

Marruecos. - La embajada francesa en Rabat, 706.

Dos obras del Greco, 718.

El aeroplano Farman, 718.

SS. MM. los reyes de España en París, 726.

París. - La copa Branger para pequeños modelos de canoas automóviles, 734.

Barcelona. - Festival en el Parque Güell, 735. - La próxima temporada del Teatro del Liceo, 735. - Bendición de la bandera del somatén de San Justo Desvern, 738.

Los embajadores de Muley Hafid en Europa, 738.

Brujas. - La Exposición del Toisón de Oro, 748.

Barcelona. - Canet de Mar. La coronación de la Virgen de la Misericordia, 750.

El teatro de Túsculo, 750.

Barcelona. - La nueva escuela para ciegos y sordo-mudos, 754.

Los candidatos a la Presidencia de la República de los Estados Unidos del Norte de América, 764.

Arquilla regalada al emperador de Alemania, 764.

La transmisión telegráfica de las fotografías, 766.

El duque de los Abruzzos en Barcelona, 767.

Un pleito sensacional en Londres. La herencia del duque de Portland, 770.

La boda del infante D. Carlos de Borbón y la princesa Luisa de Orleans, 775.

Una descendiente de Carmen, 786.

París. - Exposición decenal del automóvil, 786.

Tarragona. - La catástrofe de Riudecanyas, 786.

El Cairo. - Puente sobre el Nilo, 791.

El actor, canción picaresca, cuadros de Uhde, 796.
La crisis portuguesa, 799.
La tercera Duma rusa, 802.
San Petersburgo. Monumento á Pedro el Grande, 807.
El proceso Druse Portland, 808.
El globo dirigible «Patrie», 812.
Los sucesos de Marruecos. - En Casablanca. - En la frontera argelina, 814.
El bacteriólogo Dr. D. Jaime Ferrán, 815.
Medalla conmemorativa de la V Exposición de Arte de Barcelona, 818.
Monumento á Santa Isabel, 818.
El gas grisú. - Las «Rowton houses» de Londres, 822.
El rey Oscar II de Suecia, 823.
La nueva Guardia Urbana de Barcelona, 824.
Los hermanos Margueritte. - La ametralladora Fitzgerald, 830.

Los premios Nobel en 1907, 831.
El lago Nemi, 839.
Edificio de la nueva casa editorial M. Bordoy y C.^a. - Los ferrocarriles eléctricos en Suecia, 838.

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

BORDEAUX (Enrique). - El miedo á la vida, págs. 21, 35, 51, 67, 83, 99, 115, 131, 147, 163, 179, 195, 211, 227, 243 y 259.
GIBBON (Carlos). - La reina del Prado, págs. 579, 595, 611, 627, 643, 659, 675, 691, 707, 723, 739, 755, 771, 787, 819, y 835.
GREVILLE (Henry). - Aurette, págs. 275, 291, 307, 323, 339, 355, 371, 387, 403 y 419.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXVI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

Andorra. - Toma de posesión del nuevo príncipe soberano, pág. 578.
Arlés. - Representación de la tragedia de Racine *Ifigenia*, 573.
Barcelona. - Inauguración del monumento á Federico Soler (Serafi Pitarra), 31. - «El gallo del pobre». Distribución de comestibles entre familias necesitadas, con motivo de las últimas Navidades, 40. - El maestro Mascagni y los profesores de la orquesta del Liceo, 72. - Vistas de la llegada del Sr. Vázquez de Mella y del *meeting* en las Arenas, 86 y 87. - Entierro de D. Manuel Durán y Bas, 126. - Escena del drama «La Mare», 168. - La fiesta del Arbol celebrada en el Tibidabo. - El gobernador en la recepción diaria de los periodistas y en el Hospital de San Pablo, 178. - Aspecto de un colegio electoral en las elecciones de diputados provinciales, 194. - Fiesta organizada por la Real Sociedad Colombófila de Cataluña, 210. - El cable de Barcelona á Palma de Mallorca, 214. - Banquete en honor de Agustín Querol, 215. - Las autoridades presenciando el desembarque del príncipe de Battenberg. - El príncipe de Battenberg presenciando una partida de «lawn-tennis» en el chalet de los Sres. Arnús, 217. - Acto de la firma del contrato entre el Ayuntamiento y el Banco Colonial para la ejecución del proyecto de reforma, 238. - «Amerikan-Park». - El «circle swing», 246. - Festejos organizados por el regimiento de dragones de Numancia, 248. - La jura de la bandera, 254. - Concurso internacional de «lawn-tennis», 270. - Imposición de cruces á los Sres. Miquel, Espuis y Naya, 280. - Inspección del coche asaltado á tiros al dirigirse al *meeting* del Casino de Sans, 290. - Almuerzo íntimo con motivo de la Exposición internacional de Bellas Artes, 296. - Palacio de Bellas Artes. - Inauguración oficial de la V Exposición de Arte. - Secciones belga, italiana, francesa, holandesa y españolas. - Salas Zuolaga, 299, 300, 301, 302, 303 y 306. - Banquete á los organizadores, jurado, autoridades, etc., 312. - V Exposición Internacional de Arte. Salas y secciones, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322 y 323. - Vistas parciales del gran salón de fiestas de la V Exposición Internacional de Arte, 336 y 337. - Fiesta de los Juegos Florales, 338. - Fiesta del Arbol, 338. - V Exposición Internacional de Arte. - Salas italianas decoradas por el Sr. Vilomara, 349. - Festival en el Palacio de Bellas Artes, 350. - Festival benéfico celebrado en el Parque, 370. - Festival deportivo en las Escuelas Pías de Sarriá, 374. - Inauguración de la Exposición de Artistas independientes, Gracia, 376. - Concurso de globos aerostáticos, 390 y 391. - Fiesta Nacional Catalana en el Parque, 392. - Concursos de esgrima. Los más famosos tiradores, 399. - Tiro de pichón, 422. - V Exposición de Arte. - Sección japonesa, 430. - La rondalla gallega «Airiños d'a miña terra», 431. - Llegada de la banda francesa del 2.º regimiento de ingenieros, 431. - La plaza de toros nueva convertida en circo ecuestre. - Carreras á pie organizadas por *El Mundo Deportivo*, 434. - Banquete al escultor José Llimona, 440. - Fiestas del homenaje á Clavé, 456. - Regatas organizadas por el Real Club, 472. - Reparto de premios á los alumnos de la clase de árabe, 487. - Bolsa del Trabajo, 594. - Inauguración del globo cautivo, 639. - Banquete en el Embarcadero de Viajeros, en honor de los ingenieros franceses, 642. - Automóvil adquirido por el Ayuntamiento para el servicio de incendios, 658. - San Justo Desvern. Bendición de la bandera del somatén, 738. - Canet de Mar. Fiestas de la coronación canónica de la imagen de la Virgen de la Misericordia, 751. - Colocación de la primera piedra del nuevo edificio para escuela de ciegos y sordo-mudos, 754. - Festival celebrado en el Parque Güell. - Principales artistas de la temporada de invierno del Gran Teatro del Liceo, 755. - El Dr. D. Jaime Ferrán, 815. - La nueva Guardia Urbana, 824. - Edificio de la nueva casa editorial M. Bordoy y C.^a, 833.
Berlín. - Las elecciones para el Reichstag alemán, 102.
Brest. - Marineros yanquis y japoneses. El almirante japonés Ijuin y el almirante yanqui Stockton, 514.
Brujas. - Exposición del Toisón de Oro, 486. - Monseñor Wafelaer y el rey Leopoldo II. - El puerto de Zeebrugge. - El torneo del «Arbol de Oro», 510 y 511.
Budapest. - Las hijas del Rhin en el teatro de la Opera, 184.
Buenos Aires. - Medalla conmemorativa de la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, 530.
Burdeos. - Palacio de la Exposición Internacional de la Liga Marítima Francesa, 326. - SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y la reina Victoria á la puerta del «Hotel de France», 616. Carrera automovilista Pekin-París, 476, 527, 542 y 591.
Cartagena. - Entrevista de Eduardo VII y Alfonso XIII, 271.
Cartago. - Representación de «La muerte de Cartago», 255.
Casablanca. - Doce reproducciones fotográficas, 574 y 589. Catástrofe ferroviaria ocurrida en la línea de París-Burdeos, 600.
Colonia. La reina de la fiesta y su Corte de Amor en los Juegos Florales, 383.
Conferencia dada por el profesor sobre la transmisión de las fotografías á distancia, 127.

Conflicto yanqui-japonés. Marineros embarcándose en los acorazados, 476.
Consagración episcopal del Ilmo. Dr. D. Francisco de Pol y Baralt (siete grabados), 414 y 415.
Copa-challenge, premio del concurso aeronáutico «Margarita de Saboya», 103.
Corea. - El golpe de Estado de Seúl, 615.
Coves (*Inglaterra*). - La escuadra de reserva («Home Fleet»), 558.
China. - El hambre y la peste. Vistas de los campos de concentración, 182.
El aeroplano Farman, 718.
El capitán inglés Meynell recogiendo las piezas perdidas por el globo «Patrie», 813.
El conflicto marroquí en Argel y en Casablanca, 559.
El coronel inglés Fitzgerald, ensayando su ametralladora, 830.
El crucero chileno «Ministro Zenteno» en Barcelona, 606 y 607.
El diamante «Cullinan», regalo del Parlamento del Transvaal al rey Eduardo VII, 591.
El duque de los Abruzzos en Barcelona, 767.
El grismetro Grehaut, 822.
El Havre. - Huelga de los inscritos marítimos, 408.
El naufragio del vapor «Berlín» en las costas de Holanda, 175.
El teatro del mar en Biarritz. Una representación de «Fedra», 673.
El telégrafo entre el Cairo y la ciudad del Cabo, 678.
El terremoto de Kingston (Jamaica). Vistas de la King Street y de la Harbour Street, 134. - Conducción de cadáveres, 135.
Entrada en Madrid del rey Federico de Sajonia, 231.
Expedición Welmann al Polo Norte. En Virgo-Bay (Spitzberg), 583.
Exposición de Dinant-sur-Meuse (Bélgica). Relicario y objetos de valor artístico é histórico, 556.
Fernando Poo. - Asamblea agrícola de San Carlos, 504. - Consejo de vecinos de San Carlos, 530.
Ferrocarril de la Junfrau (Suiza), 690.
Hamburgo. - Taller escuela para pintores marinistas, 158.
Ischl (*Austria*). - Entrevista del rey Eduardo VII y del emperador Francisco José, 575.
Italia. - Prueba Targa Florio en Bonfornello (Sicilia). El vencedor Nazzaro, 310.
La boda del infante D. Carlos de Borbón y la princesa Luisa de Orleans, 775.
La catástrofe de Riudecanyas (provincia de Tarragona), 783.
La catástrofe minera de Saarbruck (Alemania), 118 y 119.
La Haya. - La segunda Conferencia de la Paz, 423. - M. Neldoff poniendo la primera piedra del Palacio de la Paz, 526.
La inmigración japonesa en los Estados Unidos, 681.
La instrucción militar en China, 478 y 479.
La instrucción primaria en Cuba. Escuelas de la Habana, 719.
La inundación de Manresa, 887.
Las excavaciones recientemente efectuadas en Ostia, 782.
Las fiestas de Valladolid. El torneo. Los caballeros en plaza, 668 y 669.
Las inundaciones. En el Mediodía de Francia. En Málaga, 670 y 671.
La transmisión telegráfica de las fotografías, 766.
Londres. - El ayunador Sacco en el momento de terminar su ayuno de cuarenta y seis días, 151. - Una fiesta de personas reales, 784. - Un grupo de ocho testas coronadas en el palacio de Windsor, 785.
Los marineros chilenos en Barcelona, 621.
Los obreros de la provincia de Barcelona pensionados por el Estado para perfeccionarse en el extranjero, 582.
Los primeros alumnos de las escuelas militares chinas llegados á Europa, 639.
Los hermanos Pablo y Víctor Margueritte, escribiendo el drama *L'autre*, 830.
Los sucesos de Marruecos en Orán y en Casablanca, 614.
Los sucesos de Marruecos. Los asesinos del Dr. Manchamp, 466.
Los sucesos de Marruecos. Embarco de una ametralladora automóvil en Marsella, 840.
Los últimos milagros de la electricidad. El descubrimiento de M. Poulsen. El arco voltaico parlante, 46.
Madrid. - Carrozas premiadas en el Carnaval, 141. - Instalaciones del Salón del Automóvil, 335. - Nacimiento del príncipe de Asturias, 352. - Presentación del príncipe heredero, 353. - El príncipe de Asturias en su cuna, 354. - Bautizo del príncipe de Asturias, 354.
Marruecos. - Si Guebbas acampando con su «mehalla» en las inmediaciones de Tánger, 39. - Campamento de la «mehalla» de Si Mahomed El Guebbas á las puertas de Tánger, 50. - Soldados de la mehalla, jefes de cabila, caravana y cabileños convocados por el Raisuli, 143. - Lectura de una carta del sultán, 144. - Conducción de rebeldes prisioneros á Fez, 145. - El puerto de Tánger en construcción, 159. - Plaza del Mercado de Marrakesh. - Una calle de Uxda. - Vista general de Uxda, 239. - Fotografía de la casa del Dr. Manchamp. - Primer encuentro del coronel Reibell con las autoridades marroquíes, en Uxda, 258. - El gobernador francés recorriendo las calles de Uxda. - Vista de la Alcaicería de Uxda, 286. - Vistas de Casablanca, 525. - La expedición á Sidi Brahim,

GREVILLE (Enry). - El marido de Aurette, segunda parte de «Aurette», págs. 421, 435, 451, 467, 483, 499, 515, 531, 547 y 563.

PENSAMIENTOS, págs. 74, 90, 106 y 154.

MISCELÁNEA, págs. 50, 82, 98, 114, 130, 146, 162, 178, 210, 226, 258, 310, 338, 370, 386, 402, 418, 434, 450, 498, 514, 546, 626, 722, 754, 786, 802, 818.

LIRROS ENVIADOS Á LA REDACCIÓN, págs. 88, 119, 136, 216, 439, 455, 503, 568, 579, 695, 727, 792, 807 y 839.

NUESTROS GRABADOS, págs. 34, 82, 98, 130, 142, 162, 178, 226, 242, 274, 290, 386, 450, 498, 530, 562, 578, 594, 610, 626, 642, 658, 674, 690, 722, 738, 754, 802 y 818.

696. - La embajada francesa dirigiéndose al palacio del sultán en Rabat, 706. - Casablanca. Entierro del capitán Ihler. - El teniente coronel du Fretay pronunciando el elogio fúnebre del capitán Ihler, 742. - Cadáveres de moros en el combate del 19 de octubre, 743. - Los gumiers en el muelle de Argel. - Embarque de los gumiers, 814.
M. Jorge Knap en su despacho, 125.
Mónaco. - *Meeting* de canoas automóviles, 264.
Montevideo. - III Congreso Médico Latino-americano, 366.
Montpellier. - La crisis vinícola en Francia, 424.
Narbona. - Entierro de las víctimas de los motines causados por la crisis vinícola, 430.
Naufragio del vapor *Jebba*, 220.
Niza. - S. M. Carnaval XXXV. Desfile del cortejo por la plaza de Massena, 141.
Notas marroquíes, 651, 652, 653 y 654.
Nueva York. - Los nuevos túneles subfluviales, 150. - El general Kuroki y su sobrina, 380.
Nuevo sistema de juego del ajedrez, 674.
Palermo. - SS. MM. los reyes Eduardo VII y Victoria de Inglaterra en la «villa» Igea, 326.
París. - Vistas del campeonato de dactilografía, 95. - Manifestación obrera en demanda del descanso semanal, 104. - Una «chauffeur» poniendo el automóvil en marcha, 114. - El aeroplano Kapferer, 183. - La huelga de los electricistas, 191. - El metropolitano. Obras en la plaza Saint-Michel, 198. - La «Mi-Carême». La reina de los Mercados y sus señoritas de honor en el Palacio del Elíseo, 200. - El aeroplano Bleriot. - El aeroplano Santos-Dumont, 230. - La huelga de los panaderos, 270. - Primeros automóviles destinados á ambulancias militares, 274. - Ascensión de los globos «Aigle» y «Micromegas», 310. - Carruaje-canoa automóvil, 398. - El hidroplano Santos-Dumont, 664. - Nuevo sistema anunciador. Las mujeres «sandwick», 680. - M. Remond andando sobre el agua en el aparato de su invención, 712. - La copa Branger para premiar modelos de canoas automóviles, 734. - S. M. la reina D.^a María Cristina visitando la Exposición de Crisantemos, 776. - Décima exposición anual del Salón del Automóvil, 781.
Pompeya. - La casa de los «Amorcillos dorados», 174.
Pont-de-Ce (*Francia*). - La catástrofe del puente de Maurilliers, 552.
Pont-sur-Seine. - Entierro de Casimiro Perier, 206.
Praga. - La fiesta de los sokols, 498.
Representación de *Electra*, de Sófocles, en las ruinas de Timagad, 367.
Riotinto. - Los representantes de las diputaciones provinciales reunidos en asamblea en Sevilla, visitando las famosas minas, 728.
Roma. - El abate Perossi y los monaguillos de la Escuela de canto dirigida por él. - El cardenal Merry del Val en su despacho, 30. - Últimos descubrimientos realizados en el Foro Romano, 188 y 189. - Consistorio pontificio en el Vaticano, 351. - Las últimas excavaciones en el Palatino. Descubrimiento de una necrópolis, 446 y 447.
Rusia. - El sacerdote liberal Petroff, elegido miembro de la Duma, 199. - La tercera Duma recientemente inaugurada, 793.
San Luis (*Estados Unidos*). - Primera carrera de globos dirigibles, 760.
San Petersburgo. - La sala del palacio de Taurida, después del hundimiento del techo, 232. - La iglesia expiatoria, 626.
San Sebastián. - Concurso de bandas y orfeones, 518. - Los buques de guerra japoneses, 543. - La fragata de guerra argentina «Presidente Sarmiento», 558. - Los buques de guerra franceses «Du Petit Thouars» y «Leon Gambetta», 574.
Sofía (*Bulgaria*). - Fiestas del jubileo búlgaro. La familia del príncipe Fernando y la corte, 638. - Monumento erigido á la memoria del tsar Alejandro III, 638. - Trigésimo aniversario de la batalla de Plevna é inauguración del monumento erigido á la memoria de Skobelev, 673.
S. M. el rey D. Alfonso XIII en Cataluña. Cinco reproducciones fotográficas referentes á dicho viaje, 702 y 703.
SS. MM. los reyes de España en París, 726.
Suecia. - Salon de gala del palacio real de Estocolmo. - Trono de plata del rey de Suecia, 834.
Swinemünde. - Entrevista del tsar de Rusia y del emperador de Alemania, 546.
Terremoto de Calabria. Ruinas del pueblo de Ferruzzano, 774.
Tolón. - La catástrofe del acorazado francés «Jena», 207, 208 y 209. - Entierro de las víctimas del acorazado francés «Jena», 222.
Tremessen (*Alemania*). - Descarrilamiento del expreso Thorn-Berlin, 562.
Troyes. - La quinta encantada *Electra* de M. Jorge Knap, 125.
Túnez. - La escuela de jóvenes musulmanas, 686.
Últimos descubrimientos hechos en Antioque, 386.
Una colonia alemana en el Africa oriental, 646 y 647.
Una innovación en el deporte náutico. Nueva canoa, 594.
Una misa en el pico Veleta (Sierra Nevada), 610.
Valencia. - Los Juegos Florales del «Rat Penat», 534. - Llegada del capitán de ingenieros Sr. Kindelán, 535.
Vallvidrera (*Barcelona*). - Concierto del «Orfeo Catalá», 562.

Viena. - Monumento á la emperatriz Isabel, 402. - Vista general del nuevo establecimiento para hospitalización y tratamiento de locos, 722.
 Wilhelmsklo. - Entrevista de Eduardo VII y Guillermo II, 575.
 Vista general del arsenal de Nueva York, 476.
 Vistas referentes á Casablanca, 523.
 Vistas referentes á Marruecos, 62, 63, 78, 382.
 Vitoria. - Colocación de la primera piedra de la nueva catedral, 543.
 Wurzburg (Baviera). - El congreso de católicos alemanes, 632.

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO (POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

AGACHE (Alfredo). - Fantasía, cuadro, pág. 449.
 AGRASSOT (Joaquín). - Después de la merienda, cuadro, 77.
 ALCOVERRO (José). - La Fe. - La Justicia. - La Agricultura. - Sarcófago del panteón de la marquesa de Casas Novas, esculturas, 47.
 ALMA TADEMA (Lorenzo). - El paraíso en la tierra, cuadro, 48 y 49. - En el frigidarium, id., 400.
 ALVAREZ DE SOTOMAYOR (Fernando). - El rapto de Europa, cuadro, 333.
 APA (Eliás Feliu). - Abanico, caricatura, 710.
 ARNAU (E.). - Medalla conmemorativa, 818.
 ARNOLD (Herberto). - Cabrera, cabrita, pon la mesita, cuadro, 61.
 ATCHE (Rafael). - Fuente decorativa, escultura, 332.
 AZPIAZU (Salvador). - Dibujos que ilustran los artículos *Jardines andaluces*, 155 y 156. - *Cruces y humilladeros*, 395 y 396.
 BAIXAS (Juan). - Pescadores de truchas. - Pastorcita, cuadros, 92.
 BAIXERAS (Dionisio). - Apunte, dibujo, 305. - Estudio, id., 488.
 BALUSCHEK (Juan). - El vagabundo, cuadro, 593.
 BALLA (Jacobo). - En el espejo, cuadro, 345.
 BARBASÁN (Mariano). - El gallinero, cuadro, 28. - Cataplán, id., 393. - Anticóli-Corradó, id., 537.
 BAROJA. - Agua fuerte, 711.
 BAUERLE (Amelia). - Música divina, cuadro, 450.
 BEAUMONT (Hugo de). - En el baile de máscaras, cuadro, 489.
 BEGAS (Reinhold). - El rapto de las sabinas. - Sarcófago del Dr. Stronsberg. - Centauro y ninfa. - Candelabro. - Busto retrato. - La Naturaleza, esculturas, 416 y 417. - La Pintura. - Neptuno. - Monumento á Alejandro de Humboldt, id., 588.
 BENK (Juan). - Monumento erigido en Viena en honor del regimiento de los «Deutsche Meister», escultura, 242.
 BENLLIURE (Mariano). - Monumento erigido en Madrid al general D. Arsenio Martínez de Campos, escultura, 120.
 BESSI. - La bella durmiente, escultura, 679.
 BEUT (Luis). - Batalla de flores, cuadro, 89.
 BILBAO (G.). - Un molino en el Charente, cuadro, 780.
 BLAKENEY WARD (G.). - Mimado por la fortuna. ¿Cuál escogeré?, dibujo, 109.
 BLANQUÉ (Pedro). - Tipo indio del Chaco. - Reñidero de gallos en la capital de Salta (República Argentina), cuadros, 140.
 BLAY (Miguel). - Desencanto, escultura, 409. - Eclósión, id., 457. - Lámpara conmemorativa en la Casa Ayuntamiento de Palamós. - Apunte, dibujo. - Mujer y flores. - Tras la ilusión. - Retrato de la señora vizcondesa de J. - El grillete. - Fragmento del monumento al Dr. Rubio, 460, 461, 464 y 465.
 BONÉ (Enrique). - Duquesa de Devonshire, miniatura, 397.
 BONNAT (León). - Retrato del presidente de la República francesa, cuadro, 281.
 BORRELL (Julio). - Luna de miel, cuadro, 13. - Dibujos que ilustran los artículos *La vuelta del presidio*, 91. - *La dicha en una broma*, 107. - ¿Me conoces?, dibujo, 105.
 BOSCH (Jerónimo). - Parte central de un tríptico, *Omnis caro fenum*, 617.
 BOUCHER (Juan). - Monumento á Ludovico Trarieux en París, escultura, 350.
 BOYER (P.). - La romería de San Marcos, cuadro, 496.
 BRAECKE (Pedro). - Monumento á Eduardo Remy en Lovaina, escultura, 136.
 BRANGSWYN (Frank). - Estudios para el entrapaño de la Bolsa de Londres, pintura, 509.
 BREESE (Godofredo de). - Encajera, escultura, 288.
 BROWN (J. G.). - Un secreto. - El perro amaestrado, cuadros, 444.
 BRUENAUER (Otón). - Retrato de la Sra. X, cuadro, 177.
 BRUGADA (Ricardo). - Celos, cuadro, 20. - Planchadoras, id., 160. - Junto á la fuente, id., 256. - Cantar ilustrado, dibujo, 528.
 CABRINETY. - Dibujo para el artículo *¡Por una colilla!*, 43.
 CALDERÉ (José). - Dibujos que ilustran *El cuento de los ojos azules*, 10. - *Los reyes crueles*, 27. - *El tormento de los celos*, 139. - *De payasos*, 219. - *La señorita «Spleen»*, 251. - *El anónimo*, 283. - *El abanico mágico*, 363. - *Chong*, 443. - *La sopa de coles*, 555. - *Lo imprevisto*, 539. - *La primera falta*, 619. - *El hurto de Filomena*, 635.
 CAPDEVILA (D.ª Leonor). - Bordado artístico, 482.
 CARDONA (Juan). - Antes de la fiesta, cuadro, 473. - Paquita. - Vendedor de corbatas en España, id., 477.
 CARRERAS (Hijos de Francisco de A.). - Corona para la Virgen de la Misericordia de Canet de Mar (Barcelona), 750.
 CLAIRIN (G.). - Corriendo la pólvora, cuadro, 519.
 CLARASO (Enrique). - El Tiempo, escultura, 697.
 CLAU MEYER. - En mala compañía, cuadro, 142. - Concierto íntimo en un beaterio de Bélgica, id., 193.
 COGHGE (R.). - El Viernes Santo en la Scala Santa, cuadro, 396.
 COROMALDI (Humberto). - Los amigos, cuadro, 429. - El hijo, id., 701.
 COSWAY (Ricardo). - Lady Paget, miniatura, 397.
 COURTENAY POLLOK. - El actor inglés Enrique Irving, busto de bronce, 817.
 CROWPER (M.). - El milagro del amor, dibujo, 832.
 CRAIG (Francisco). - Ancianos del Asilo de Chelsea (Inglaterra) en la hora de recreo, dibujo, 768.
 CRANACH (Lucas). - Cristián II de Dinamarca, cuadro, 749.
 CRUZ (Pantoja de la). - Diego de Valmayor de Alcántara, cuadro, 765.
 CUSACHS (José). - José Cusachs, en su estudio, pintando el retrato de D. Alfonso XIII, 252. - Siguiendo el rastro. - Regreso de la cacería, cuadros, 253. - Amazona, id., 809.

CUTANDA. - Dibujos que ilustran los artículos *A distancia*, 331. - *El santo de la maestra*, 427. - *El fruto sembrado*, 587.
 CZECH (Emilio). - La Virgen y el Niño Jesús, cuadro, 97.
 CHARLIER (Guillermo). - La abuela, escultura, 172. - Los ciegos, id., 176. - Pescadores, id., 332. - La creación, id., 636.
 CHATILLON (C.). - Napoleón I, miniatura, 397.
 CHECA (Ulpiano). - En el abrevadero, cuadro, 720.
 CHIALIVA (Luis). - Manada de patos, cuadro, 368.
 COWPER (M.). - El milagro del amor, dibujo, 832.
 DADD (Francisco). - En el Asilo de Charterhouse (Inglaterra). Una partida de bolos en los jardines, 769.
 DALBANNE (Claudio). - Las Parcas, cuadro, 224.
 DALL'OCA BIANCA (A.). - Coquetería, cuadro, 745.
 DAVID (Gerardín). - La Virgen y el Niño, entre Sta. Catalina y Sta. Bárbara, cuadro, 749.
 DETTMANN (Luis). - Comida en el bosque, cuadro, 284.
 DOMÉNECH Y MONTANER (Luis). - Proyecto de los hospitales de la Santa Cruz y de San Pablo, en construcción. Barcelona, 285.
 DONATH (Gyula). - Águila en bronce. - Monumento á Kammermayer. - Monumento funerario. - El recuerdo, esculturas, 494.
 DRESSLER (Conrado). - S. M. la reina Victoria, escultura, 201.
 DUBOIS (Ernesto). - Monumento á Bossuet, en Meaux, escultura, 450.
 ECHTLER (A.). - Ondina, cuadro, 221.
 ENGELHART (J.). - Retrato del P. Willibrord, cuadro, 289.
 EVENEPOEL (H. J. E.). - En el café, cuadro, 288.
 EYCK (Juan van). - La Anunciación, cuadro, 748. - La Virgen y el Niño, id., 765.
 FALQUES (Pedro). - Monumento á Federico Soler (Seraff Pittara), arquitectura, 31.
 FELLNER. - Teatro Nacional Búlgaro, arquitectura, 152.
 FLESCHE-BRUNNINGEN (L. de). - Narciso femenino, cuadro, 737.
 FORTI (E.). - En la antigua Roma. Carreras de carros en el Circo Máximo, cuadro, 123 y 129. - Nápoles en tiempo de Nerón, id., 240 y 241.
 FORTINI (Eduardo). - Monumento á Goldoni, 162.
 FORTUNY (Mariano). - Cabeza de estudio, cuadro, 601.
 FRANCÉS (Fernanda). - Flores y pájaros, cuadro, 81.
 FRATER (Ernesto). - Dibujos que ilustran el artículo *Vida por vida*, 379.
 FREDERIC (León). - La comida del obrero, cuadro, 536.
 FRIEDRIC (Nicolás). - Galeotes, escultura, 28.
 FUGER (H. F.). - Caballero desconocido, miniatura, 397.
 GAINSBOROUGH. - Niño Rosa. - Mrs. Siddons. - Musidora. - Mrs. Robinson. - Almirante Hawkins. - La reina Carlota, cuadros, 110 y 111.
 GARCÍA Y RAMOS (J.). - Tipos sevillanos. El florero, cuadro, 257.
 GARNELO (José). - ¿Quién supiera escribir!, cuadro, 45.
 GASCOYNE (Alejandro). - Vidriera artística, 584.
 GEOFFROY (Juan). - La niña enferma, cuadro, 368.
 GILI Y ROIG (B.). - Dibujo que ilustra el cuento *Los primeros besos*, 14.
 GIRARD (Javier). - Monumento erigido á la memoria de M. Renato Goblet, arquitectura, 672.
 GÓMEZ DEL FRESNO. - Las tres damas, caricatura, 710. - Fernando Díaz de Mendoza, id., 711.
 GORNIK (F.). - Grupo de leones, escultura, 792.
 GOSSAERT (Juan). - La Adoración de los Reyes Magos, cuadro, 25. - La Virgen y el Niño, id., 749.
 GRAFT (G. H.). - J. Reynolds, miniatura, 397.
 GUAL (A.). - Dibujo alegórico cromotopográfico de la cubierta del número extraordinario de 1.º de enero de 1907.
 GUELDRY (F.). - Lanzamiento de un outtrigger, cuadro, 369.
 GUERIN (Juan). - Dama desconocida, miniatura, 397.
 GURSCHNER (G.). - Medallón retrato de Eduardo VII de Inglaterra. - Idem de Francisco José de Austria, 802.
 HABERMANN (Hugo de). - Retrato, cuadro, 44.
 HAENEN (F. de). - Lectura de la carta del sultán de Marruecos dando las gracias á sus tropas victoriosas, dibujo, 144.
 HALS (Frans). - Retrato de Koeijmanszoon, cuadro, 608.
 HARTWICH (H.). - El otoño, cuadro, 704 y 705.
 HASACUS (Armando). - Monumento á Mozart, en Dresde, escultura, 216.
 HEVILAND (Frank). - Flores de primavera, cuadro, 401.
 HEILBUTH. - Ensueño, cuadro, 142.
 HELLMER. - Teatro Nacional Búlgaro, arquitectura, 152.
 HITZ (Dora). - Retrato de la Sra. de Hauptmann, cuadro, 716.
 HOLBEIN. - Retrato de un joven, cuadro. - Dos cabezas de viejo, id., 748.
 HUNDER (J. I.). - Romanza sin palabras, cuadro, 797.
 HUNTER (María I.). - El arco iris, cuadro, 605.
 ILJA RJEPIN. - Fiesta popular rusa, cuadro, 273.
 INNOCENTI (Camilo). - La Sagrada Familia, cuadro, 425.
 ISABEY (J. B.). - Dama desconocida. - Mrs. Damer, miniaturas, 397.
 JACQUIER (Enrique). - El sudario de un héroe, cuadro, 365.
 JAKITSCH (Ricardo). - Humanidad, escultura, 546.
 JOHY (Juan). - Retablo de Bougignies, escultura, 557.
 JONAS (L. H.). - Las huelgas de Anzin, cuadro, 512.
 JORIS (P.). - Procesión del Corpus en la iglesia de San Pedro, en Roma, cuadro, 429. - María de Magdalena, id., 503.
 KARDIS (Arnoldo de). - Los caballos del sol, pintura, 701.
 KELLER (Alberto de). - Retrato de la Sra. X., cuadro, 272. - Retrato, id., 289.
 KIEFER (C.). - Banco monumental, 802.
 KLEIN. - Estudio, boceto, 568. - En la playa de Viareggio, cuadro, 732.
 KLIMSCH (Federico). - Monumento á Virchow, escultura, 620.
 KUIHGT (R.). - A2andonada, cuadro, 816.
 KNOPFF (Fernando). - Cabeza de estudio para la figura de Isolda, dibujo, 665.
 LAMBEAUX (J.). - Amor loco, escultura, 508.
 LANDELLE (C.). - Mignon, cuadro, 272.
 LAPARRA (Guillermo). - El pedestal, cuadro, 361.
 LARRIVÉ (Juan). - Busto de S. S. el papa Pío X, escultura, 713.
 LASZLO (P. A.). - Retrato de la condesa Ilda Derasse. - Retratos de los hijos de Mr. Van Honert, cuadros, 672.
 LUPHEIMER (Antonio). - Agradable coloquio, cuadro, 657.
 LINER (Carlos). - En la fuente, cuadro, 192.
 LOTTO (A. del). - Lo inevitable, escultura, 817.
 LOTZ (Carlos). - Juventud, cuadro, 753.
 LOUDET (Alfredo). - Robespierre, Dantón y Marat, 592.
 LLANECES (J. de). - Escena granadina, cuadro, 779.
 LLIMONA (Juan). - Apunte, dibujo, 304.
 MAES (Nicolás). - El pan nuestro de cada día dánosle hoy, cuadro, 153.

MAIGNAN (Alberto). - El vellocino de oro; el fieltro de Medea, cuadro, 513.
 MALHÔA (José). - El barbero de aldea, cuadro, 381.
 MARQUÉS (José M.ª). - A orillas del río, cuadro, 16. - Dibujos que ilustran los artículos *La nonada*, 123. - *El canto del gallo*, 187.
 MARTINEZ CUBELLS (Enrique). - La plaza de Max-Joseph, en Munich, cuadro, 77.
 MAS Y FONDEVILA (A.). - Dibujos que ilustran los artículos *Antojo*, 3. - *Juana y Antonia*, 11. - *El tigre blanco*, 763. - *El vivo retrato*, 795. - *La carta de Nochebuena*, dibujo, 825. - Fiesta mayor en un pueblo de Cataluña, acuarela, 17. - Reyes, dibujos, 32 y 33. - *Después del triunfo*, 571. - *Una perla rara*, 603. - *¡Pobre Títil!*, 667. - *Remedio infalible*, 683. - *El verdadero amor*, 715. - *Mi otro yo*, 747.
 MATIGNON (Alberto). - Horas felices, cuadro, 369.
 MEUNIER (Constantino). - La mina, escultura, 73. - El sembrador. - El descargador, id., 544 y 545. - En el abrevadero, id., 585. - El minero, escultura, 732.
 MICHAEL (A.). - Londres. La Conferencia colonial, dibujo, 287.
 MIGNON (León). - La Agricultura, escultura, 238.
 MILLER (Ricardo). - Madre é hija, cuadro, 729.
 MILLET (Juan Francisco). - La granjera, cuadro, 233. - El velo de anades, id., 265.
 MINNE (Jorge). - El obrero, escultura, 192.
 MIRALLES DARMANIN. - Bodegón de un villorio de Francia, cuadro, 333. - Grave accidente, id., 512.
 MONTAGUD. - ¡Vaya cardo!, caricatura, 710. - Su primer amor, id., 711.
 MONTES (Ricardo). - Varios dibujos premiados en la exposición de South-Kensington (Inglaterra), 236 y 237.
 MONTORSOLI (Fra Angelo). - San Cosme, escultura, 524.
 MORCOM (J. H.). - Estudio de cabeza, busto de marmol, 817.
 MORENO CARBONERO (José). - La reina D.ª María Cristina, cuadro, 65. - En busca de aventuras, id., 80.
 MORO (Antonio). - Isabel de Francia, esposa de Felipe II, cuadro, 748.
 MOROT (A. N.). - Retrato de Ernesto Hebert, cuadro, 272.
 MURILLO. - Mendigo, cuadro, 1. - Muerte de Santa Ana, id., 716.
 MUZZIOLI (G.). - Junto á la fuente, cuadro, 800 y 801.
 NAVARRO (José). - En la feria, cuadro, 225.
 NESTEROFF (M.). - La profesión de una monja, cuadro, 249.
 NEZIERE (J. de la). - Retrato del emperador de Corea Yi-Hyeung, 495.
 NICOLINI (Juan). - El supremo esfuerzo, escultura, 384. - El pequeño vigía lombardo, escultura, 384.
 NOVO (S.). - Castigada, cuadro, 289.
 OPISSO. - Dibujos que ilustran los artículos *Siempre tarde*, 203. - *La resurrección de un idilio*, 267. - *El pan del pobre*, 347. - Cardona y Opisso, caricatura, 710.
 ORLEY (Barend van). - Margarita de Borgoña, cuadro, 765.
 OSLÉ (Miguel). - Inspiración, grupo escultórico, 348.
 PAPPERITZ (Jorge). - Diana, cuadro, 529.
 PARDO (Vito). - El monumento al general Cialdini, escultura, 185.
 PELLICER (Carlos). - Retrato de la marquesa de Alella, cuadro, 76.
 PENTON (Hovard). - Inauguración de la Exposición Industrial Irlandesa, dibujo, 334.
 PÉREZ (J.). - Después de la batalla, cuadro, 193.
 PERRÍN (Jacobo). - Monumento erigido á la memoria de M. Renato Goblet, escultura, 674.
 PINELO (José). - Orillas del Guadaira, cuadro, 80.
 PLA (Cecilio). - La Cenicienta, cuadro, 381. - Una española, id., 381.
 PLIMER (A.). - Lady Carolina Rushocet, miniatura, 397.
 POLLAK-KARLIN (Ricardo). - En la sala de espera, cuadro, 177.
 PORTUGAL (S. M. el rey D. Carlos de). - Estudio, pintura, 314. - (S. M. la reina Doña Amelia de). - Acuarelas, 315.
 POZZI (Tancredo). - El ciclón, escultura, 700.
 QUEROL (Agustín). - Monumento á Federico Soler (Seraff Pittarra), escultura, 31. - Quevedo, estatua, 64. - Monumento á D. Francisco de Quevedo y Villegas, escultura, 65. - Proyecto de monumento al general Mitre, id., 268 y 269. - Proyecto de monumento dedicado á los «Padres de la Patria» (Ecuador), 799.
 RAEBURN (Enrique). - Retrato de Mrs. Simpson, cuadro, 637. - Ronald y Roberto Fergusson, id., 637.
 RAUCHINGER (H.). - En el taller del pintor, cuadro, 656.
 REYNOLDS (Joshua). - La condesa de Albemarle, cuadro. - La edad de la inocencia, id. - Retratos, id., 523.
 REMBRANDT. - Retrato de mujer, cuadro, 433. - Cabeza de Cristo. - Retrato de la segunda esposa de Rembrandt. - Vieja cortándose las uñas. - Retrato del hijo de Rembrandt, id., 608 y 609.
 REYNÉS (José). - Monumento erigido en Sitges al Dr. Robert, escultura, 578.
 RIBERA (Pedro). - Andalucía, tríptico, 364.
 RIBERA (Román). - Salida del baile, cuadro, 112 y 113.
 RIGELLE (A.). - Monumento á Santa Isabel, escultura, 818.
 RITTER (Gaspar). - El príncipe y las princesas de Lowenstein-Werthum-Freudenberg, cuadro, 44. - Retrato de la princesa Olga de Schœnburg-Waldenburg, id., 385.
 ROCHEGROSSE (G.). - El baño de la emperatriz Teodora, cuadro, 496.
 RODIN. - El hombre que anda, escultura, 441.
 ROMERO DE TORRES (Julio). - Flor de estufa. - Rosarillo. - A la amiga. - Aurora roja. - La merendilla, cuadros, 540 y 541.
 ROZET (Fanny). - Las primeras flores, escultura, 672.
 RUBENS. - Meleagro ofreciendo á Atalanta la cabeza del jabalí de Caledonia, cuadro, 608.
 RUIZ GUERRERO (Manuel). - La merienda, cuadro, 81.
 RYDER (C. F.). - Día de tormenta, cuadro, 721.
 SALA (Juan). - El arrabal, cuadro, 448.
 SAMUEL (Carlos). - Grupo de niños, escultura, 130. - Melancolía, id., 297.
 SÁNCHEZ PERRIER (Emilio). - Un camino en Andalucía, cuadro, 77.
 SCHRAM (A.). - En pleno estío, cuadro, 560 y 561.
 SCHLÜTER (Andrés). - Estatua ecuestre del Gran Elector, escultura, 521.
 SCHRYVER. - La llegada de Szisz en el concurso automovilista del gran Gers de 1906, cuadro, 173.
 SCHULTHEISS (Carlos). - En el columpio, cuadro, 161.
 SCHWEGERLE (Juan). - Relieve para un sepulcro, escultura, 439.
 SEEBOECK (Fernando). - Fontanella, escultura, 313.
 SEIB (Guillermo). - San Martín dando la capa á un pobre, escultura, 377.
 SEILER (Carlos). - De sobremesa, cuadro, 96.

SEIQUER (Alejandro). - Los perros del saltimbanqui, cuadro, 77.
 SERRA (Enrique). - El país de Circe, cuadro, 29. - La arquilla del tesoro, id., 717. - El lago de Nemi, cuadro, 839.
 SHANNON (J.). - Concierto íntimo, cuadro, 649.
 SHAW (B.). - El más grande de los héroes, cuadro 640 y 641.
 STAPPEN (Carlos van der). - Busto retrato, escultura, 288. - Remember, id., 727. - La siesta del obrero. - San Miguel, id., 812.
 STEEN (Jan). - Retrato pintado por él mismo, 41.
 STEINHAUSEN (Guillermo). - Jesús y Nicodemo, cuadro, 204.
 STRUYS (Alejandro). - Un momento de inspiración, cuadro, 761.
 SUAU (E.). - En oración, cuadro, 396.
 SYLVESTRE (J. N.). - La ocasión hace el ladrón, cuadro, 445.
 SZIRMAI (Tony). - Plancha conmemorativa de la segunda Conferencia de la Paz. La Haya, 398.
 TADOLINI (Julio). - Monumento a S. S. León XIII, escultura, 604.
 TAPIRO (J.). - Un santón de Marrakex, acuarela, 780.
 TAMBURINI (José M.ª). - Encanto, cuadro, 93. - Inocencia. - Ataviándose para el baile, id., 157.
 TEIXEIRA MATTOS (Enrique). - Hacia el establo. - Leona con su cachorro. - En acecho. - Engañada, escultura, 428.
 TEMPLE (B.). - Después del desafío, cuadro, 480 y 481.
 THEOTOCOPULOS (Domenikos). - *El Greco*. - San Martín. - La Ascensión de la Virgen, cuadros, 718.
 TIÉPOLO. - Retrato de un viejo, cuadro, 609.
 TITO (Héctor). - La vida, cuadro, 636. - Bajo el empujado, id., 655.
 TIZIANO. - Retrato del emperador Carlos V, cuadro, 633.
 TOLLET (Tony). - Ensueños maternos, cuadro, 364.
 TRANTE THOMINE (Mme.). - Santa Cecilia, cuadro, 752.
 TRIADÓ. - Dibujo que ilustra el cuento *El regreso*, 75.
 TROUBETZKOI (Pablo). - El can predilecto, escultura, 273.
 TROYÓN (Constante). - La trailla, cuadro, 284.
 TUALLÓN (Luis). - Hércules y el toro, escultura, 655.
 TURILLO SINDONI. - Modelo del monumento a Napoleón I en la isla de Elba, escultura, 50.
 UHDE (Federico). - Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa, cuadro, 689. - Dejad venir a mí los niños, id. - Concierto de familia, id., 736. - El actor, id. - Canción picaresca, id., 796.
 VALLMITJANA (Venancio). - Estatua yacente, escultura, 73.
 VAN DER VEYDEN (Rogerio). - La Crucifixión, el Descendimiento y la Resurrección, tríptico, 205.
 VAN DYCK (Antonio). - Los hijos de Carlos I de Inglaterra, cuadro, 137. - Desposorio místico de la Virgen con el bienaventurado Hermán, id., 169. - Retrato de la marquesa de Durazzo, id., 609.
 VANNI (Esteban). - Frescos de la Academia de Bellas Artes de Florencia, 493.
 VÁZQUEZ (Carlos). - Mozos de las escuadras, cuadros, 365. - A la entrada de la huerta. - Nota de verano, dibujos, 576 y 577.
 VEITH (E.). - Ensueños de antaño, cuadro, 177.
 VELÁZQUEZ. - La dama del abanico, cuadro, 553.
 VIDAL (Luisa). - Dos buenos amigos, cuadro, 5. - Entre flores, cuadro, 12.
 VIERGE (Daniel Urrabieta). - París. Regreso de las carreras en Auteuil, dibujo, 8. - Una escena en Constantinopla, id., 9. - Sobre el hielo, id., 688.
 VIGELAND (Gustavo). - Fuente monumental, 402.
 VIGNE (E. de). - Reposo, escultura, 192.
 VIGNE (Pablo de). - Psiquis, escultura, 695.
 VILLEGAS (José). - Dolce far niente, cuadro, 400. - La playa de Biarritz, impresión, 779.
 VINIEGRA (S.). - La contestación al pretendiente, cuadro, 777.
 VIVARINI (Bartolomé). - La Virgen con el Niño y cuatro santos, cuadro, 572.
 WAGREZ (J.). - Los mosaicos de San Marcos (Venecia), cuadro, 497.
 WEDDO (Juan). - Estatua para una fuente, escultura, 569.
 WELIE (Antonio van). - Sarah Bernhardt, retrato, 733.
 WEYDEN (Roger van der). - Felipe el Bueno, cuadro, 765.
 WIESE (Maximiliano). - Monumento a Teodoro Fontane en Neuruppin (Alemania), escultura, 520.
 WILHEMSSON. - El músico de aldea, cuadro, 620. - A la puerta del cementerio, id., 700.
 WILLIAMS (O. F.). - Concierto íntimo, cuadro, 833.
 XAUDARÓ. - De monos, caricatura, 710.
 ZMURKO (F.). - Una beldad, cuadro, 432.
 ZÜGEL (Enrique). - Rebaño de ovejas. - Machos cabríos. - Compañeros de fatigas. - El prado de las ovejas, cuadros, 634 y 685.
 ZULOAGA (Ignacio). - Alcalde de un pueblo de la provincia de Segovia, 329.

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

ABRUZZOS (El duque de los), pág. 767.
 ALCÁNTARA (Diego de Valmayor de), 765.
 ALELLA (Marquesa de), 76.
 ALFONSO (Federico), 811.
 ANSELMÍ (José), 735.
 ARMIN MULLER, 114.
 ARROW (Mr. Carlos), 498.
 BATTISTINI (Matías), 735.
 BAVIERA (Príncipe regente de), 127.
 BEGAS (Reinhold), 416.
 BENOT (D. Eduardo), 514.
 BERNHARDT (Sarah), 734.
 BERTHELOT (Marcelino), 210.
 BLAY (Miguel), 459.
 BONNAT (León), 281.
 BORBÓN (El infante D. Carlos de), 754.
 BORGOÑA (Felipe el Bueno, duque de), 765.
 BORGOÑA (Margarita de), 765.
 BRYAN (Guillermo Jennings), 764.
 BUCHNER (Juan), 831.
 BUKIR-BUSHENTUF, 738.
 BULAICH (Mohamed), el moro «Valiente», 173.
 CABA (Antonio), 98.

CAPRILE (Georgina), 735.
 CARDUCCI (Josué), 146.
 CARLOS DE PORTUGAL, 799.
 CARLOTA (La reina), 111.
 CASANAS (Emmo. Sr. Cardenal), 415.
 CORONEL (El moro), 173.
 CORTÉS (Ilmo. Sr. D. Ricardo), 415.
 CRISTIÁN II DE DINAMARCA, 749.
 CROY (Guillermo de), 749.
 CHULALONGKORN (El rey de Siam), 834.
 DAMER (Mrs.), 397.
 DEVONSHIRE (Duquesa de), 397.
 DRUCE (Jorge Hollamby), 770.
 DRUCE (Tomás Carlos), 770.
 DURÁN Y BAS (D. Manuel), 126.
 DUY-TAN, nuevo rey de Anam, 722.
 EDUARDO VII DE INGLATERRA, 127.
 FAILLIÉRES, 127.
 FERRAÚ (Mimi Aguglia), 57.
 FRANCO (Juan), 799.
 GAINSBOROUGH, 110.
 GAL (Federico), 422.
 GARCÍA (Guillermo), 621.
 GARNIER, 622.
 GAY (María), 274.
 GEBARD (Srta. Eduvigis), 327.
 GIGOUT (Eugenio), 690.
 GILLANGO (Srta. Minna), 327.
 GIRALDONI (Eugenio), 735.
 GRASSO (Cav.), 59.
 GRIEG (Eduardo), 610.
 GRIPPENBERG (Sra. Alejandra), 327.
 GUILMANT (M. Alejandro), 642.
 GUSTAVO V DE SUECIA, 834.
 HAGMAN (Srta. L.), 327.
 HAWKINS (Almirante), 111.
 HERVINS (Srta. Dagmar), 327.
 ISABEL DE FRANCIA, esposa de Felipe II, 748.
 IVANOVITCH MENDELEJEV (Dimitri), 162.
 JOACHIM (José), 573.
 KAFTAL (Margarita), 735.
 KUVELIK (Juan), 290.
 LASSALLE (José), 191.
 LAVERÁN (Carlos), 831.
 LUIS FELIPE (Príncipe heredero de Portugal), 799.
 LUMIERE (Augusto), 418.
 LUMIERE (Luis), 418.
 LYAUTEY, 239.
 MAC LEÁN (El caído), 482.
 MAHOMED ALI MIRZA, shah de Persia, 70.
 MARENCO (Romualdo), 690.
 MARÍA CRISTINA, 65.
 MARIA LABIA, 786.
 MAUCHAMP, 239.
 MERRY DEL VAL, 30.
 MINTZ NADUSHKA (bisnieta de Carmen), 786.
 MOHAMMED-EL-BUASSAN, 738.
 MOISSÁN (Enrique), 162.
 MONETA (T. C.), 831.
 MONTES (Ricardo), 236.
 MONTIGNOSO (La condesa de), 674.
 MONTOLIU (Manuel de), 311.
 MOZZAFFER ED-DINN, shah de Persia, 70.
 MULEY ABD-EL-AZZI, 706.
 MULEY HAFID, 590.
 MÜLLER (El coronel Eduardo), 34.
 MUNTADAS, 622.
 NAPOLEÓN I, 397.
 NAZZARO, 418.
 NOCEDAL (D. Ramón), 242.
 NOVELLI Y SU ESPOSA, 642.
 ORLEANS (La princesa Luisa de), 754.
 OSCAR II DE SUECIA, 823.
 OSIRIS (M. Daniel), 121.
 PAGET (Lady), 397.
 PAHISSA (Jaime), 191.
 PALET (José), 290.
 PEDRELL, 76.
 PERRIER (Casimiro), 206.
 PETACCI (El doctor José), 34.
 PIDAL (Ignacio), 422.
 PLANAS Y CASALS (D. Manuel), 195.
 POL Y BARALT (Ilmo. Sr. Dr. D. Francisco de), 414 y 415.
 PORTLAND (El actual duque de), 770.
 PORTLAND (El quinto duque de), 770.
 PRECIOSUS (Mrs.), 175.
 PUGNÓ (Raúl), 290.
 REGNAULT (Luis), 831.
 REYNOLDS (J.), 397 y 523.
 ROALD ARNUNDSSEN, 146.
 ROBINSON (Mrs.), 111.
 ROMERO DE TORRES (Julio), 540.
 ROOSEVELT, 127.
 RUSHOUT (Lady Carolina), 397.
 SACCO (El celebre ayunador), 151.
 SAINT-SAENS (Camilo), 658.
 SARDOU (Victoriano), 56.
 SARRATEA (D. Manuel), 621.
 SERPOLLET (León), 130.
 SIDONS (Mrs.), 110.
 SI MAHOMED EL QUEBBAS, 50.
 SOFIA (Reina madre, de Suecia), 834.
 SULLY PRUDHOMME, 610.
 TAFT (Guillermo Howard), 764.
 TADOLINI (Julio), 604.
 TORRAS Y BAGES (Ilmo. Sr. D. José), 415.
 TOSELLI, 674.
 WAGNER (Siegfrido), 124.
 VICO (Monseñor), 738.
 VICTORIA (Reina de Suecia), 834.
 VILAIN (La Sra.), 88.
 WILSON, 622.
 WILLIMAN (Claudio), 190.
 YANGONGO (Inés), 482.
 ZÜGEL (Enrique), 684.

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRADADOS)

Algunos problemas casi resueltos por la ciencia, cuatro grabados, pág. 438.
 Arquilla de oro regalada por la Corporación de la City de Londres al emperador de Alemania, 764.
 Automóvil de M. Fabregues, 626.
 Automóvil movido por el ácido carbónico, 455.
 Automóvil postal de los Estados Unidos, 247.
 Aviso lanzatorpedos de la Marina de Guerra francesa, 344.
 Berlín. - Máquina para volar, del consejero Hofmann, 71.
 Brujas. - Palacio de la Exposición del Toisón de Oro, 486.
 Copias de telefotografías, 127.
 Dibujo que ilustra el artículo *Escenas canarias*, 507.
 Dibujo que ilustra el artículo *La conversión de D. Cosme*, 475.
 Dibujo que ilustra el artículo *La masa del arroyo*, 699.
 Dibujo que ilustra el artículo *Siete Estrellas*, 235.
 Dibujo que ilustra el cuento *Río abajo*, 811.
 Dibujo que ilustra el refrán estudiantil *Salir por la puerta de los carros*, 731.
 El acorazado inglés «Bellerophon», 526.
 El acorazado inglés «Dreadnought», 66.
 El carro automóvil radio-telegráfico, 34.
 El castillo de Welbeck, 770.
 El instituto de la garganta, de Olen, 648.
 El minué de los albatros, 502.
 El niño de las rosas, estatua de la manufactura nacional de Sevres, 98.
 El Observatorio del Pico del Mediodía (Francia), 261, 263 y 263.
 El oro en el Banco de Inglaterra, 598 y 599.
 Estatua de una sacerdotisa griega, 351.
 Ilustraciones del artículo *La confesión de un ladrón*, 491 y 492.
 Ilustraciones del artículo *La Natividad en Belén*, 827, 828 y 829.
 Ilustraciones del artículo *Proyecto de irrigación del Canadá*, 798.
 Ilustraciones del artículo *Una prisión que puede servir de modelo al mundo entero* (Michigan, Estados Unidos), 342 y 343.
 La arquilla de Ambarac, robada por Antonio Tomás, 706.
 La atracción al Polo Norte, 694.
 La caza de las serpientes de cascabel, 454.
 La caza del kanguro, 630 y 631.
 La casa del manatí, 550 y 551.
 La dama de las camelias, estatua de la manufactura nacional de Sevres, 98.
 La estatua de San Baudine, robada por Antonio Tomás, 706.
 La gallina ciega. Grupo de porcelana de Sajonia, 466.
 La pesca de las esponjas, 18 y 19.
 Las arañas cautivas, 758.
 Las víctimas de la paz en Inglaterra, 278 y 279.
 La vida en la góndola (siete grabados), 411, 412 y 413.
 Los billetes del Banco de Inglaterra, varios dibujos, 166 y 167.
 Los colmenares del Cáucaso, 406 y 407.
 Los criaderos artificiales de ranas, 470.
 Los esclavos blancos de las pesquerías de Terranova, 54 y 55.
 Medalla conmemorativa del concurso de tiro celebrado en Moravia, 786.
 Medalla-plaqueta acuñada en memoria del general Mitre, 226.
 Muebles antiguos de los campesinos austro-húngaros, 294 y 295.
 Museo Nacional Bávaro de Munich. Palacios antiguo y moderno, 7.
 Museo Nacional de Nápoles, 94.
 Nápoles. - Arco de Aragón, erigido por Alfonso el Magnánimo, 505.
 Narciso, estatuilla en bronce, 94.
 Nuevo sistema para comunicarse los sordos-ciegos, 242.
 París. - El castillo de La Muette, 79. - Los perros polizontes Black, Dick y Job, 360.
 Pesquerías de arenques en las costas de Inglaterra, 385 y 359.
 Plancha en memoria de la expedición André al Polo Norte, 226.
 Plano del primer piso del Museo Nacional Bávaro de Munich, 6.
 Plantas artificiales, 38.
 Roma. - Elaboración del pan ázimo para la celebración de la Pascua de los judíos, 223.
 Teherán. - Puerta de Entrada del palacio de Beheristán, 70.
 Tres carros subiendo a la vez por el camino eléctrico, 471.
 Túsculo. - El antiguo teatro romano, 751.
 Un robo singular, varios dibujos, 171.
 Vista del edificio de las Escuelas Pías de Sarriá.
 Vista general del criadero de langostas Wexford y varios ejemplares de langostas, 662 y 663.
 Vistas de Kingston (Jamaica), 82.
 Vistas de los descubrimientos de Pestum, 482 y 483.
 Vistas de Sorrento, 623, 624 y 625.

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

CALDERÉ. - Ilustraciones de la novela «La reina del Prado», págs. 579, 581, 595, 597, 611, 613, 627, 629, 643, 645, 659, 661, 675, 677, 691, 707, 723, 725, 739, 741, 755, 771, 773, 774, 787, 788, 789, 790, 803, 805, 819, 821, 835, 836 y 837.
 GILI Y ROIG. - Ilustraciones de la novela «Aurette», págs. 275, 277, 291, 293, 307, 309, 323, 325, 339, 355, 357, 371, 373, 387, 389, 403, 405, 419 y 420.
 - Ilustraciones de la novela «El marido de Aurette», segunda parte de «Aurette», págs. 435, 437, 451, 453, 467, 469, 483, 485, 499, 500, 501, 515, 516, 517, 531, 547, 548, 549, 563, 565 y 567.
 VÁZQUEZ (Carlos). - Ilustraciones de la novela «El miedo a la vida», págs. 21, 22, 23, 35, 37, 51, 53, 67, 69, 83, 85, 99, 101, 115, 117, 131, 133, 147, 149, 163, 165, 179, 181, 195, 197, 211, 213, 227, 229, 243, 245, 259 y 260.
 PROBLEMAS DE AJEDREZ, págs. 50, 82, 114, 130, 133, 146, 162, 194, 210, 226, 242, 274, 290, 310, 338, 370, 386, 402, 418, 434, 450, 466, 482, 498, 514, 530, 546, 562, 578, 594, 610, 626, 658, 690, 802, 818.

Todo por solo
 Cuatro reales
 Semanales

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA
 LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

EL SALÓN DE LA MODA

Montañer y

Simón

Editores

BARCELONA

Nueva Serie

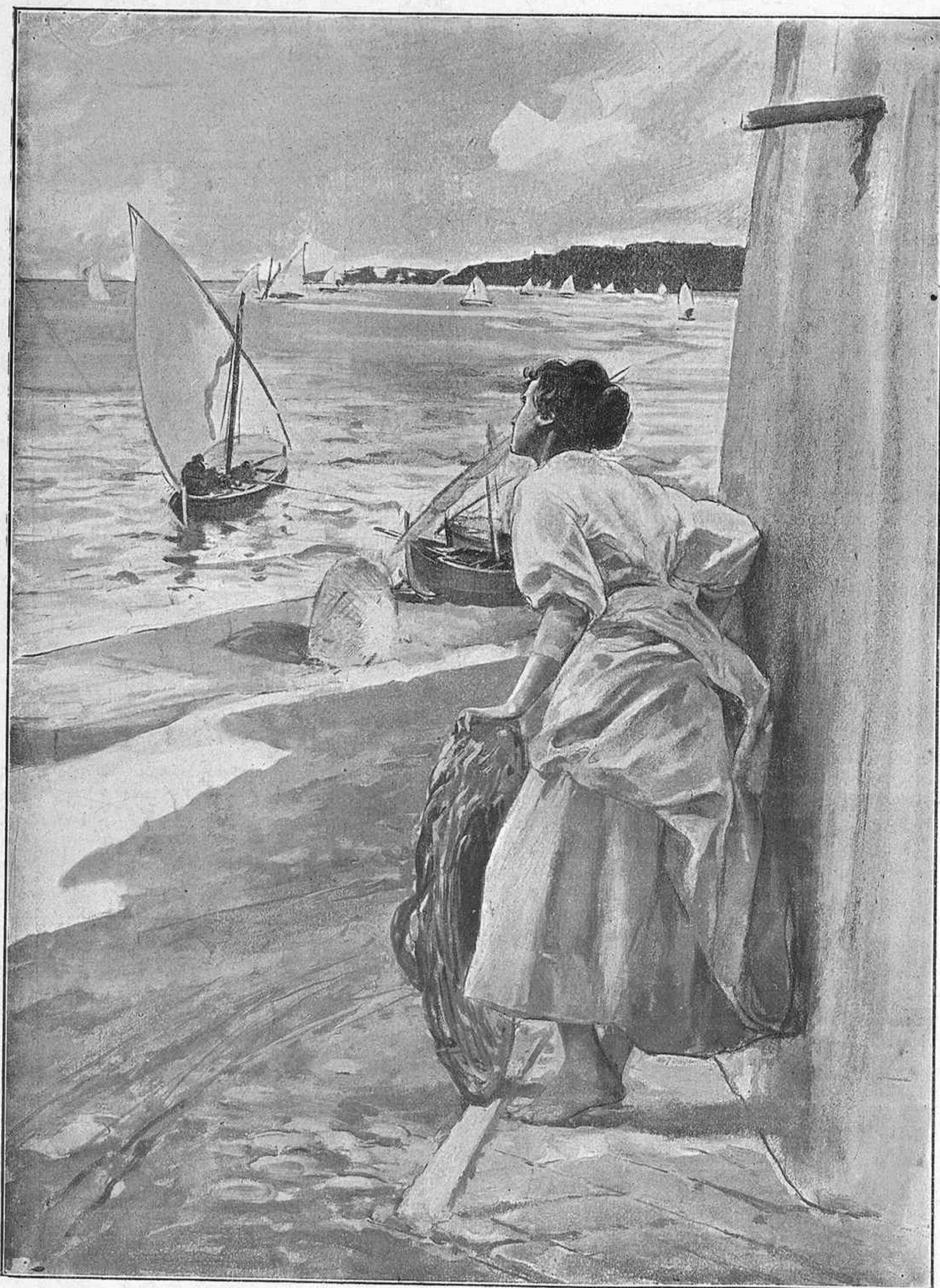
para

1907



Biblioteca Universal.—Serie de obras para 1907

CALENDAL.-Poema provenzal de F. MISTRAL



VERTIDO AL CASTELLANO

POR

ARTURO MASRIERA

ILUSTRADO POR

ARCADIO MAS Y FONDEVILA

EDICIÓN AUTORIZADA

Trátase de una de las obras más inspiradas del autor de *Mireya*. El poema CALENDAL fué compuesto en la plenitud de la lozanía poética de su autor, y en el medio siglo que ha transcurrido desde su aparición en Aviñón, se han multiplicado las ediciones francesas, inglesas, italianas y alemanas de tan inspirada como amena obra.

Así como *Mireya* es la encarnación de la poesía idílica y verdaderamente bucólica, en la más clásica acepción de la palabra, CALENDAL representa la poesía histórica, caballeresca y popular á la vez. Jamás el naturalismo mejor entendido y expresado llegó en el siglo XIX á producir una creación más grande y soberanamente bella. La tradición, la leyenda y el arte de pintar y sentir la naturaleza se aunan por modo tan magistral en este poema que puede considerarse como un verdadero monumento al entusiasmo regional y á las aspiraciones más nobles de regeneración patriótica.

CALENDAL había sido traducido á todas las lenguas europeas con singular éxito, pero en castellano no teníamos hasta la fecha ninguna versión de tal joya literaria. Creemos, pues, prestar un homenaje valioso al épico más insigne del siglo XIX, viviente aún y á punto de legarnos con sus *Memorias*, ya en prensa, el arsenal de datos y noticias más curiosas de la historia literaria contemporánea, vertiendo á la lengua de Calderón y Cervantes su inspirado poema. La BIBLIOTECA UNIVERSAL, que se enriqueció editando *Mireya* en uno de sus volúmenes, encomendó la versión en prosa castellana directamente del original provenzal al Dr. D. Arturo Masriera, quien obtuvo en términos altamente halagüeños y del propio autor la autorización para verter el CALENDAL en lengua española. Con qué escrupulosidad de filólogo y entusiasmo de artista haya llenado su cometido el traductor, veránlo nuestros favorecedores al recorrer las páginas de este volumen. El inspirado artista D. Arcadio Mas y Fondevila lo enriquece con variedad de soberbias ilustraciones que constituyen un verdadero tributo del arte español á la inspirada creación épica del poeta de Provenza, de las cuales damos adjunta una muestra.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS

Novela de costumbres americanas, por G. A. MARTÍNEZ ZUVIRÍA

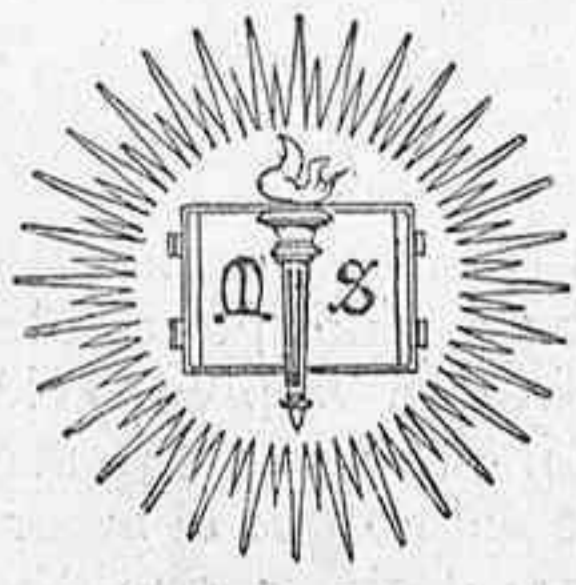
Martínez Zuviría es joven, muy joven, y sin embargo su nombre es ya muy conocido, no sólo en la República Argentina, su patria, sino también en toda la América latina. Su novela «Alegre,» publicada hace poco y en breve tiempo agotada, le conquistó un puesto eminente en la república de las letras hispano-americanas, y su fama llegó hasta Europa, habiendo sido traducida recientemente al noruego por un notable literato.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS, escrita expresamente para esta BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, es una novela hermosamente sentida; es el estudio de una niña, de un alma desconocida y delicada, hecho con verdadero cariño, más que por un psicólogo, por un poeta enamorado de lo grande, de lo bello y que sabe exteriorizar en forma magistral los hermosos sentimientos que su corazón atesora.

PEQUEÑAS GRANDES ALMAS interesa desde los primeros momentos, cautiva más y más á medida que la acción se desenvuelve y acaba por apoderarse enteramente del ánimo del lector, ya que al interés de su argumento se junta el encanto de un estilo elegante y castizo.

Seguros estamos de que el libro que ofrecemos á nuestros subscriptores ha de ser muy de su agrado y que habrán de estimarlo como uno de los más interesantes publicados en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA.

Ilustración Artística



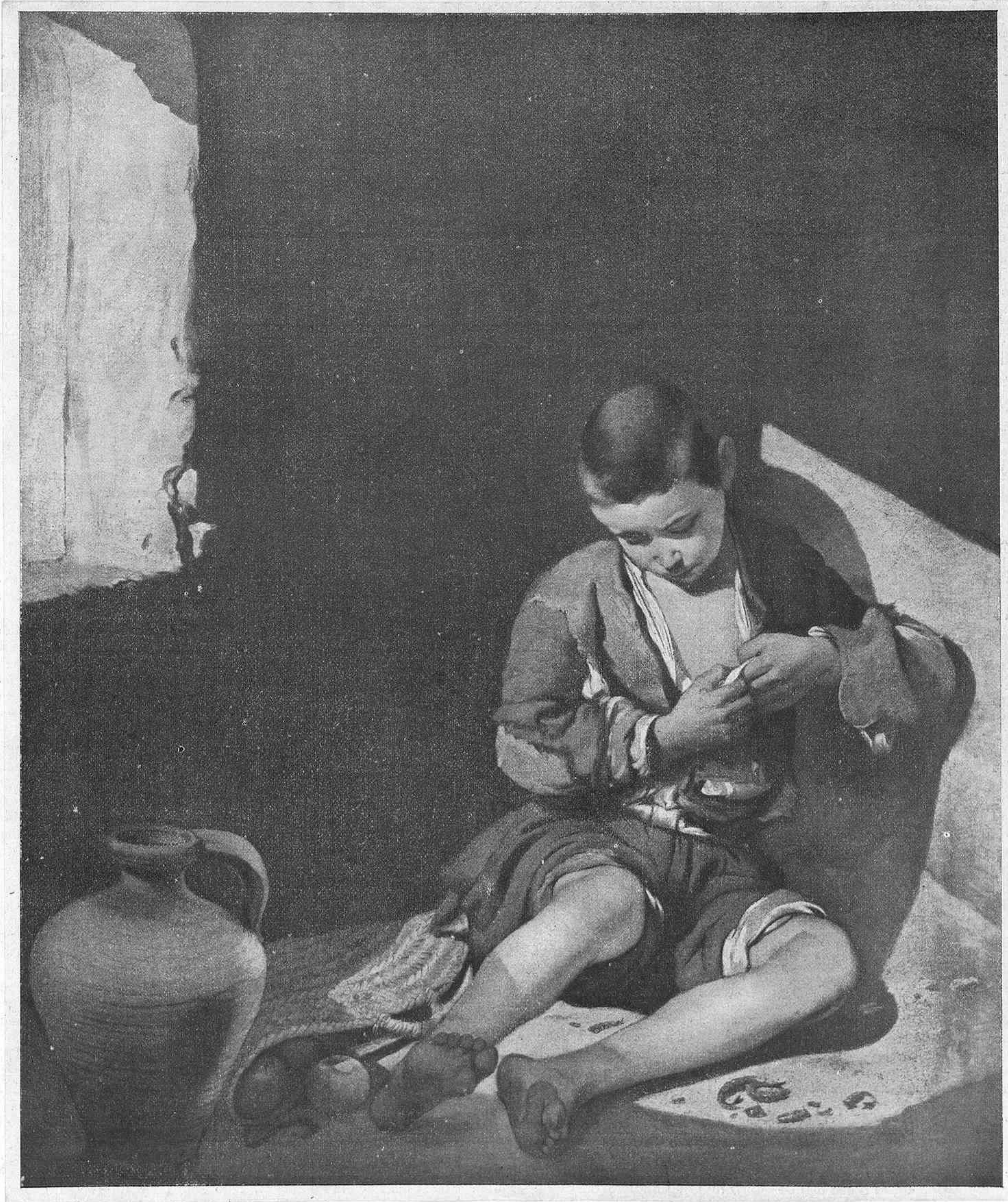
Artística

Año XXVI

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1907 →



HEMEROTECA
MUNICIPAL NÚM. 1.305
MADRID



MENDIGO, cuadro de Murillo, existente en el Museo del Louvre

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Antojo*, cuento, por Víctor Catalá, traducido por Miguel Doménguez Mir. — *Museo Nacional Bávaro de Munich*. — *El cuento de los ojos azules*, por Ernesto García Ladevese. — *Juana y Antonia*, por J. Menéndez Agusty. — *Los primeros besos* (cuento original de Gracia Deledda), traducido por M. Doménguez Mir. — *La pesca de esponjas*, por M. Dmorben Griffith y el Dr. Sawyer. — *Celos*, por Rafael Ruiz López. — *El miedo a la vida*, novela por Enrique Bordeaux, coronada por la Academia Francesa, con ilustraciones de Carlos Vázquez.

Grabados.—*Mendigo*, cuadro de Murillo, existente en el Museo del Louvre.—Dibujos de A. Mas y Fondevila que ilustran el cuento titulado *Antojo*. — *Dos buenos amigos*, cuadro de Luisa Vidal. — *Plano del primer piso del Museo Nacional Bávaro de Munich*. — *Palacio que ocupaba antiguamente en la calle de Maximiliano el Museo Nacional Bávaro de Munich*. — *Palacio que ocupa actualmente en la calle del Príncipe Regente el Museo Nacional Bávaro de Munich*. — *París. Regreso de las carreras en Auteuil*. — *Una escena en Constantinopla*, dibujos de Daniel Urrabieta Viege. — Dibujo de José Calderé que ilustra *El cuento de los ojos azules*. — Dibujo de A. Mas y Fondevila que ilustra el artículo titulado *Juana y Antonia*. — *Entre flores*, cuadro de Luisa Vidal. — *Luna de miel*, cuadro de Julio Borrell. — Dibujo de B. Gili y Roig que ilustra el cuento *Los primeros besos*. — *A orillas del río*, cuadro de José M.ª Marqués. — *Fiesta mayor en un pueblo de Cataluña*, acuarela de Arcadio Mas y Fondevila. — *Desembarcadero de una pesquería de esponjas en las costas de la Florida*. — *Un crawl*, lugar destinado por los pescadores para que la acción del mar limpie en parte las esponjas. — *Jarrón antiguo que se sacó del mar y que tenía adherida una esponja*. — Ocho grabados que representan las esponjas llamadas de panal de miel, de hierba y amarilla, de hierba de la Florida, lanosa, dedos de lana, aterciopelada, oreja de elefante y zimocca ó turca parda. — Cuadro de R. Brugas que ilustra el artículo titulado *Celos*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Adiós, año 1906! Año de calamidades, asolamientos, erupciones, inundaciones de lava ardiente y de agua fangosa, incendios, fusilamientos, ahorcamientos, matanzas, explosiones de bombas desde Rusia hasta Madrid, terremotos que destruyen ciudades enteras, tifones y ciclones que devastan comarcas, sequías que hacen perder las cosechas, duelos á muerte, crímenes á granel, suicidios á manta, choques y descarrilamientos de trenes á diario, naufragios colectivos en que se ahogan centenares de seres y amenazas sordas, continuas, de lepra y de pestes orientales.

Sólo la guerra faltó, entre las plagas que los míseros humanos, niños eternos, sufrieron más ó menos resignados y pacientes, durante los 365 días (creo que no es año bisiestro) que ha durado el difunto 1906. Así es que las maldiciones que acostumbra á prodigarse á los años pretéritos, denigrándolos y poniéndolos como chupa de dómine, redoblarán al caer 1906 en el saco inconmensurable donde el Tiempo recoge la anual hoja seca, arrugada y negruzca cuanto verde y tiernecilla aparece la de 1907 sobre la rama del árbol secular.

1906 se ha llevado á la sepultura, entre otras personas de valía, al gran dramaturgo noruego Enrique Ibsen.—No todo el mundo le admiraba: Ibsen encontró críticos acerbos; en los países latinos apenas le ha comprendido el público. No hay nada tan perjudicial para un autor, en un país latino, como la fama de abstruso, profundo y remontado. Los que sencillamente declaramos que entendemos y percibimos, al menos en gran parte, lo que Ibsen y Wagner significan, damos á sospechar que pretendemos situarnos más arriba que el público, en regiones inaccesibles; en suma, que nos encumbramos desdeñando al vulgo. Y yo declaro que ni Ibsen ni Wagner me han parecido oscuros jamás, antes al contrario, expresivos y emocionantes en grado sumo; Ibsen, además, realista y verista, y observador concreto de la naturaleza y la psicología humanas. Sus caracteres sangran verdad, una verdad honda, más allá de las apariencias insignificantes que acaso son las mismas para todo sér civilizado. Bajo la librea uniforme de la civilización, Ibsen supo descubrir los instintos, los atavismos, los desfallecimientos y las aspiraciones infinitas de nuestra época. Así muchos le han considerado el primer poeta del siglo XIX en su segunda mitad.

Sus facultades dramáticas eran excepcionales. Los perezosos del público español, más holgazanes aún de espíritu que de cuerpo, declararon «pesado» á Ibsen y le enterraron bajo este adjetivo vago y arbitrario, que á todo se aplica, á una comedia y á un sermón, á un drama y á un baile.—Para mí, en arte y en poesía, lo pesado es lo vacío. Obras de las más ligeras me aburren. Ibsen no me aburre nunca; ni leído, ni representado. «Esto no es teatro»—oigo repetir.—Y sonrío, porque cualquiera pensaría que el teatro tiene una pauta eterna. ¿Sería hoy teatro un auto sacramental? Lo era en el siglo XVII. El teatro

de cada pueblo y de cada período de la vida histórica de ese pueblo, revela el desarrollo de su evolución. La gente septentrional, á la cabeza de la cultura contemporánea, tiene un teatro más sincero, más profundo, más verdadero que el nuestro. No por otra causa aquí ha desagradado Ibsen, y en cambio agradan... Tente, pluma.

Lejos de ser pesado, uno de los méritos de Ibsen consiste en la rapidez y concentración. Ningún clásico observó mejor la unidad de tiempo, encerrando en breves horas la intensa acción dramática. En esto no es realista Ibsen, sino, principalmente, efectista y dramaturgo; artista en la preparación de catástrofes y conflictos, de impresiones que sugieran al espectador el estado de ánimo que el autor se propone. Razón de más para declarar que Ibsen hace teatro, pero teatro cuyas trampas y cartones revisten un alma. El artificio escénico sirve, en Ibsen, para descubrirnos intimidades espirituales, á diferencia de otros autores, que nos avisan de que van tratar una tesis, y no nos entregan más que un mecanismo frío y falso, el alambre y el oropel de la farsa escénica, sin tuétano espiritual. Sin duda estos últimos dan menos que discurrir, y el público español, y en general el latino, los prefiere.

Ibsen ha muerto este año, biológicamente hablando; pero su cerebro poderoso no existía ya; la disolución de sus facultades mentales se había iniciado, según parece, desde hace tiempo. Eso que antes se conocía por chochez y ahora se llama sabiamente arterio-esclerosis, y determina los fenómenos que caracterizan á la senectud avanzada, pesaba sobre el gran poeta. Sería preciso contar, desde que se inició tal estado, la fecha de la desaparición del único Ibsen que nos importa. Lo que perdimos este año fué un poco de carne mortal empujada por la inflexible vejez á la tumba.

Figura teatral también, y de primera línea como intérprete, la trágica Adelaida Ristori—otra víctima de 1906.—Tampoco la edad permitía trabajar á la gran Ristori, que en 1898 por última vez hizo resonar en las tablas su acento prestigioso, cantando ya setenta y cuatro rigurosos inviernos! Adelaida Ristori dominaba con igual señorío el teatro romántico y la tragedia griega, y su creación de *Medea* (inspirada en Eurípides) no tenía nada que envidiar á su creación de *Murria Estuardo* (inspirada en Schiller). Asombroso era su modo de encarnar á *Isabel de Inglaterra* y de caracterizarse, desde el primer acto en que aparecía rozagante, orgullosa, dura y sensual, reproduciendo con admirable precisión el modo de ser de su padre Enrique VIII, hasta el acto último en que se la veía marchita, deshecha, agonizando y retorciéndose entre remordimientos y fantasmas, con el sello de la edad y del terror de ultratumba.

Sólo con recordar la figura de Adelaida Ristori, se comprende hasta qué punto evolucionaría el teatro. Si la Ristori nace algunos años después, en vez de ser *Medea* ó *Pia di Tolomei*, la *Estuarda* ó la hija de Ana Bolena, hubiese tenido que ser la *Nora* de Ibsen, la *Francesca* de d'Annunzio, ó el *Aquilucho* de Rostand. Y quizás no descollase tanto en el drama moderno, á cuya complejidad no se adaptaría la amplitud y sencillez de sus facultades de trágica insignie.

Y España ¿debe señalar con piedra blanca la fecha del año que termina, ó debe, por el contrario, buscar el chinarro más negro y colocarlo sobre la cifra de 1906?

Años hemos tenido que superaron á éste en acarrearnos desgracias: recuérdese aquel sombrío y terrible 1898. Durante el finado hemos vegetado sin trastornos profundos, si se exceptúa el que produjo en el espíritu de la gente medrosa y apocada el atentado de Morral. Espeluznante fué, no cabe negarlo, el crimen del anarquista; pero su misma violencia reveló el carácter completamente excepcional que revistió. Al día siguiente de haber hecho todo género de estragos la bomba de la calle Mayer, era cuando el miedo debía oprimir menos los corazones. Por la formidable válvula de la explosión desahogó el instinto destructor para mucho tiempo; no se repetirán tan pronto actos como el del tremendo sectario, ni es creíble que, aun acordados en conciliábulos más ó menos secretos, se encuentre siempre quien vaya determinado á ofender la vida ejecutando el acuerdo al pie de la letra. Y si admitimos algunas interpretaciones bien fundadas de los actos y conducta de Morral antes del crimen, todavía es lícito suponer que anduvo buscando—¿quién sabe si inconscientemente?—el medio de libertarse de cumplir su cometido, delatándose de antemano, á fin de ser preso. No de otra suerte encontrarían explicación satisfac-

toria la inscripción en el árbol, el ensayo de puntería arrojando á los tranvías naranjas, los anónimos recibidos en altos centros, que difundieron por Madrid, antes de que se cometiese, el rumor del atentado y hasta de la calle en que iba á ocurrir, y tantas otras indiscreciones, que no han de considerarse involuntarias, y que precedieron al trágico momento. No debe, pues, eternizarse la depresión moral que se produjo en Mayo y todavía perdura. Cada hora del vivir trae su peligro, y los menos esperados son los más temibles.

* *

Entre las notas reanimadoras habría que reseñar en primer término los triunfos del inventor del *telekino*, la concesión del premio Noebel al sabio histólogo Ramón y Cajal, el éxito de la Exposición Sorolla en París, la botadura del *Reina Regente* y el *superávit* del presupuesto. Debo, sin embargo, hacer constar que de este último no me ffo: el escepticismo más absoluto se ha apoderado de mí. Si fuese cierto que cada año tenemos más millones, que el dinero nos sobra y que nuestro crédito financiero sube hasta las nubes, á proporción ascendería nuestra cultura, nuestro bienestar, ó al menos comenzarían á aligerarse los gravámenes que pesan sobre las clases laboriosas y también sobre las que no lo son, y pagan chorreando. Lejos de suceder así, se piensa en nuevos recargos y tributos, se aprieta el tornillo hasta que la argolla acaba de estrangular al contribuyente. Si creciese nuestra riqueza á medida que se desahoga el Erario, ¿cómo concebir esta gradual despoblación de nuestra patria, que recuerda la de las postrimerías del siglo XVII? En la lista de nuestros males olvidé incluir la emigración, probablemente el mayor de todos. Sin que nadie se preocupe, sin que se piense en contener la sangría suelta, pueblos en masa desfilan, á agenciar en el continente americano ó en las Antillas lo que les falta aquí: el sustento. Buques y más buques abarrotados de emigrantes se hacen á la mar casi diariamente; antes emigraba el mozo animoso, dispuesto á enviar desde allá á su familia con qué pagar al fisco y adquirir el cotidiano pan: ahora emigran mozos y viejos, mujeres y niños, la familia toda; los sirvientes entran en las casas á aprender nociones de su obligación y están dispuestos á embarcarse tan pronto como sepan lo elemental y puedan «colocarse» allá lejos, fuera de la patria. Los campos están cultivados por mujeres: esas mujeres, apenas núbiles, ó no han alcanzado la edad de embarcarse todavía, ó las retiene en su aldea amores y deberes; pero á la primera ocasión también ellas levantarán el vuelo, porque ya no queda golondrina en alero ni paloma en palomar... ¿Se concibe que la emigración adquiriese tal incremento si en España soplasen vientos de prosperidad? La población desaparece huyendo del fisco, del encarecimiento inexplicable y criminal de los artículos de primera necesidad, de cuanto imposibilita el subsistir. No es una idea sórdida de lucro la que les empuja: es que no pueden hacer otra cosa, justamente porque el Estado no se preocupa del gravísimo problema que tiene á la vista y que debiera importarle en primer término. El hombre de Estado y el hacendista no deben ver en la tributación un fin, sino un medio. Recaudar es bueno, si la recaudación no se convierte en exacción perjudicial y funesta. No importa que el presupuesto se cierre con *superávit*; lo que debe cerrarse con *superávit* es el balance general de la patria. Y el *déficit* horrible que causa la partida de la emigración responde con cargada burlona á las cuentas galanas de los ministros de Hacienda, que creen, por lo visto, que todo se reduce á estrujar y cobrar.

* *

He aquí por qué deseamos que el año 1907 no sea de hemorragia; que se ataje la emigración y se pongan en práctica los medios para sujetar sin violencia en territorio español á la gente española. Se habla de regionalismo y separatismo, y no se repara en este proceso de desintegración, mil veces más amenazador, en las actuales circunstancias, que todos los alardes de bizkaitarras y catalanistas. Radical manera de desnaturalizarse es la de meterse en un barco y dar desde el puente un adiós á la costa de la tierra nativa, envuelto en todas las nostalgias que se quiera, pero al cabo un adiós, y no el del viajero que retornará, sino el del emigrante que se lleva, como Eneas al salir de Troya, sus penates, su descendencia, cuanto le ligaba al suelo donde le tocó nacer... Esto sólo tiene un remedio. ¿Empezarán á aplicarlo los gobernantes en el nuevo año?

EMILIA PARDO BAZÁN.



Volvia del huerto la buena esposa...

ANTOJO

(CUENTO, POR VÍCTOR CATALÁ)

Envuelta en la rojeante luz de aquella puesta de sol, delirio de encendidos colores, caminaba tranquila, pausadamente, con solemne majestad, cual diosa campesina. Su cuerpo, rebosando savia, meciase dulcemente con el severo ritmo lleno de armonía de un poema clásico; bajo el corpiño se adivinaban sus pechos firmes y vírgenes, portentos de marfil, y su rubia cabellera, igual á espigas secas, formaba un nimbo de oro alrededor de su rostro macizo y blanco cual almendra tierna. A manera de corona de un alegre imperio, asentado en las excelsitudes de la materia, llevaba sobre la cabeza una cesta que más parecía tejida con varillas de oro que con tiras de caña. Dentro brillaban con múltiples y vivos colorines las primicias de la fruta temprana: dulce *Dios os guarde* de la Primavera.

Regresaba de un huertecito de tierra oscura donde había cogido toda la fruta primeriza con el voluptuoso placer de la jardinera que arranca los capullos para formar hermoso ramo, presente de modesta ofrenda; y agitada aún por el esfuerzo, vibraba al recuerdo de tantos perfumes y bañaba el sudor su anacarada piel. Caminaba tranquila, pausadamente, como quien anda por caminos libres de misterios y sorpresas traidoras, como quien está seguro de que le espera la paz de una agradable compañía.

Bajo aquel rojizo cielo, delirio de encendidos colores, parecía una soberbia flor á punto de abrirse, pronta á germinar y dar fruto. Pero no; era una flor que llevaba en el fondo de su caliz la roedura de un gusano; el fruto que en ella se presentía, como en la rama hecha y vigorosa, nunca llegaba.

En el pueblo, con razón, la llamaban *Forra* (1)

(1) Mujer estéril. Mote despreciativo.

porque llevaba diez años de casada y sus entrañas seguían infecundas cual entrañas de virgen. El amor se albergaba en ella como un dios que alegra con su presencia, pero no concede don alguno; la había convertido en esposa, pero no en madre. Su marido, un buen muchacho, de rostro color del barro cocido, la quería con delirio; la quería con exceso, según decían las comadres del barrio que detrás de las entornadas puertas atisbaban, en la penumbra del *celler* (2) de casa los novios, el ímpetu de un abrazo ó el chasquido de un beso; pero ellos,

pensando sólo en quererse como unos tórtolos, dejaron pasar el tiempo, hasta que llegó un día en que de pronto advirtieron lo que hasta entonces no habían reparado. ¡No tenían hijos! Y se miraron sorprendidos, como preguntándose el uno al otro la razón de tal absurdo; y no sabiendo qué contestar, ambos quedáronse mudos.

Hasta entonces habían ignorado lo que era un anhelo sin medida, pero desde aquel momento ya lo supieron. Al placer de quererse *porque sí*, con delirio egoísta, se mezcló el calor de un nuevo deseo; deseo de que el amor que se profesaban pagase lo que en buena ley era debido.

Ya no unía sus labios un inconsciente impulso, sino la esperanza halagadora de una nueva ventura más tranquila. La idea del hijo, cual corriente misteriosa, á menudo los atraía; y ella se ruborizaba, y él, tembloroso y pálido, la contemplaba con humilde ternura, como dispuesto á dirigirle una plegaria; como si adorase en los hechizos de ella, el hechizo de un nuevo hechizo pronto á nacer... Y esperaban, con estremecimientos de dicha é inquieta confianza, el gran advenimiento.

Pero... pasó un año y otro año sin el menor síntoma; y marido y mujer, en su impaciencia, sintieron que se apoderaba de ellos la angustia; su anhelo poco á poco fué concentrándose, haciéndose tenaz y convirtiéndose en idea fija. Entonces el pueblo olió el drama, y en su perverso instinto de bestia inferior clavó su zarpa donde más dolía, y les llamó *Forros*, mote pregonero de su desgracia.

Y entonces en la frente de él una ira mal oculta grabó profundo surco, y en los serenos ojos de ella un dejo de nostálgica melancolía reflejó chispas de tristeza.

Pero aún seguían confiando, pues sus cuerpos jó-

(2) En el Ampurdán casi todas las casas tienen el *celler* (bodega) en planta baja, á uno de los costados de la habitación principal, con una ventana que da á la calle.

venes, sanos y hermosos eran para ellos excelente promesa y la mejor prenda de esperanza.

¿No tenían hijos y muy lindos tantos seres imperfectos? ¿Entonces, por qué ellos, sanos y fuertes, no habían de engendrar una nidada de angelitos de rosadas y finas carnes y ojos brillantes?

¡Ay! Aquella feliz pareja no sabía que en los jardines humanos, como entre las plantas, no son los arbustos más frondosos los que más producen..., tal vez por exceso de savia. Lo que se gana en lozanía se pierde en fruto, y los amores más vehementes son los más estériles.

Tal vez por esta razón pasaban meses y meses, y de aquella nidada tan deseada ni siquiera se presentaba el primero; y poco á poco la sagrada esperanza, un día con tanto anhelo acariciada, empezó á desvanecerse como el humo de un fuego del que no ha brotado ni una chispa.

Una vez más no había sido, lo que al parecer debía ser; una vez más en el jardín de los ensueños se había deshojado un capullo antes de abrirse y convertirse en rosa.

Sin embargo, á los diez años de matrimonio aún se querían con igual cariño, con igual constancia, pero sin ansias ni delirios. Su amor profundo é inalterable era el de dos compañeros que marchan juntos por la misma vía, predestinados á una común suerte ó desventura. Vivían resignados, y sus tranquilas miradas al cruzarse no traicionaban la pasada fiebre; ya no se decían: «¡Quién sabe!.. ¡Tal vez!..» Pero en la frente de él había quedado aquella arruga, fruto de aquella desazón, y en los serenos ojos de ella el dejo de nostálgica melancolía que afilaba su perfil ennobleciéndolo; y en los dos, cual indivisible patrimonio, un mote viperino: el de *Forros*.

Y volvía del huerto la buena esposa coronada de fruta primeriza, risueña con su cosecha de colorines. Al llegar á su casa, con sonrisa de amante que no olvida á su amado por lejos que esté, volcaría la fruta sobre la mesa diciéndole: «¡Mira qué bendición de Dios! La traigo expresamente para que la pruebes...» Y seguía caminando tranquila, pausadamente, cual diosa campesina, y los destellos fantásticos de aquel ocaso teñían con reflejos purpúreos, como sangre de imaginaria carnicería, sus brazos firmes y gráciles, cual pilarettes de mármol, y sus afiladas facciones.

Llegó á un bancal lleno de granados, y con sorpresa sintió aquella punzada y extraña angustia que ya había sentido al pasar la otra vez, y que conservó durante largo rato mientras rodrigaba las habichuelas tiernas, y llenaba de agua una y otra reguera del huertecito.

Pero ahora era más intensa aquella *cosa*; algo como un alucinamiento, una comezón, un desasosiego que la hacía desfallecer, clavándole los pies en el suelo y los ojos en aquellos árboles reunidos en el cercado, inmóviles guardianes de la llanura.

El sol habíase hundido y sus últimos destellos lujuriantes fogueaban por el cielo, cual llamaradas de un lejano incendio, tiñendo y velando, con purpúreo

polvo, las copas de los granados. Le parecieron, como días atrás, cubiertos aún de su ensangrentada floración; pero de aquellas flores ni una sola quedaba, y en su lugar asomaban las pequeñas granadas semejantes á cabecitas de reyes de cuento, todas con su recortada corona.

¡Oh, en aquella puesta, cuánto hechizo se desprendía de aquellas granaditas tan chiquirritinas!

—¡Qué tarde has llegado! Mientras te esperaba, he hecho la cena...

—¡Ay! ¡Dios te lo pague, hijo! Si tú supieras...

Sintiéndose revivir con aquel rayo de ternura que la acogía, apresuróse á poner la mesa y empezaron á cenar. Pero apenas cogió la cuchara para comer la sopa, volvió á herirla con gran fuerza, como un latigazo, el pensamiento traidor de las granaditas, de

dulcemente y terminó murmurándole junto al oído:

—No te muevas, que en seguida vuelvo...

Y con sonrisa misteriosa bajó á saltos y brincos la escalera.

Sobre aquella cama de Olot, con la cabecera de flores y ángeles, la mujer, medio acostada, relucientes los ojos entre los párpados hinchados y las mejil-



Entonces ella, sin poderse contener ni ocultar por más tiempo su angustia, le estrechó entre sus brazos...

Viendo que la noche se acercaba de prisa y corriendo como una mala nueva, entre rumores de grillos y de misterio, con un supremo esfuerzo de toda el alma dió un paso hacia adelante... Pero aquel sentimiento tan grande la hizo volver de nuevo la cabeza, y sus ojos, nostálgicos ojos de oveja, se llenaron de lágrimas, de lágrimas locas que no brotaban de pena alguna, sino de un anhelo aterrador, de un anhelo sin límites. Y retrocedió un paso, dos pasos, para entrar en aquel bancal...; pero de pronto, asustada, huyendo á la tentación que la ofuscaba, echó á correr cual chiquillo miedoso perseguido por fantasmas de cuento.

Sujetaba con sus manos la cesta tejida con varillas de oro, y en su pálido rostro se reflejaba una continua turbación.

Al llegar á las veredas de la entrada del pueblo dejó de correr, sudorosa y llena de angustia.

Y encontraba hombres y mujeres que regresaban del campo con el hato á la espalda; todos le daban las *buenas noches* perezosamente, con la pereza producida por ocho horas de trabajo al sol, y ella ni siquiera les contestaba, y para no romper en sollozos se mordía los labios, carnosos y rojos cual cerezas.

Andaba de prisa, impulsada por el deseo de llegar á casa. Apenas pasó la puerta, poniendo la cesta en el suelo, se dejó caer en una silla. Su marido, al oírlo, asomó á la puerta de la cocina con la sonrisa en los labios.

aquellas granaditas que acababan de soltar sus pañales color de grana.

Y apartó el plato con asco, y rompiendo en zollos, corrió escaleras arriba como una loca.

Su esposo se quedó mudo, boquiabierto por la sorpresa, pero en seguida echó á correr detrás de ella. La encontró en la alcoba, con la cabeza sobre la cama, llorando desconsolada. La cogió en sus brazos, todo trastornado, mirándole á la cara... Entonces ella, sin poderse contener ni ocultar por más tiempo su angustia, le estrechó entre sus brazos, fuerte, muy fuerte, casi ahogándole, y se lo contó todo, acabando su relato poco á poco, pausadamente, cual si soñase...

—Si no fuera... porque no es posible..., diría... que estoy... y que esto es un antojo...

Su marido quedóse cual si con una honda le hubiesen herido el corazón. Sin color en los labios, espantados los ojos, la miró fijamente, y con un gran grito, que sonó á órgano enronquecido, la cogió en sus brazos, colocándola suavemente, cual si fuese una pluma, sobre la cama; le cubrió de una rociada de besos, y apoyando su cara sobre el pecho de ella, ocultó dos lágrimas ardientes. Desde que era hombre hecho, sólo había llorado otra vez: el día en que se murió su madre.

Poco á poco, con sus propias manos, fué desnudándola, con respeto profundo, cual si fuese una imagen venerada; le besó los pies desnudos, la abrigó

llas encendidas, esperaba, esperaba con el corazón alborotado, concentrada toda ella en una espera ansiosa.

Pasó un cuarto... unos minutos más...

De pronto, retronó la escalera con alegres rumores, y entró él, el marido, jadeante por la loca carrera, y sin abrir la boca, volcó sobre la cama la ofrenda: una cascada verde, mezclada con una gran degollina de pintadas cabecitas, todas con su recortada corona; cada una al rebotar reflejaba una chispa de la luz del candil, débil explosión de vida.

Ella se incorporó anhelante, estremeciéndose toda; abrió los relucientes ojos, ebrios de deseos, y hundió ávidamente sus dos manos entre las granadas.

Y empezó á mordisquear con placer extraño, con frenesí, con ansia loca aquella fruta insípida y verde, cuyo amargor la obligaba á hacer gestos y guiños. ¡Dios sabe cuántas comió! Hasta que por fin rendida, sus brazos se pararon y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Mientras tanto, su marido, aquel buen muchacho de rostro color del barro cocido, mudo, en pleno delirio, la contemplaba boquiabierto y con mirada intensa, casi imbécil á fuerza de emoción; con la mirada que se contempla todo lo que nos embarga y no comprendemos: los grandes misterios que han de engendrar la Suerte ó la Desgracia.

(Traducido por MIGUEL DOMENGE MIR.)



DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de Luisa Vidal. (Exposición París.)

MUSEO NACIONAL BÁVARO DE MUNICH

Los trabajos previos realizados por el barón de Aretin para realizar la misión que le había sido encomendada de publicar una obra de lujo sobre las «Antigüedades y Monumentos de la casa real bávara,» fueron el fundamento de la creación del Museo Nacional. La facilitación de materiales para esa publicación puso de manifiesto la riqueza inmensa del gran tesoro artístico que en su reino había acumulado la dinastía reinante, y la conveniencia ó más bien la necesidad de reunir en un solo local la mayoría de aquellas riquezas diseminadas, así para mejor conservarlas, como para que pudieran ser mejor apreciadas.

Una proposición hecha en este sentido por el barón de Aretin en 24 de noviembre de 1853 halló entusiasta acogida en el monarca, y trazado al año siguiente el plan general, comenzó poco después la tarea de reunir los objetos que habían de constituir el nuevo museo, al cual se dió el nombre de Museo de Wittelsbach.

El principal objeto de ese museo había de ser, según se consignaba en la proposición citada, vigorizar y fomentar el sentimiento dinástico y nacional y el interés artístico é histórico, de manera que fuese «un verdadero museo nacional.» Esta idea entusiasmó desde luego al regío fundador, cuyos actos de gobierno tuvieron siempre por base el firmísimo convencimiento de que un vínculo muy estrecho unía al soberano y á su dinastía con su pueblo, en todas las épocas de la historia y en todas las vicisitudes de la suerte. Y consecuente con este criterio, amplió los fines de la institución, que dejó de ser exclusivamente dinástica para convertirse en nacional, y dispuso, en 24 de junio de 1855, que en el museo, que desde entonces se denominó Museo Nacional Bávaro, se incluyesen todas las obras de interés artístico ó histórico para Baviera.

Para el fomento del museo consignóse desde entonces en el presupuesto del Estado una importante partida, y se ordenó á todas las autoridades que prestaran su más firme apoyo á la dirección del museo para la consecución de los fines que le estaban encomendados.

Muy pronto el palacio del archiduque Maximiliano, en donde había sido instalado el museo, resultó insuficiente para contener las colecciones y objetos sueltos con que incessantemente se enriquecía; entonces el rey Maximiliano II mandó construir, pagándolo de su bolsillo particular, el magnífico edificio de la *Maximilianstrasse* (calle de Maximiliano), proyectado por el arquitecto Eduardo Riedel. La construcción duró desde 1858 á 1865; la traslación de las colecciones comenzó á fines de este último año, y la inauguración pública se efectuó en 12 de octubre de 1867.

Constaba el nuevo edificio de planta baja y dos pisos: aquella estaba destinada á los monumentos y objetos de la antigüedad y de la Edad media; el primer piso contenía únicamente 143 pinturas murales ejecutadas por notables artistas y que representaban los hechos culminantes de la historia de Baviera, y 25 estatuas de los soberanos bávaros; y en el piso segundo se instalaron todas las obras del Renacimiento y de los tiempos posteriores hasta fines del siglo XVIII.

La mayoría de las salas de ese segundo piso fueron adornadas con artísticos artesanados antiguos procedentes de los palacios reales y de las residencias aristocráticas, así como con multitud de obras de arte, entre ellas una magnífica colección de tapices de los Gobelinos donados por el monarca.

El museo llenaba, pues, enteramente los fines que le habían sido señalados; era una verdadera y completa manifestación de la civilización bávara, desde

sus comienzos, y con razón pudo el barón de Aretin escribir entonces en el prólogo del catálogo redactado bajo su dirección: «De este modo se logra presentar al través de los siglos una historia ilustrada de la cultura nacional que no ofrece ninguno de los museos existentes.»

En el año 1867, siguiendo las tendencias que se manifestaban en las principales naciones europeas, propuso el barón de Aretin que, ampliando el objeto del museo, se utilizasen los tesoros que encerraba para el fomento de las industrias artísticas; este pensamiento, que la muerte le impidió llevar á cabo, fué realizado pocos años después, creándose en el museo una multitud de secciones especiales, como metalistería, cerámica, tejidos, trajes, armas, etc., que

ricas; pocos meses después abríase al público el Nuevo Museo Nacional Bávaro.

Este palacio, en cuyo exterior se armonizan perfectamente los estilos renacimiento alemán y barroco, hállase rodeado de jardines que le dan un aspecto sumamente pintoresco. Interiormente, su arquitectura es artística en grado sumo, ajustándose el decorado de cada sala, así en el conjunto como en los detalles, al carácter de la colección ó sección de objetos en ella instalada. La superficie total del espacio destinado á colecciones es de 10.236 metros cuadrados.

En su construcción sólo han entrado piedra, cemento y hierro, habiéndose además adoptado las precauciones más minuciosas para hacer casi imposible el peligro del fuego.

Tratándose de un museo como éste, es imposible, á menos de llenar un tomo, citar los objetos que contiene, ni siquiera los más importantes, pues su número es extraordinario; por fuerza, pues, habremos de limitarnos á enunciar lo que pudiéramos llamar índice de las salas.

En la planta baja hay instaladas: antigüedades prehistóricas, antigüedades romanas, antigüedades del período merovingio, objetos del pequeño arte romano, lapidario romano, primitivas obras de la pintura gótica, monumentos relativos al emperador Luis el Bávaro, arte religioso de la segunda mitad

del siglo XIV y de la primera del XV, armas de las distintas épocas, objetos del período de transición de la Edad media al Renacimiento, miniaturas, antiguos instrumentos físicos, marfiles y modelos en yeso, todo lo cual ocupa cuarenta y ocho salas.

En el primer piso, que comprende treinta y cinco salas, hay las colecciones especiales de metalistería, sellos y monedas, esculturas en madera, instrumentos de música, tejidos, bordados, encajes, trajes de todas las épocas, vestiduras litúrgicas, juguetes, manuscritos, impresos, ilustraciones, encuadernaciones, naipes, objetos de caza, lozas, porcelanas y vidrios.

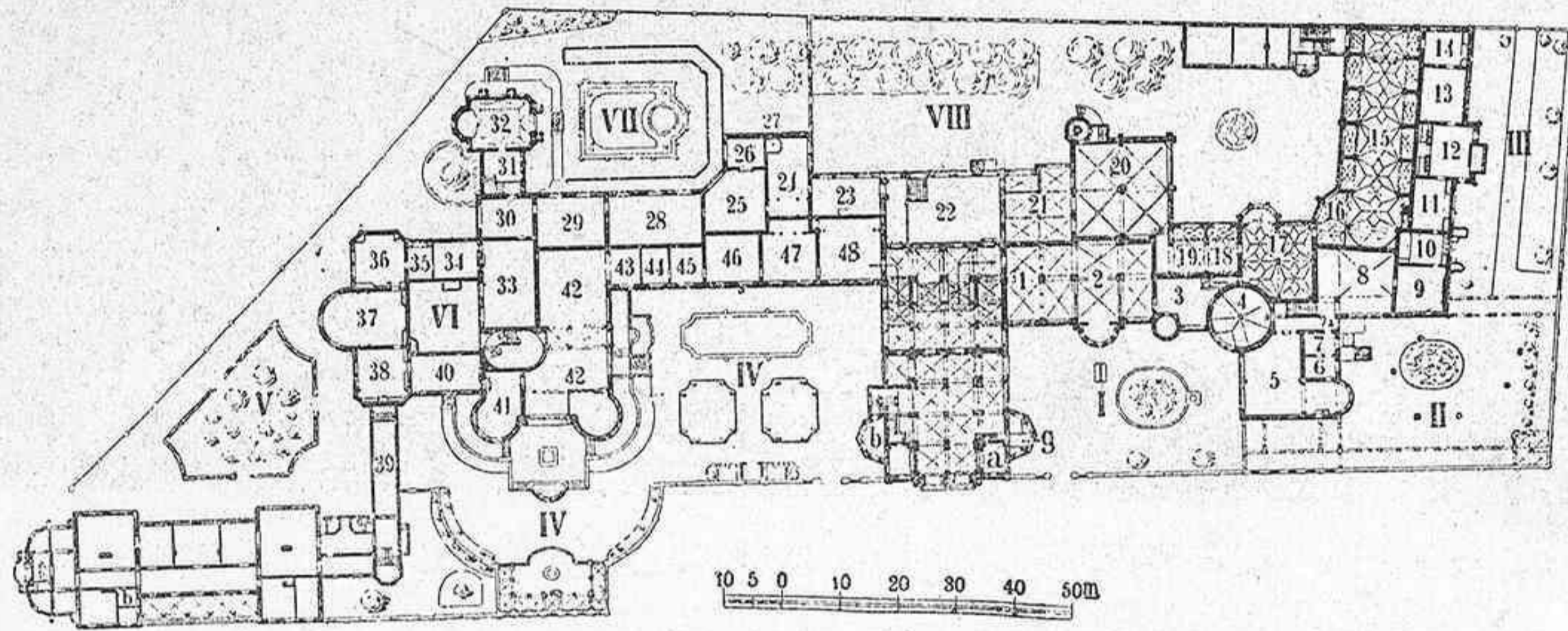
El segundo piso, que sólo comprende una sala subdividida en doce gabinetes, pues no ocupa toda el área del edificio, sino sólo una parte de su cuerpo central, está exclusivamente destinada á la interesantísima colección de figuras y objetos para nacimientos de Navidad que regaló al museo en 1898 el consejero de comercio Maximiliano Schmederer y que es la más completa en su clase de cuantas se conservan en los museos de los demás países.

En los sótanos hay nueve departamentos que reproducen otras tantas habitaciones de campesinos bávaros; además hay en ellos una sala con instrumentos de tortura y de castigo, otra con sarcófagos procedentes de la cripta de Laningen y otra con sillas de manos y otros vehículos.

Contiene el palacio varios patios y jardines interiores, en los cuales hay instalados monumentos y trozos arquitectónicos de los períodos romano, cristiano, antiguo, Renacimiento, etc.

Citaremos finalmente la capilla, que contiene altares, tabernáculos, pinturas y esculturas religiosas. En el vestíbulo que la precede hay un gran número de exvotos de todas clases, relicarios, rosarios y otra multitud de objetos relativos á usos religiosos populares.

El Museo Nacional Bávaro es uno de los mejores museos en su clase de todo el mundo, no sólo por el número inmenso y por la riqueza de objetos que contiene, sino también por el gusto con que están instalados: en él halla el hombre de estudio material inagotable para sus investigaciones científicas; el turista, el visitante simplemente curioso, tiene allí con qué entretener agradablemente los ojos durante varios días.—T.



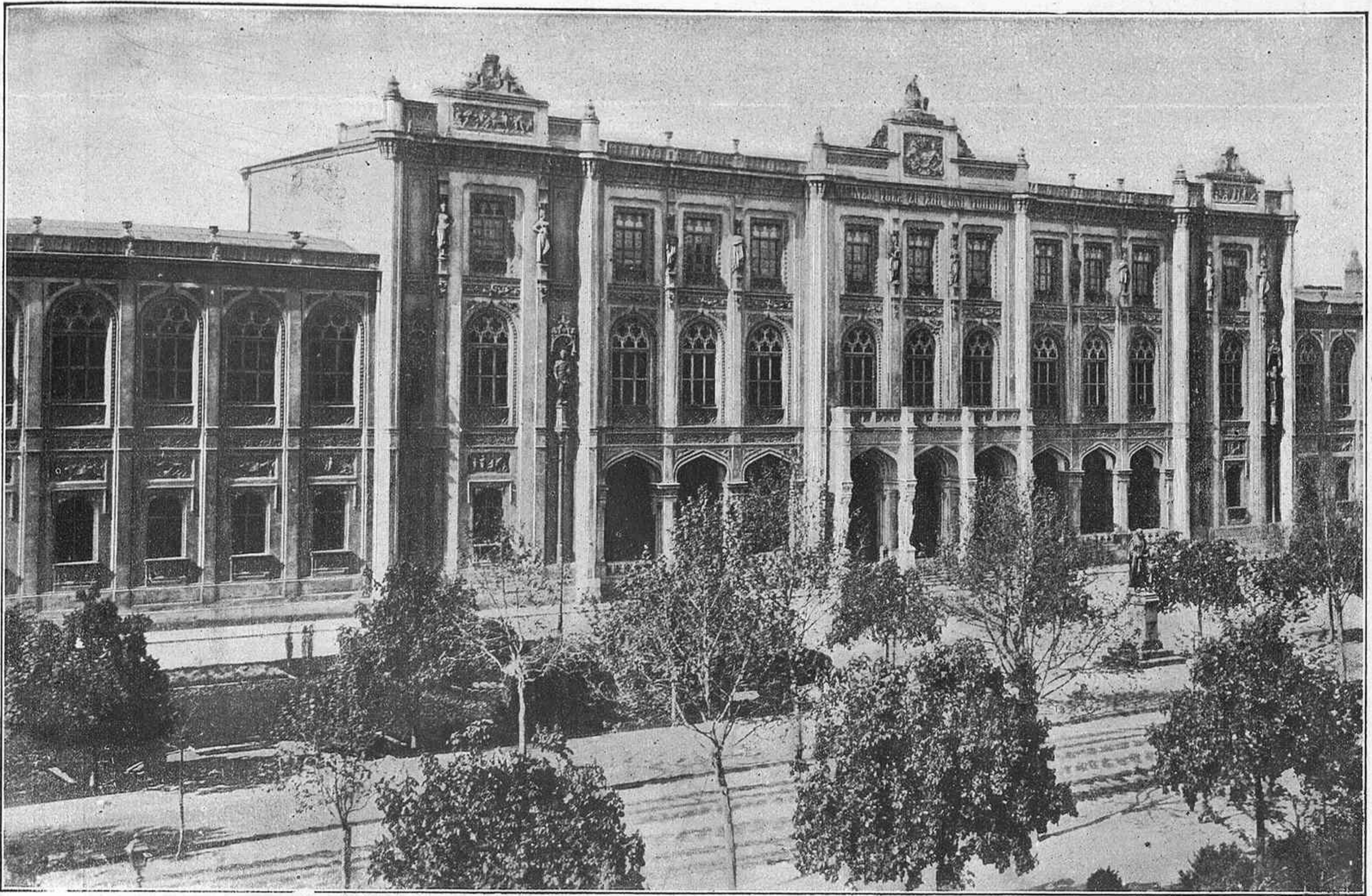
Museo Nacional Bávaro de Munich. - Plano del primer piso

hubieron de instalarse en los salones del primer piso, antes reservados únicamente, como hemos dicho, á las pinturas históricas murales y las estatuas de los príncipes de Baviera.

Pasaron algunos años, y las mismas circunstancias que impulsaron á construir el edificio de la *Maximilianstrasse* por insuficiencia del Museo de Wittelsbach, obligaron á pensar en la construcción de un nuevo palacio. Cuando se edificó el inaugurado en 1867, nadie podía imaginar el rápido aumento que tuvieron luego las colecciones, aumento tan considerable que muy pronto se llenaron con exceso todas las salas, y no habiendo ya lugar para colocar nuevas adquisiciones, hubieron éstas (algunas de mucha importancia) de ser encerradas en almacenes. A esta falta de espacio uníase el hecho de resultar aquel palacio de construcción deficiente, dados los adelantos de la técnica, y expuesto al peligro de un incendio. Esta última consideración, que produjo graves preocupaciones en todos los círculos y que motivó grandes discusiones en la prensa, fué de un efecto decisivo. En 1890 planteóse la cuestión en la Dieta, pero dificultades financieras impidieron que se llegase á un acuerdo; dos años después, el ministro de Estado del Interior para asuntos eclesiásticos y de enseñanza, el Dr. Müller, manifestó el propósito del gobierno de construir un edificio para el museo, cuyo coste estaba presupuesto en 4 000.000 de marcos; á los pocos días todos los diputados visitaron corporativamente el Museo Nacional, y convencidos de que éste no era ya suficiente y de que además ofrecía el peligro antes indicado, votaron por unanimidad la proposición del ministro.

Señalóse para emplazamiento del nuevo edificio la calle del Príncipe Regente, entonces en construcción, en honor del príncipe Leopoldo, y en 1893 abrióse un concurso limitado entre tres notables arquitectos muniquenses, siendo premiado el proyecto del profesor Gabriel de Seidl. Firmado con éste el contrato en 23 de octubre de 1894, el día 17 de noviembre siguiente efectuóse con gran solemnidad el acto de colocación de la primera piedra.

La traslación de objetos del antiguo al nuevo museo comenzó en 15 de septiembre de 1898, quedando únicamente en aquél las 143 pinturas murales histó-



MUSEO NACIONAL BÁVARO DE MUNICH.—Palacio que ocupaba antiguamente el museo, situado en la calle de Maximiliano



MUSEO NACIONAL BÁVARO DE MUNICH.—Palacio que ocupa actualmente el museo, en la calle del Príncipe Regente



PARÍS.—REGRESO DE LAS CARRERAS EN AUTEUIL, dibujo de Daniel Urrabieta Vierje. (Propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.)



UNA ESCENA EN CONSTANTINOPLA, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. (Es propiedad.)



¡Infame! ¡Me has sido infiel!.. ¡Amas á otro!.. ¡Te voy á matar, pérfida, traidora!..

Al volver el año anterior á su casa de Teherán, una vez cerrada la Feria y deshecho el puente del Oka, Adín volvía gozoso y feliz, no sólo por las ganancias enormes que había obtenido, sino principalmente porque iba á ver de nuevo los ojos azules de Sira.

Aquellos ojos habían despertado su alma al amor; por ellos había hecho á Sira su esposa. Con aquéllos ojos soñaba; por ellos vivía. En el incomparable color azul de aquellos hermosísimos ojos embriagábase Adín enloquecido. Contemplándolos encantado, permanecía horas y horas; y cuando una sonrisa amante de Sira animaba aquellas pupilas celestes, Adín sentíase esclavo de un mágico hechizo que lo subyugaba deleitosamente colmandolo de indécible ventura.

El rico y dichoso mercader, que regresaba á Persia sin haber visto desde hacía tres meses aquellos amados ojos azules, volvía resuelto á no ir ya más á la Feria de Nijny Novgorod—á la *Yarmarka*, como la llaman los feriantes.

¿Para qué quería más riquezas? Con las que tenía le bastaba. Aquel sería, pues, el último viaje y no se separaría ya nunca de Sira.

* * *

Cuando, por fin, llegó á su casa y Sira corrió á abrazarlo dando gritos de alegría, Adín la miró á los ojos y retrocedió espantado...

¿Qué había visto en ellos? Algo que le pareció horrible. ¡Los ojos de su esposa ya no eran azules!

Los volvió á mirar creyéndose dominado por una pesadilla... ¡y no eran azules, no!.. ¡Su vista no le engañaba!

Hasta se figuró Adín, por un instante, que aquella mujer no era la suya.

Sira, desconsolada al ver la exasperación de su marido, le dijo con la más dulce y cariñosa voz del mundo:

— ¡Soy yo, Adín! ¡Soy tu mujer! ¡Soy la misma!.. ¡Y estos son mis ojos!

— ¡No es verdad!, gritó él, fuera de sí. ¡Tus ojos eran azules!

— ¡Cálmate, Adín, cálmate!, replicó ella. ¡Te lo voy á contar todo!

Y Sira explicó á su esposo aquel cambio que tanto lo exaltaba.

Cierto sabio oculista europeo había descubierto la manera de cambiar el color de las pupilas, y apenas la descubrió, uno de los mejores discípulos del sabio se fué á Persia á poner en práctica tan maravilloso descubrimiento. El sistema era infalible, y cada cual podía tener los ojos del color que quería. Sira, como mujer muy mimada, era muy caprichosa y sintió el vivísimo deseo de dar á sus ojos un nuevo color. ¿Se pondría los ojos negros, ó verdes, ó pardos, ó grises?.. Negros ya los tienen las moras y las andaluzas; verdes, las bretonas; grises ó pardos, una infinidad de mujeres... Y á fuerza de buscar algo distinto, algo verdaderamente nuevo, algo que ninguna mujer tuviera, se le ocurrió la mayor rareza, la mayor extravagancia que podía habersele ocurrido. Se hizo

poner los ojos... ¿De qué color pensáis?.. Pues... ¡de color de rosa!

Así es que se comprende la terrible impresión que recibió Adín al encontrarse, en lugar de los magníficos ojos de cielo que locamente adoraba, con aquellos nuevos y extraños ojos... ¡Ojos de color de rosa, pero de rosa pálida, sin vida y sin perfume! ¡Ojos de color de rosa como el sol de Finlandia, sin calor y sin brillo!

Adín lloró, se desesperó... Ya para él Sira no era Sira... ¡La de los ojos azules había muerto!

Viendo tan gran dolor, arrepintiéndose la infeliz mujer de lo que había hecho en ausencia de Adín, y éste se puso á buscar por todos lados al discípulo del sabio oculista europeo para que devolviese á los ojos de Sira el color azul que tuvieron antes.

— ¡Ah!, contestó el doctor, en cuanto dió con él el infortunado esposo. ¡Puedo poner sus ojos de cualquier color que se me pida, menos de aquel que ya han tenido! ¡Los ojos, una vez que se les quita el color que tienen, ya no vuelven á recobrarlo nunca!

Adín cayó en la más honda tristeza, y al año siguiente, echando al olvido su propósito de no hacer más viajes, volvió á la Feria de Nijny Novgorod.

Como su fisonomía quedó grabada en mi memoria desde que me lo enseñaron, lo reconocí en Moscou pocos días después de haberlo visto en Nijny. Salía de casa de un doctor famoso, de cuyos labios quiso saber si habría medio humano de devolver su color azul á los ojos de Sira.

— ¡No, tú ya no volverás nunca á ver azules los ojos de tu esposa!, murmuró el doctor. ¡Un nuevo amor, únicamente, el amor de otro hombre, que renovase del todo su alma, podría devolverles el color que perdieron; y como sólo á su marido puede amar una mujer honrada, los ojos de tu esposa no podrán recobrar su primer color mientras tú vivas!

Bajó la cabeza Adín al oír estas palabras, que para él fueron una terrible sentencia, y volvió á tomar tristemente el camino de Teherán...

* * *

Sira, entre tanto, no descansaba, no dormía, buscando sin cesar la manera de devolver el color azul á sus ojos; hasta que siguiendo el consejo de un santón, se decidió á beber, no como Cleopatra perlas disueltas, sino dos zafiros disueltos por un procedimiento misterioso que el santón le había indicado. Cuando regresó Adín á su casa, le salió Sira al encuentro, gritando llena de júbilo:

— ¡Adín! ¡Adín! ¡Mírame á los ojos!.. ¡Han vuelto á ser azules!..

Y el mercader persa, en cuyos oídos aún sonaban las palabras del doctor de Moscou, al ver de nuevo azules los ojos de Sira, fué á arrojarse sobre ella, ciego de cólera, exclamando:

— ¡Infame! ¡Me has sido infiel!.. ¡Amas á otro!.. ¡Te voy á matar, pérfida, traidora!..

Adín había perdido de pronto la razón.

Sira huyó aterrada, y desapareció para siempre.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE

EL CUENTO DE LOS OJOS AZULES

Cuando visité la Feria de Nijny Novgorod, hiciéronme fijar la atención en un mercader persa, llamado Adín, hombre de algo más de cuarenta años, alto, delgado, muy moreno, de rostro enjuto y de mirada triste y melancólica.

Adín comerciaba en sedas y en piedras preciosas, realizando en estos artículos soberbios negocios, y era uno de los más ricos mercaderes de su país que anualmente acudían á la Gran Feria rusa.

No tardé en saber que un dolor intenso desgarraba su corazón y que una terrible desdicha llenaba de amargura su alma



JUANA Y ANTONIA

Juanita había salido en busca de la cena, y al regresar á su casa se encontró al marido en la portería, esperándola con impaciencia. Siempre volvía Ernesto de la oficina entre siete y media y ocho, y aquella su presencia, en hora inesperada, alarmó á la esposa y le hizo sospechar alguna catástrofe. No había más catástrofe sino que Ernesto se había tenido que retirar con mucho frío y grande dolor de cabeza. En cuanto entró en el piso se acostó. Juanita, siempre amante, le echó encima cuanto ropa de abrigo había en la casa, que no era mucha, y con esto y una buena taza de flor de malva rompió á sudar el pobre hombre. Juanita dedicóse entonces á preparar la cena.

Llegó el siguiente día. Ernesto se encontraba peor, con fiebre y dolor en todos los huesos. No se atrevía á quejarse por temor de asustar á su mujer, y contestaba á las preguntas de ella con una dolorosa sonrisa que quería ser alegre... La fiebre creció durante el día. Juanita no sabía qué determinación tomar; hubo un instante en que los dos esposos se comunicaron con la mirada el mismo pensamiento: llamar al médico. Pero el médico suponía el gasto de sus visitas y el de las medicinas que recetase, y los recursos del matrimonio eran escasísimos.

Y sin embargo, aquella fiebre subía como una marea, encendiéndole el rostro con manchas bermejas, quitándole fuerzas para moverse y hundiéndole cada vez más en los colchones como si fuera á desaparecer aniquilado en ellos... Juanita reflexionó, echó sus cuentas... ¿Qué hacer, Señor? Pues avisar al médico. La vida del esposo ante todo. Y avisó á un galeno vecino, caballero de fisonomía risueña, de ademanes sencillos y afectuosos que pulsó al enfermo, lo reconoció y quedóse un momento pensativo. Luego pasó á recetar á otra habitación y dijo á la esposa que se trataba de un grave catarro bronquial y que volvería al día siguiente.

Juanita levantó los ojos al techo como si le pidiese protección para salir bien de aquel trance y salió á comprar la medicina recetada. Aún podía comprar medicinas. Lo malo sería cuando todos los recursos se agotasen. Mas ¡quién sabe! Quizás se abriese alguna puerta salvadora. Lo esencial para la esposa era cuidar al enfermo, rodearle de todas las solicitudes que inspira la piedad y suplir á la holgura con el amor. Y Juanita, mujer serena ante las grandes miserias de la vida, se hizo cargo de la situación y juróse á sí propia luchar hasta donde fuese posible, acaso más allá de lo posible.

¡Más allá de lo posible!.. Lo más miserable de la vida es el dinero; pero tiene tanta fuerza, llena de tal manera el mundo con su poderío, que lo posible es para él un juguete elástico. Se divierte con él, lo estira y lo encoge, lo tira muchas veces á un rincón con hastío, y cuando alguno le pide un trozo, corta al azar, sin mirar si da mucho ó da poco. A Juanita le dió un pedazo pequeño: lo posible se le acabaría pronto y lo imposible estaba muy lejos de sus fuerzas.

La enfermedad seguía su curso con alternativas de gravedad y mejoría, prolongándose cruelmente entre días de reanimadora esperanza y noches de angustioso pesimismo. La esposa comenzó á empeñarse. Todo lo que constituía una inutilidad de más ó menos valor salió paulatinamente de casa, llevado en las manos temblorosas de Juanita, que ya veía el fin de lo posible. Al cabo llegó el día trágico, el día de

la receta que no se puede comprar y que el enfermo mira con ojos suplicantes, como si el blanco papel, que parece en aquel momento una tabla á la vista de un naufrago, contuviese la única medicina capaz de curarle.

Juanita hace un esfuerzo para no romper á llorar y sale de casa diciendo á su marido que va á comprar la medicina.

Juanita tiene una hermana casada con un gran poderoso. Se enamoró de él cuando era pobre y humilde como Juanita; luego, á medida que su marido se fué enriqueciendo, se tornó altiva y orgullosa, y empezó á tratar á su hermana con una bondad humillante y una sonrisa que movía á cólera. Y eso que nunca le pidió Juanita ningún favor, limitándose á visitarla con toda etiqueta. Pero ahora había llegado el instante de llamar á la puerta de aquel íntimo parentesco. Si la una dejaba á un lado la dignidad por el amor á su marido, justo era que la otra abandonase su orgullo por el amor á su hermana.

Juanita entró temblando en un gabinete con cuya alfombra, únicamente, tendría para todos los cuidados que necesitase su marido hasta ponerse bueno y gordo. Al momento apareció Antonia entre ceremoniosa y afable, hizo sentar á Juanita á su lado y le preguntó por Ernesto.

— Lo mismo.

— Es preciso que le cuides mucho, que no le privas de nada.

Y aquella buena dama dijo estas palabras con sencillez, como si, rodeada de oro, saciada de él, creyese que en todos los hogares abundaba el dulce metal. Es más, no parecía recordar que su hermana estuviese casada con un empleado de baja categoría.

Juanita respondió temblando de amargura:

— Eso es lo malo, que le tengo que privar de mucho... ¡Pobrecito mío!

— ¿Pues cómo?...

— He llegado á no poder comprar una receta... Mira, ésta. Y quizás le curase... Pero ya no queda en casa nada que se pueda empeñar más que las mantas de su cama. No las tocaré; son sagradas. A su calorcito se duerme y ellas parece que le mantienen vivo.

— Hija mía, es preciso tener resignación, contestó Antonia en tono sentencioso. Y luego, si está bien abrigado... Por otra parte, tengo unos gastos tan enormes... No se puede hacer nada por los pobres...

En este momento entró un criado bruscamente.

— Señora, el señor acaba de llegar en el coche muy malo. Antonia se levantó muy pálida, espantada.

— Perdona, hijita; hasta otro rato. Espera un poco que el criado te traerá alguna cosa.

Y salió desolada, porque también ella amaba á su marido.

Al poco rato apareció el criadito y dió á Juana

Al ver á su hermana se abrazó á ella...

una moneda de plata, desnuda, sin un trozo de papel pudoroso, como la limosna que se da en una calle. Después marchó murmurando un «que se alivie el señor» lleno de tristeza. El fresco de la noche la reanimó. Podía comprar la medicina y pasar un día más. Luego... Avivó el paso, cumplió la santa misión que se había impuesto y plantóse en casa de cuatro saltos. Ernesto dormía; le dejó dormir un ratito y le despertó para darle la cucharada de aquel jarope que el enfermo bebió casi con unción. Más tarde tomó leche, y al cabo se durmió muy arrimado á su mujer, al amparo de aquel corazón de héroe.

Por la mañana, en cuanto Juanita tuvo un rato libre, fué de una carrera á casa de su hermana, á ver cómo estaba el enfermo. Un criado contestó lúgubremente:

— Ha muerto al amanecer... Una congestión...

Y la dejó el paso libre, sin más ceremonia. En un pasillo se encontró con Antonia, ya de luto, amarilla, con los ojos vacilantes, escaldados. Al ver á su hermana se abrazó á ella, sollozando estas palabras:

— Ya lo ves, más infeliz que tú. El amor me trajo el dinero y ahora se me va el amor. Quiero ser pobre; nada de fortunas. ¡Y yo que te aconsejaba resignación! ¡Qué consejo tan cruel! Tú sabes más de penas y no me lo aconsejarás. ¿Verdad? ¡No, no me lo aconsejes!

Súbitamente se levantó, y abriendo un armarito de laca, exclamó como loca:

— Tú, tú debes ser la primera, para que le cuides, para que no lo pierdas. ¡Yo sé ya lo que es perderlo!.. Toma, toma. No me lo rechaces, te lo ruego.

Y sacó un puñado de billetes de Banco y se los metió á Juanita entre las manos, en el pecho, como si esperase que aquella dádiva la resucitase al esposo muerto. Juanita recogió temblando los billetes, y besando á su hermana, le dijo:

— ¡Pobre hermanita! Ni la riqueza te lo ha quitado ni la pobreza te lo devolverá. Pero no volverás á ser orgullosa ni egoísta, y eso vas ganando para la tranquilidad de tu alma.

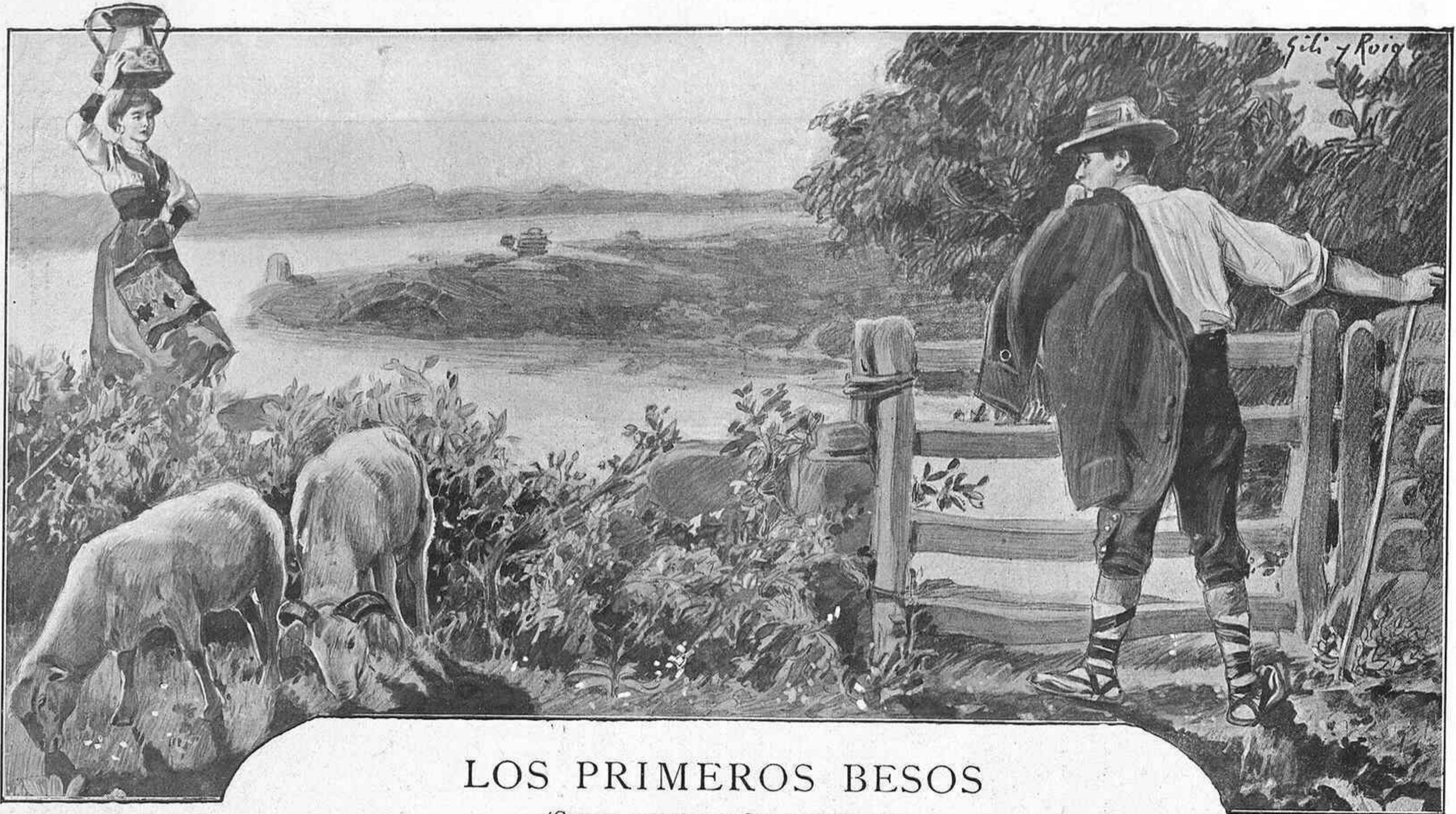
† J. MENÉNDEZ AGUSTY.



ENTRE FLORES, cuadro de Luisa Vidal. (Exposición París.)



LUNA DE MIEL, cuadro de Julio Borrell



LOS PRIMEROS BESOS

(CUENTO ORIGINAL DE GRACIA DELEDDA)

Jorge Pedro, apodado *Lagarto*, estaba de pie, apoyado en una pértiga, sobre un montículo cubierto de hierba. Hacía más de un cuarto de hora que esperaba a su novia, a la pequeña Nanía, la hija del peón caminero.

Lagarto y Nanía tenían relaciones hacía veinte días, es decir, desde que se conocieron. Cada día, a las dos de la tarde aproximadamente, Nanía pasaba por la carretera, hacia el arroyo en busca de agua, y Jorge la esperaba sobre el montículo, fingiendo atender a las ovejas que seesteaban entre las matas, en la linde del bosque de alcornoques.

Apenas Nanía se destacaba en la solitaria blancura de la carretera, Jorge bajaba a saltos de su observatorio, y se ponía a la sombra, detrás del montículo. Y Nanía, que llevaba en la cabeza una esbelta ánfora llena de arabescos, parecida a una ánfora etrusca, también se escondía detrás del montículo, estremeciéndose de amor y de miedo.

Porque si su padre la descubría hablando con *Lagarto*, seguramente la hubiese deslomado. Y aun cuando en aquellas horas el tío Gabino Jaldedda descabezaba un sueño, ó se entretenía cultivando el huertecito contiguo a la caseta, no había por qué fiarse.

A la sombra del montículo, en el gran silencio de la siesta, bajo el cielo de un azul intenso, los dos muchachos charlaban cinco ó seis minutos, cambiaban frases incoherentes y se devoraban con los ojos, pero no se tocaban ni siquiera con la punta de los dedos; después Nanía proseguía su camino y Jorge se internaba en el bosque, suspirando dolorosamente desde lo más profundo de su corazón.

Claro que sentía orgullo y contento de tener, por fin, allí, en pleno campo, lejos del pueblo, en la soledad de su redil, una novia que sólo le quisiera a él; pero le faltaba mucho para ser feliz.

El primer pero era el tiquismiquis del Sr. Gabino, que seguramente no pensaba en casar a Nanía con un muchacho pobre, simple pastor; y después... había tantos otros *peros*, que sería el cuento de no acabar.

Basta ya de cosas tristes; en espera de la quinta y de otras desgracias, Jorge se hubiese contentado con un beso de Nanía. Pero esto era la causa mayor de sus suspiros; la pequeña no parecía tener disposición alguna para los besos, no quería que la hablasen de ello, y sin su consentimiento, Jorge, ni siquiera se hubiese atrevido a poner sus labios en la orla de su vestido.

Pero aquel día sentíase valiente, ó, mejor dicho, le dominaba un deseo inusitado, tal vez debido al sol, que picaba de veras, a la inmovilidad del aire, al perfume silvestre que llegaba del bosque.

—¡Ah!, pensaba, entornando sus ojos negros, algo velados, hoy quiero abrazarla. ¡A ver qué hace! Si grita, le diré: «Si no se besan los novios, ¿quiénes se van a besar, chiquinituja?» ¡A ver qué dice!

Y precisamente aquel día, Nanía no llegaba nunca. Sin moverse del montículo, Jorge empezaba a preocuparse, al ver, por la sombra que proyectaba sobre la hierba su pértiga, que ya eran más de las dos.

—¿A ver si está enferma?, pensaba. ¡Oh, Dios mío! ¿Como no se haya comido alguna hierba venenosa y esté mala?

Y pasaban las horas y Nanía no llegaba. Jorge Pedro, llamado comúnmente *Lagarto*, era natural de Bitti y podía tener unos diez y ocho años.

Junto con un viejo pastor nuorense guardaba los rebaños de un rico señor; los prados en donde pastaba el ganado estaban

cerca de una de las casetas de peón, de la carretera nacional entre Nuoro y Bitti.

Jorge era lo que se llama un buen mozo, y él lo sabía; era alto, fuerte, ágil como un gato montés, tenía el pelo muy negro y reluciente de aceite; su perfil era escultórico, como sólo se ven en las cercanías de Bitti, y su dentadura espléndida; pero su piel estaba completamente curtida por el sol y el frío, y sus ojos anublados eran casi tétricos.

Había crecido entre pastores de Nuoro, y por lo tanto hablaba nuorense, pero conservaba el traje de su país nativo, tosco y negro, con unos calzones de sayal amarillento, estrechos, cortos, desgarrados y sucios.

Desde que había descubierto la caseta del peón y se había enamorado de la hija del tío Gabino, se lavaba la cara y las manos y procuraba limpiarse el traje; pero, a pesar de sus esfuerzos, seguía tan negro como la piel del diablo y su gorro y zapatos apestaban a rebaño. Sin embargo de todo esto, sabía que era un buen mozo, y estaba seguro de que Nanía le idolatraba.

Y Nanía seguía sin venir. Millares de malos pensamientos empezaron a agitar al muchacho, que se hacían más dolorosos a medida que la sombra de la pértiga se iba alargando sobre la hierba del montículo. Con los ojos entornados, más triste que de costumbre, miraba fijamente al extremo de la carretera, pero ningún ser viviente atravesaba la inmensidad de los campos circundantes.

En aquella calurosa siesta primaveral, los bosques de alcornoques, tranquilos y callados, llenos de madroños y zarzas, reflejaban en sus hojas frescas y brillantes el claro y anacarado cielo, y se extendían hasta perderse de vista, desvaneciéndose en el horizonte.

Desde el montículo, Jorge veía la casita, de cuya chimenea salía una columna de humo diáfano, pero no distinguía la cabaña de su redil, situada dentro del bosque.

La blanca carretera, cubierta de polvo, corría por la llanura y serpenteaba entre los bosques como el cauce de un torrente secado por el sol; a ambos lados crecía la hierba fresca y alta. Una corona de montañas azules cerraba el horizonte.

Y Nanía no llegaba, Nanía no se dejaba ver.

Los ojos de Jorge, poco antes inusitadamente animados al pensar en el beso que, quizás, ó no, daría a su novia, iban anublándose siempre más; y casi los velaban las lágrimas.

¡Oh! ¡San Jorge bendito! ¡Algo malo habrá sucedido! Tal vez Nanía está enferma, tal vez el tío Gabino ha olido algo y no la deja ir a la fuente. ¿Quién sabe?; tal vez la había pegado... tal vez...

Jorge se disponía a dejar su puesto de espera, marchando con cualquier pretexto a la caseta, como hacía a menudo, cuando oyó el galope de dos caballos y vió pasar, entre una nube de polvo, dos arrogantes jinetas, que, como es natural, no se dignaron mirarle. Por lo demás, tampoco él se fijó mucho en ellos; bajó del montículo y emprendió la marcha.

Pero a medio camino se paró, conmovido a la vista de la esbelta ánfora llena de arabescos que tanto conocía. Pero no era Nanía quien la llevaba, no era Nanía quien avanzaba por la triste blancura de la carretera, con el pañuelo amarillo, que parecía de fuego a la luz del sol, caído sobre la espalda. Era su hermana Rosa.

—¿Por qué vienes tú hoy a llevar agua?, le gritó casi enfadado.

En vez de contestarle, Rosa, que desde que le había visto estaba haciendo muecas, empezó a gritarle:

«Lagarto, lagarto,
tu madre te busca,
tu padre se muere;
lagarto, márchate.»

Pero él no se enfadó, no le convenía; antes al contrario, se acercó a la pequeña y repitió menos duramente su pregunta. Entonces Rosa, temiendo la pegase, le dijo sonriendo:

—Porque Nanía está trabajando.
—¿Qué está haciendo?
—Está limpiando la casa porque van a venir el contratista y el ingeniero. ¿No les has visto pasar?

—¡Ah, sí! ¿Aquellos dos señores que han pasado hace un rato? ¿Vienen con frecuencia?
—A veces sí y a veces no. Vienen cuando les da la gana. ¿Y a ti qué te importa?

Y siguió su camino. Pero Jorge creyó conveniente acompañarla a la fuente para saber noticias de aquellos dos señores, que empezaban a darle celos y molestias, toda vez que por culpa de ellos no había podido ver a Nanía. Al pasar por detrás del montículo suspiró; después dijo con gran amabilidad a Rosa, mientras señalaba las ovejas que seesteaban:

—¿Quieres un corderito? ¿Un corderito blanco como los dientes de un perro?

Rosa creyó que se burlaba, y para vengarse repitió la *ballarina* (cuarteta) del lagarto; pero Jorge le ayudó a llenar el ánfora, más grande que ella, a ponérsela sobre la cabeza, y volvió a repetirle tan formalmente la promesa de regalarle un corderito, que consiguió algunos detalles más acerca de aquellos señores.

El contratista era nuorense; el ingeniero, aquel de la barba rubia, era del continente; pero Rosa le conocía hacía mucho, muchísimo tiempo. Cada vez que iba a la caseta daba mucho dinero a Nanía; ésta regalaba un poco al padre, y el resto lo escondía dentro de un saquito debajo de los colchones. Y a ella, a Rosa, nunca le daba nada; por esto no podía ver al ingeniero.

—¿Cómo se llama?, preguntó Jorge poniendo mala cara.
—El Sr. Guillermo...
—¿Se quedan a dormir?
—Sí.

De repente Jorge plantó a la chiquilla y se marchó cejijunto. —*Lagarto*, gritóle Rosa, acuérdate del corderito.

Él no contestó, y de pronto desapareció dentro del bosque. Unos celos terribles empezaron a atormentarle. Regresó alrededor; pero sentíase tan contrariado, tan de mal humor, que se peleó con el otro pastor, el tío Concafrisca, y por poco no se pegan. Después empezó a recorrer el bosque, arrastrando su tristeza por entre los olorosos matorrales, vagando durante aquella rosada puesta de sol, sin poder hacer nada en todo el resto del día.

Al anochecer se acercó a la caseta, pero no tuvo el valor de entrar. Durante horas y horas dió vueltas por las cercanías, como alma en pena, y sólo al llegar la noche se atrevió a acercarse del todo.

Aun cuando de la chimenea salía una débil columna de humo perdiéndose en la límpida serenidad del claro cielo, un gran silencio reinaba en la caseta. La puerta y las ventanas estaban cerradas; sólo una ventana de la planta baja veíase iluminada, proyectando un cuadro de luz amarillenta sobre la carretera.



Á ORILLAS DEL RÍO, cuadro de José M. Marqués



FIESTA MAYOR EN UN PUEBLO DE CATALUÑA, acuarela de Arcadio Mas y Fondevila

LA PESCA DE ESPONJAS. POR M. DMORBEN GRIFFITH Y EL DR. SAWYER

Para la mayoría de las personas, la esponja no es más que un artículo indispensable de tocador; pero, para los hombres de ciencia, tales como Haeckel,

certeza, es la siguiente: que son unos animales de organismo relativamente muy ínfimo, cuya clasificación en el reino animal debe ser más arriba de los protozoos y próxima a los celenturos.

Han alcanzado las esponjas

factorio hasta ahora, pues es muy difícil conseguir que se adhieran a los puntos de sustentación. Una cuestión tan sencilla é importante como es la de saber el tiempo que necesita una esponja para desarrollarse hasta adquirir el tamaño necesario para que pueda ser enviada al mercado, está todavía por resolver. Es lo más verosímil que sean los que hoy se ocupan en este comercio, y á él dedican su tiempo y capitales,

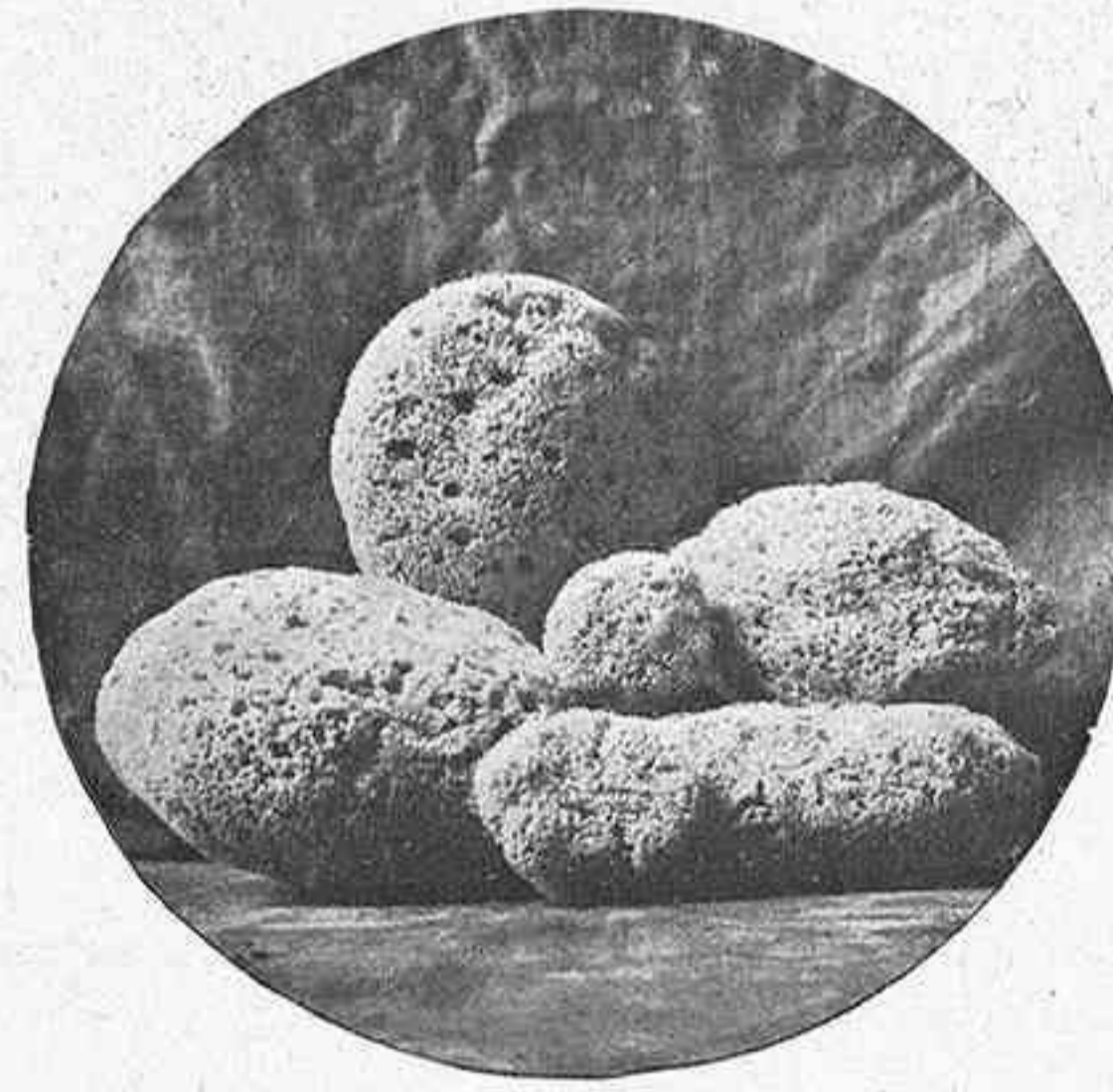
los que sepan de esponjas más que los naturalistas; pues bien, aquéllos no abrigan temor alguno de que disminuya su producción, y por lo común se encogen de hombros cuando se les habla de que el arte debe venir en auxilio de la Naturaleza.

Cuando se saca del fondo del mar la esponja viva en nada se parece á la que diariamente usamos, porque entonces está envuelta en una película ó membrana, en la que, probablemente á voluntad del animal, aparecen y desaparecen unos poros ó aberturas. Esas cavidades están llenas de un lí-

quido pegajoso, glutinoso, de un color gris pardusco y de la consistencia de la melaza, al que llaman los pescadores leche de esponjas, pero cuyo nombre cien-



Desembarcadero de una pesquería de esponjas en las costas de la Florida



Esponjas llamadas de panal de miel

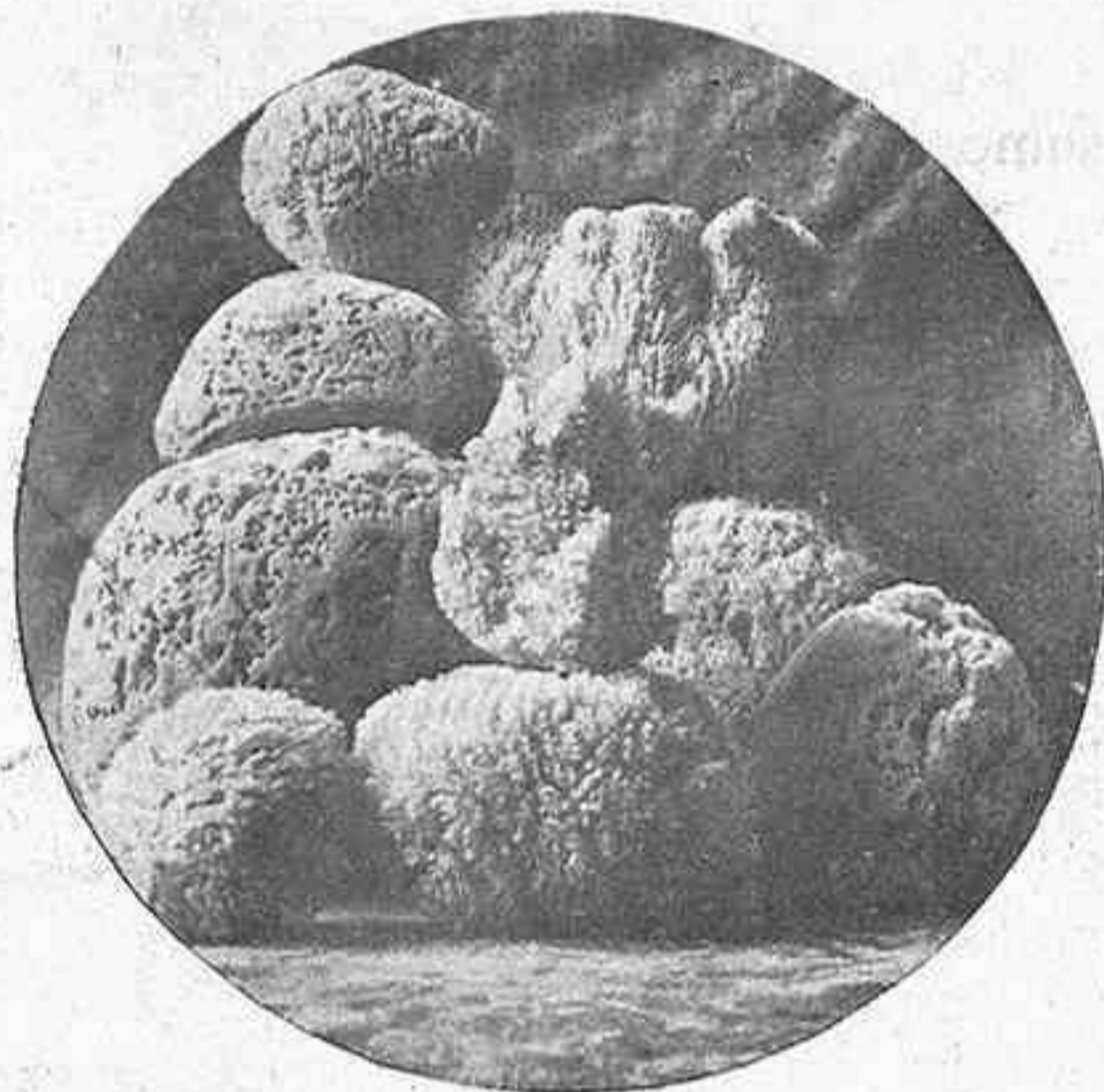
Maas, Delarge, Leuckart, Sollas y Butschli, su clasificación en el reino animal ha sido, durante mucho tiempo, motivo de empeñadas discusiones.

Antiguamente, con dificultad se encontraría en la Historia natural un problema más oscuro y embrollado que el del desarrollo de las esponjas; pero las investigaciones de la ciencia han ordenado el caos y han hecho posible trazar un plan común de evolución de los varios tipos de organización de este singular animal. La teoría que supone en las esponjas un sistema nervioso, que, en un tiempo, tuvo muchos partidarios, fundados en los pretendidos descubrimientos de Stewart y de Von Leudenfeld, ha caído en descrédito; pero generalmente hoy se admite que poseen órganos gástricos, y, con pocas excepciones, un esqueleto completo, calcáreo, córneo ó silíceo, perforado por pequeños canales.

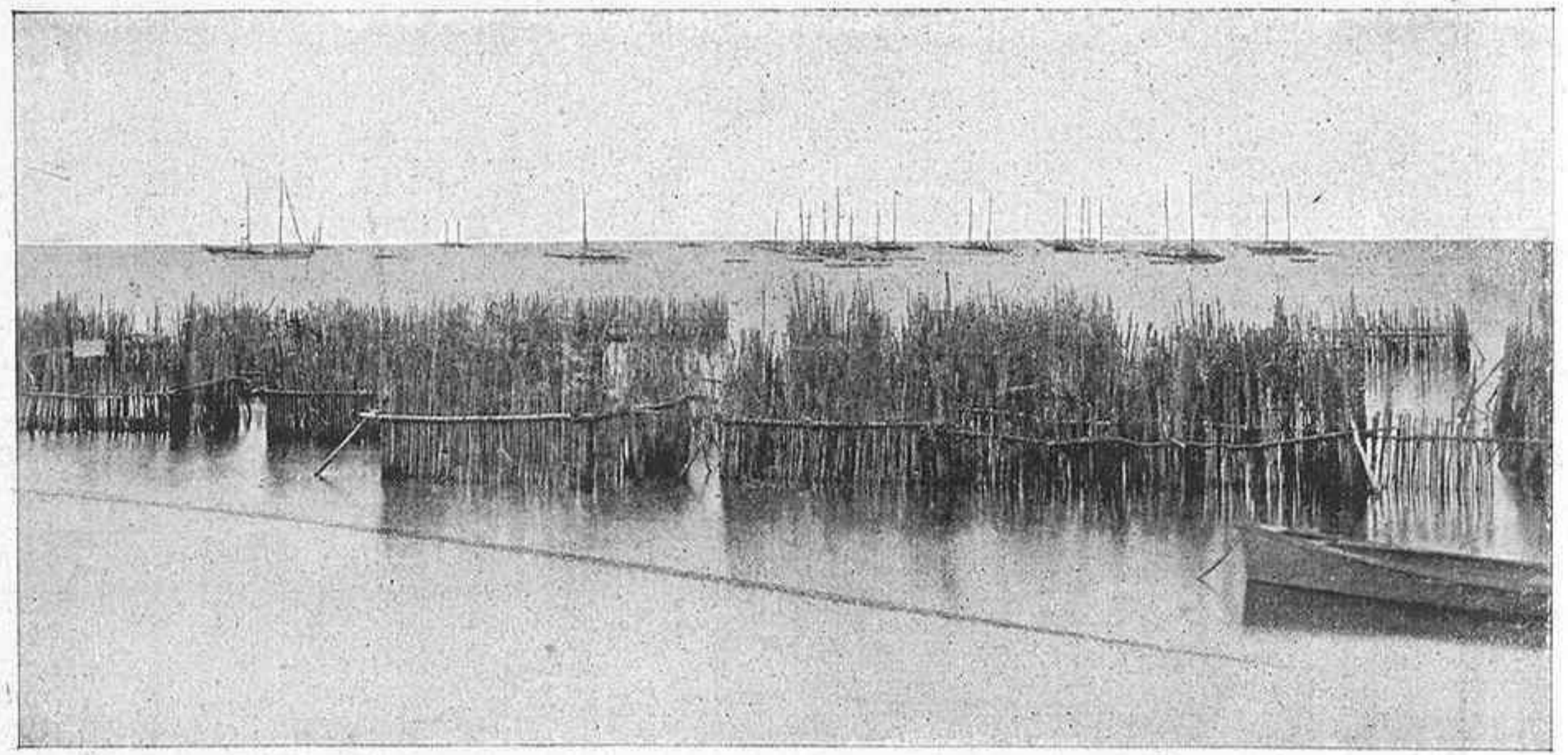
Recientes descubrimientos en la embriología de las esponjas, han arrojado mucha luz sobre el problema del lugar que deben ocupar en la escala animal. Mr. Minchin, profesor de Zoología y Anatomía comparada del colegio de la Universidad de Londres, dice: que, aun cuando no puede afirmarse que esté enteramente demostrada y probada, con exclusión de todas las demás, alguna de las teorías que se sustentan respecto al puesto que en realidad ocupan en la Naturaleza, por lo menos puede circunscribirse la controversia, eliminando aquella que hasta ahora ha obtenido mayor crédito entre los zoólogos, á saber: la sostenida por Luckart y Haeckel, según la cual las esponjas, desde el punto de vista filogénico, deben incluirse entre los celenturos. La clasificación que más probabilidades tiene de

tanto valor en el mundo comercial y tan grande sería el daño que causaría á una industria muy importante cualquier disminución en su producción, que los hombres de ciencia se han

ocupado seriamente en la conveniencia de que se prohibiese su pesca durante la época de la reproducción, como sucede con otras pesquerías, porque consideran contrario á los intereses de la de las esponjas el que las cojan antes del desove. Sustentan teorías



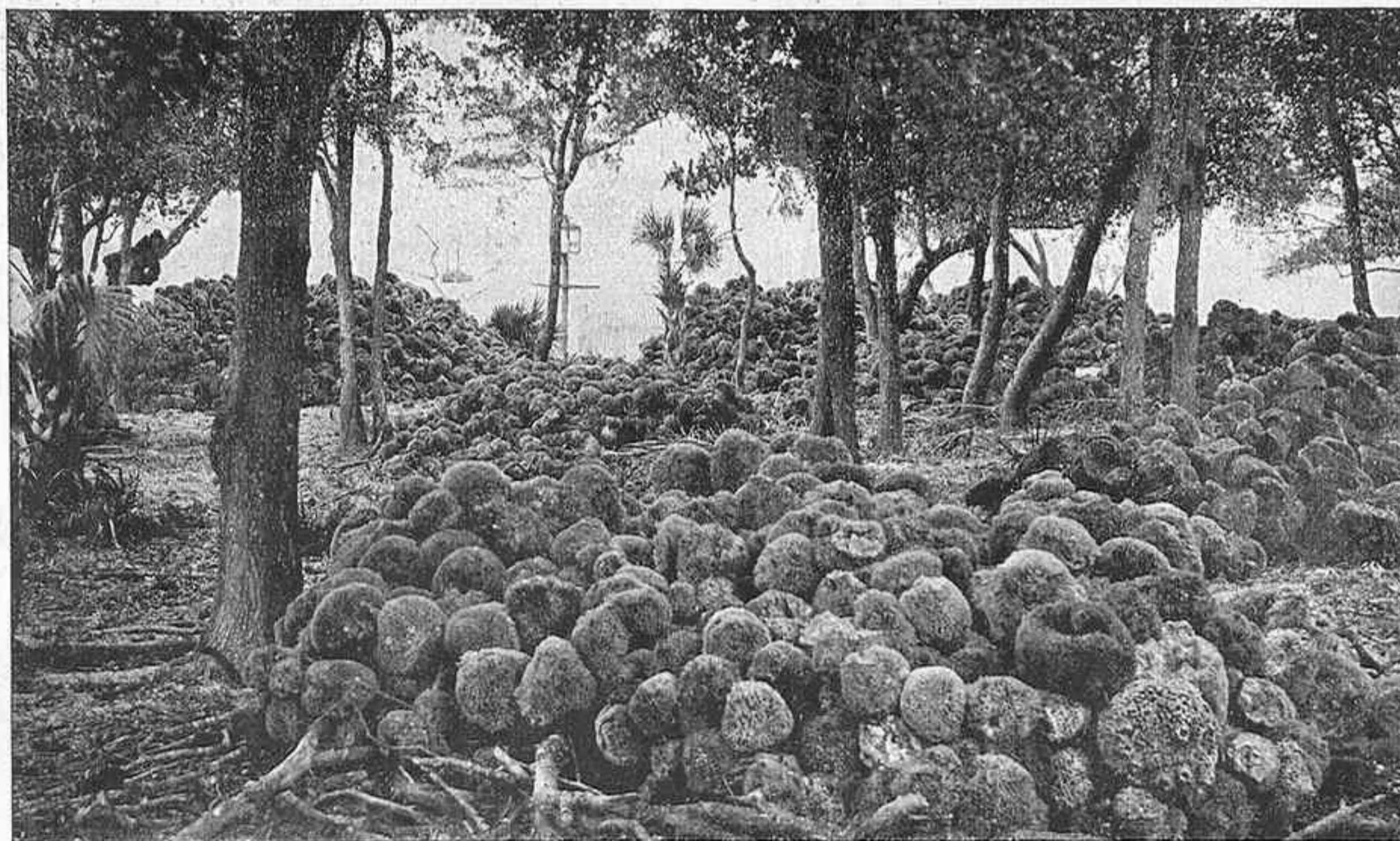
Esponjas llamadas de hierba y amarilla



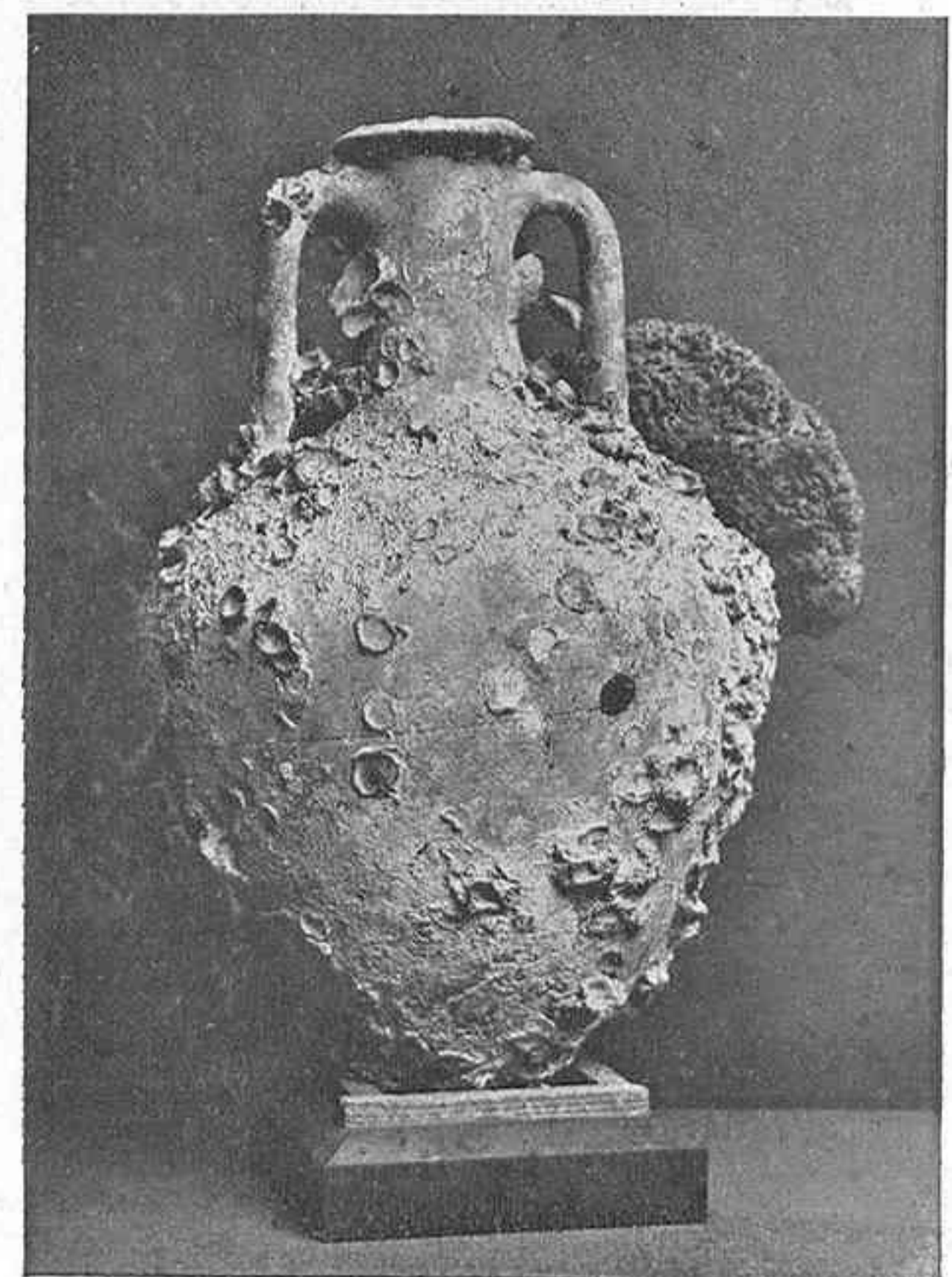
Un *crawl*, lugar destinado por los pescadores para que la acción del mar limpie en parte las esponjas

ocupado seriamente en la conveniencia de que se prohibiese su pesca durante la época de la reproducción, como sucede con otras pesquerías, porque consideran contrario á los intereses de la de las esponjas el que las cojan antes del desove. Sustentan teorías

tífico es sarcodes, que es, en realidad, la única parte viviente del animal; cuando se le expele, queda el es-



Esponjas amontonadas en un desembarcadero de la Florida



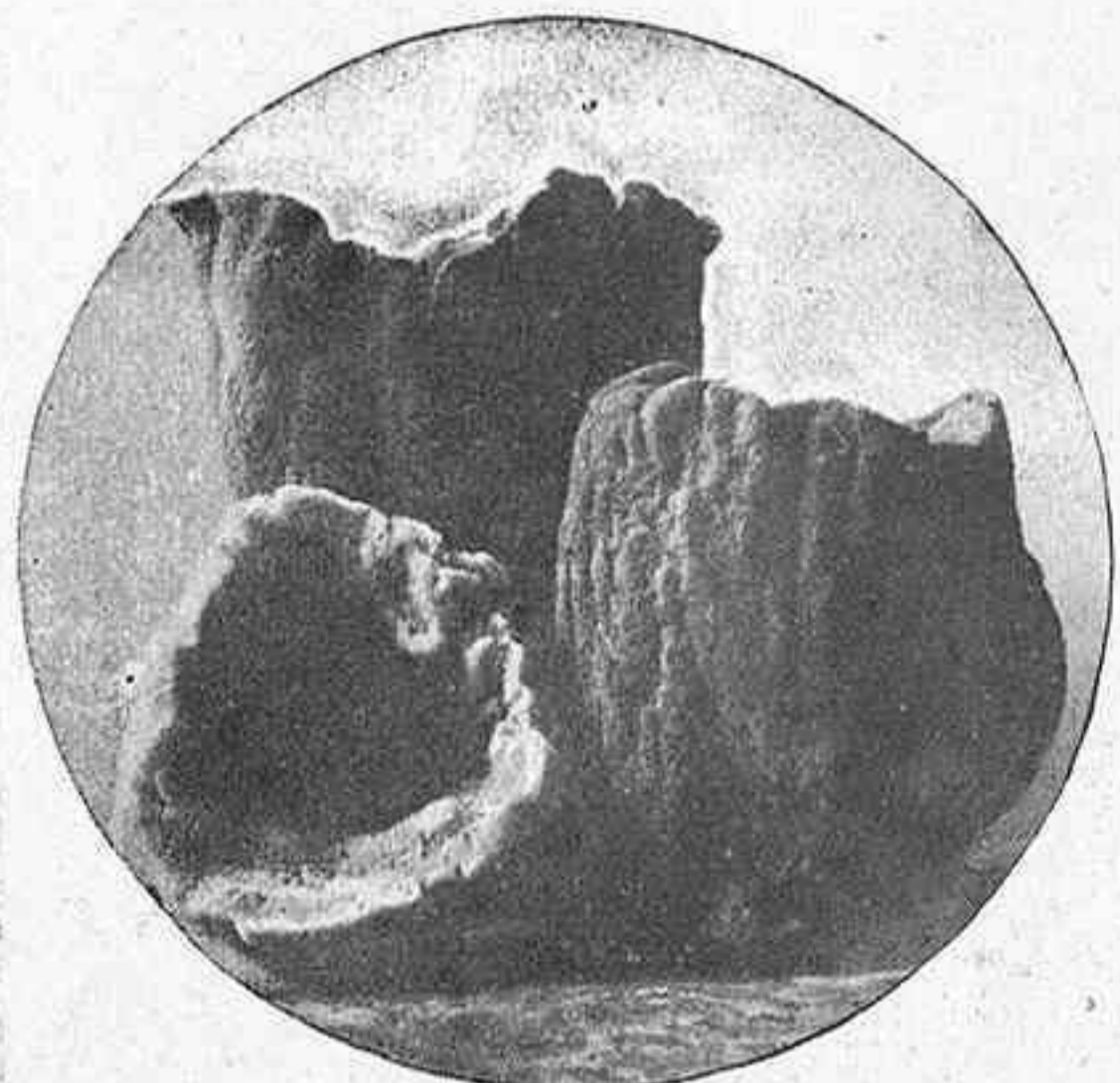
Jarrón antiguo (unos 200 años antes de Jesucristo) que se sacó del mar y que tenía adherida una esponja

los zoólogos, á saber: la sostenida por Luckart y Haeckel, según la cual las esponjas, desde el punto de vista filogénico, deben incluirse entre los celenturos. La clasificación que más probabilidades tiene de

impracticables al proponer que los óvulos se cultiven en acuarios y que se ensaye la reproducción por medio de vástagos; ya se han hecho experimentos de este último sistema, que no han dado resultado satis-

queleto flexible é inorgánico que nos es tan conocido. Egina es hoy el centro de la industria esponjera. Sigue en importancia Hidra, en el archipiélago grie-

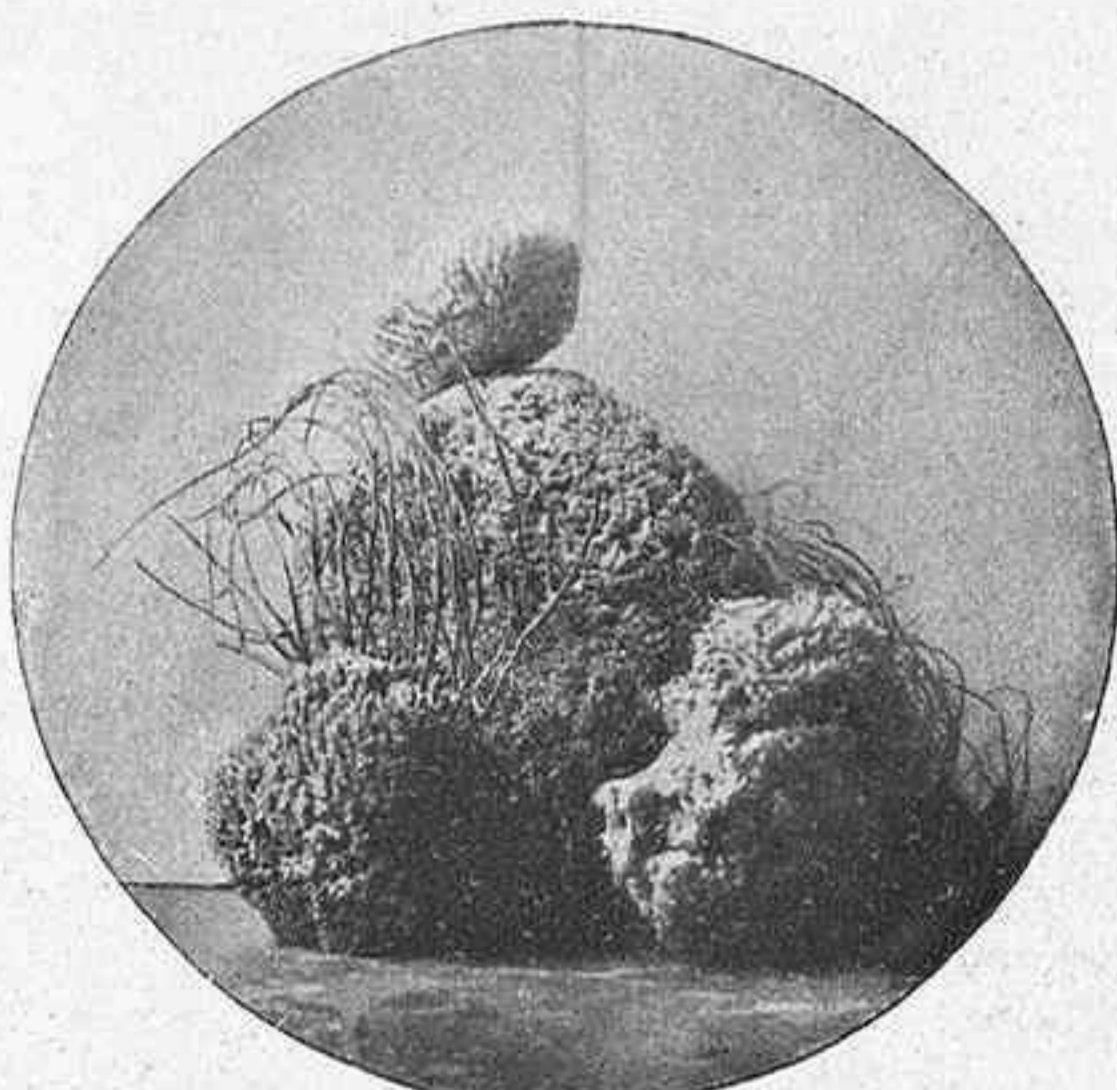
go; luego Symploche y Calymnos, en el turco. Además existen grandes pesquerías de esponjas en las islas Bahamas, en Cuba y en la Florida; también las hay en el Pacífico del Norte, en el Atlántico del Sur, en el Océano Indico, en las costas de Australia y en torno á las Carolinas del Sur. Puede, pues, decirse que están diseminadas por todos los mares. Pero las aguas sin mareas del Mediterráneo son las que mejor se prestan al cultivo y producción de ese valioso organismo.



Esponja llamada copa de hierba, de la Florida

porque allí los arrecifes de coral tienen una profundidad que difícilmente puede medirse y por lo tanto el empleo de aquél sería sumamente peligroso.

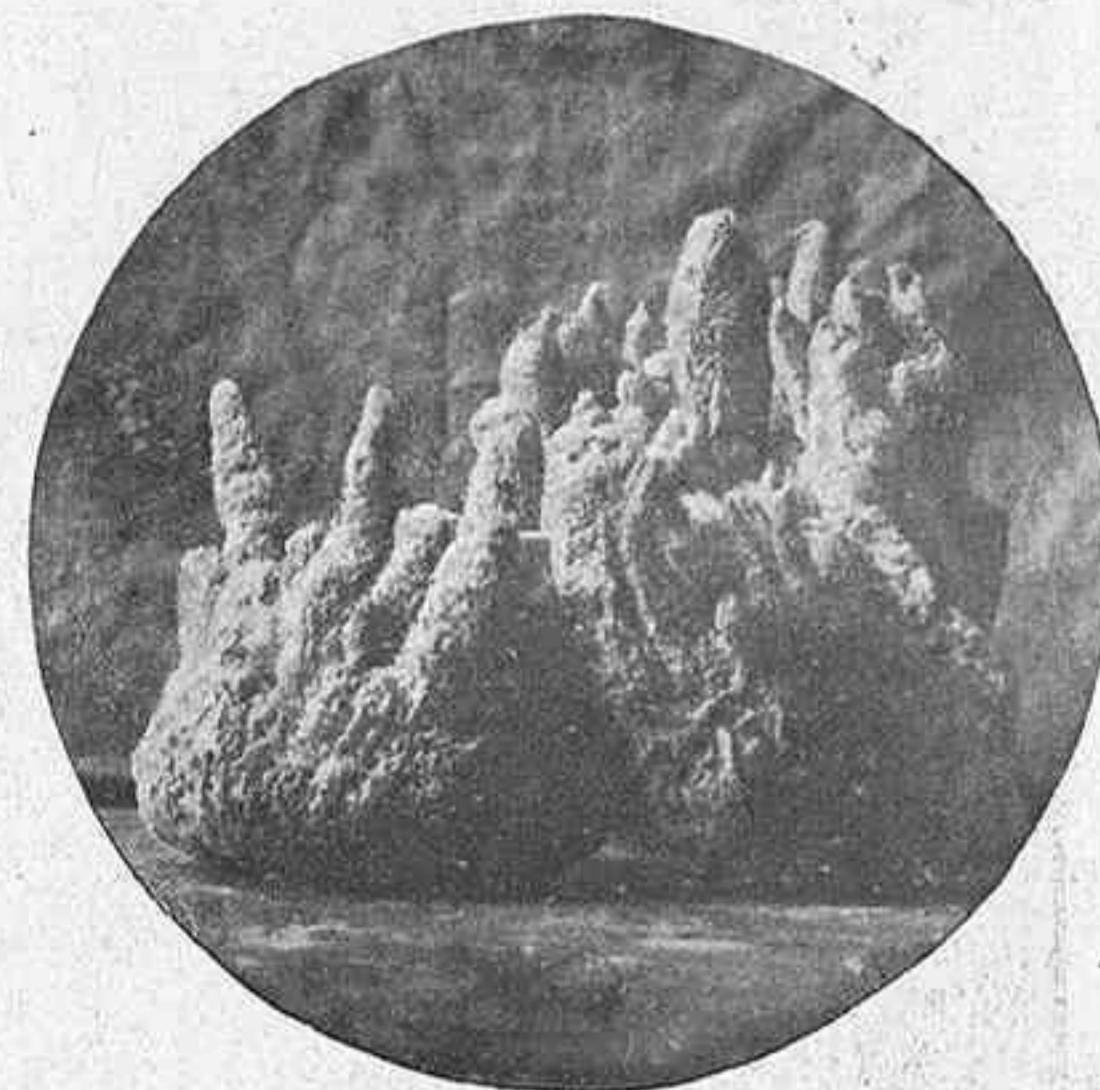
El sistema de arrancar con garfios las esponjas está más en boga que en el Mediterráneo en las otras pesquerías. Donde tal vez se practica en mayor escala es en las Bahamas. Difícil es, en verdad, imaginar un espectáculo tan bello como el que presenta la bahía de Nassau, en una mañana clara y luminosa al partir para la pesca la escuadrilla de barcos pescador-



Esponja lanosa

despiden, en cuanto comienza la descomposición, un hedor insoportable.

El día siguiente y los demás se parecen al primero; la cubierta de la goleta desaparece bajo los montones de esponjas, que parecen sangre coagulada, y el mal olor va siendo cada día más intenso. Al terminar la semana, la goleta se dirige á un *crawl* para desembarcar la pestilente carga. Un *crawl* es una extensión de mar, en la que el agua tiene escasa profundidad, cercada por pilotes de madera donde se



Esponja llamada de dedos de lana

Hay tres maneras de recoger las esponjas: por medio de buzos, como se practica en el Mediterráneo; por medio de dragas, como se hace en la costa occidental del Asia Menor, ó con garfios y ganchos.

La recogida de esponjas está permitida á todo el mundo, no se necesita para ello licencia; así es que cualquiera que tenga suficiente capital para comprar los botes y aparejos necesarios, puede dedicarse á esa industria.

Los buzos, que conocen perfectamente lo peligroso de su oficio, se entregan á él por su propia voluntad, en espera del lucro y confiando en la Providencia, á quien ofrecen testimonios materiales de su agradecimiento. Es costumbre, al comenzar la época de la pesca, que los primeros frutos del mar, las primeras esponjas que se saquen, se entreguen á la iglesia como una ofrenda.

El aspecto que presenta un buzo, después de haber terminado la temporada de pesca, es muy notable; la piel de la cara y de los hombros comúnmente ha desaparecido por la acción combinada del sol y del agua salada y el cabello ha tomado un tinte verdoso. Estos hombres se lanzan al mar ó con el traje de buzos ó desnudos. En este último caso, lleva cada uno en la mano, extendido el brazo en toda su longitud, un pedazo de mármol, ancho y plano, que

res, compuesta de más de 500 goletas, 2.800 botes y más de 5.000 tripulantes.

Al salir del puerto, las goletas se dispersan, cada una elige un fondeadero y comienzan los cocineros á preparar el rancho de las respectivas tripulaciones.

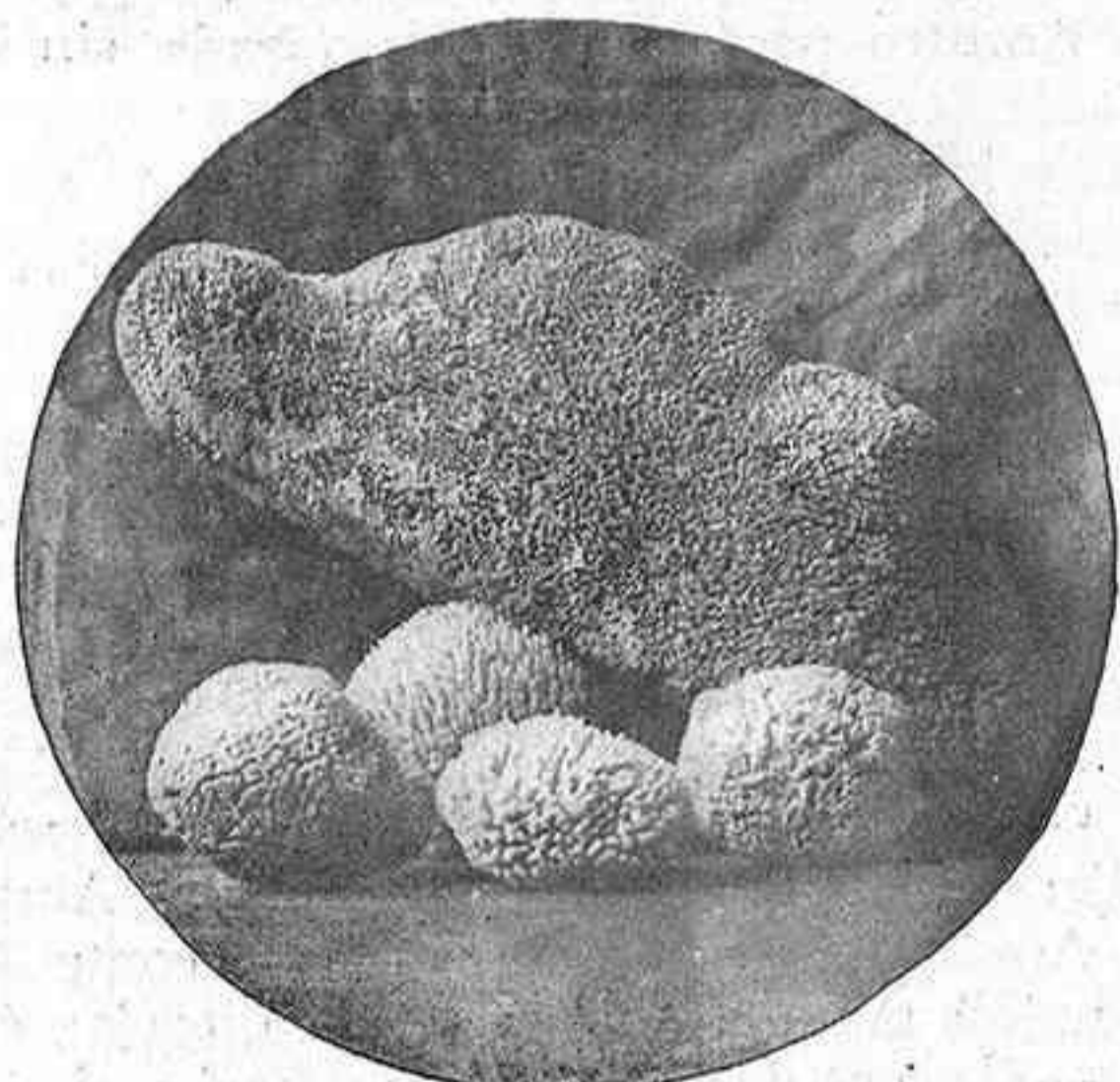
Las goletas, finas embarcaciones, construídas como yates de madera, forradas y chapeadas de cobre, llevan cada una tras sí un séquito de cinco á veinticinco lanchas de remos. El número de éstas varía en proporción á la capacidad de su capitana, que suele ser de 6 á 50 toneladas.

Para el que no la conozca, la vida del pescador de esponjas ha de parecer saludable en sumo grado, casi idílica, pero en realidad tiene poco de envidiable. El trabajo es duro, la alimentación grosera. Arroz, un poco de puero salado, ó tasajo y harina son las provisiones con que cuenta; esta última es la más importante y de absoluta necesidad cuando el trabajo arrecia. Los pescadores de esponjas toman un ligero desayuno, antes de entregarse á sus faenas, y una comida por la noche, al regresar de ellas; entre esas horas sólo se alimentan de pan y agua.

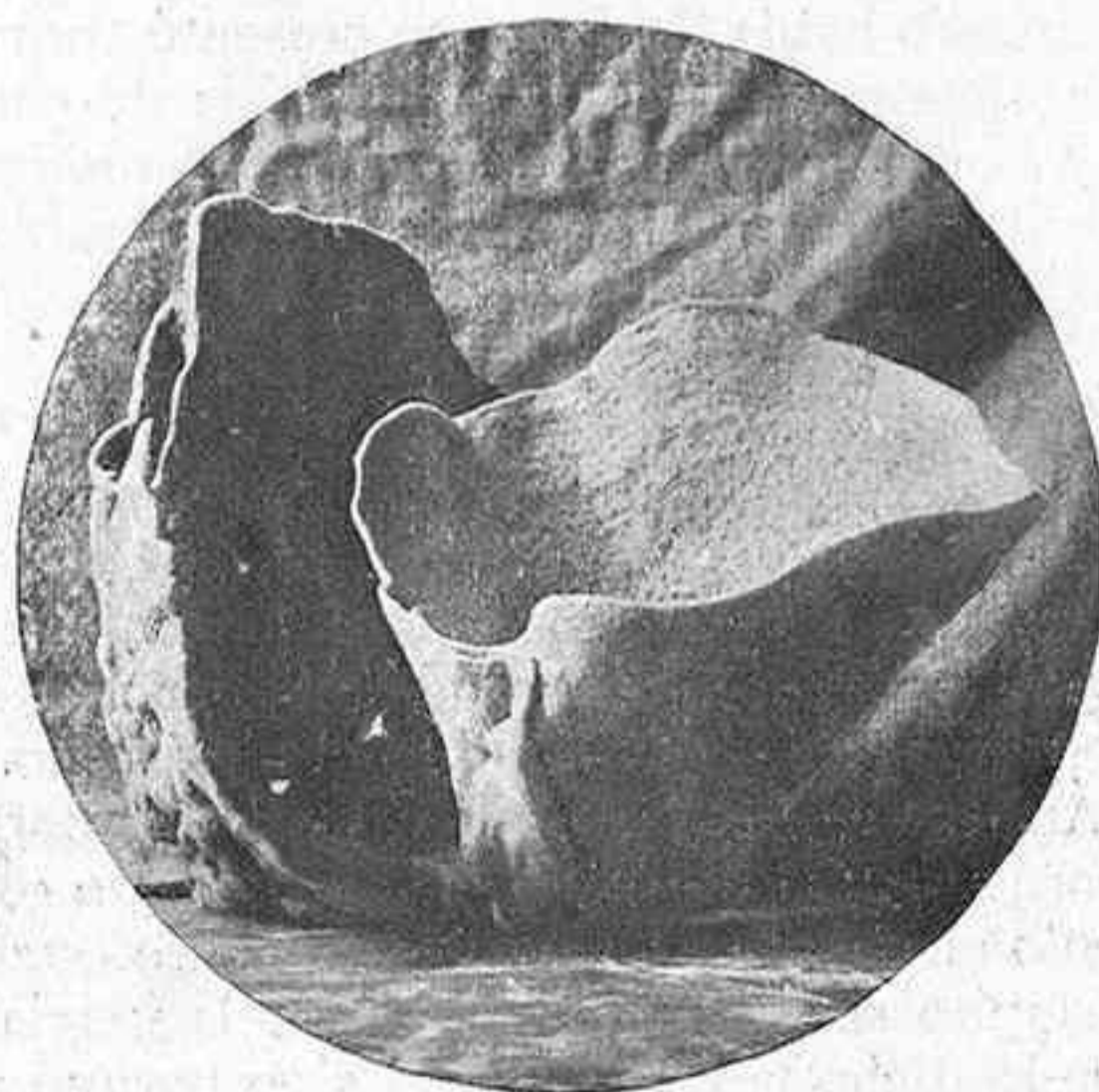
Cada bote lleva dos hombres, ó hablando con más propiedad, un hombre y un muchacho; este último va á popa para gobernarlo. El hombre se co-

depositan las esponjas. Cada vez que la goleta hace al *crawl* una visita, la tripulación, durante algunas horas, se ocupa en apalear las esponjas hasta que no quedan rastros de sus antiguos habitantes y desaparecen la piel y los demás tejidos blandos, quedando de ese modo el esqueleto limpio de toda impureza y ya casi en condiciones de ser transportado al mercado.

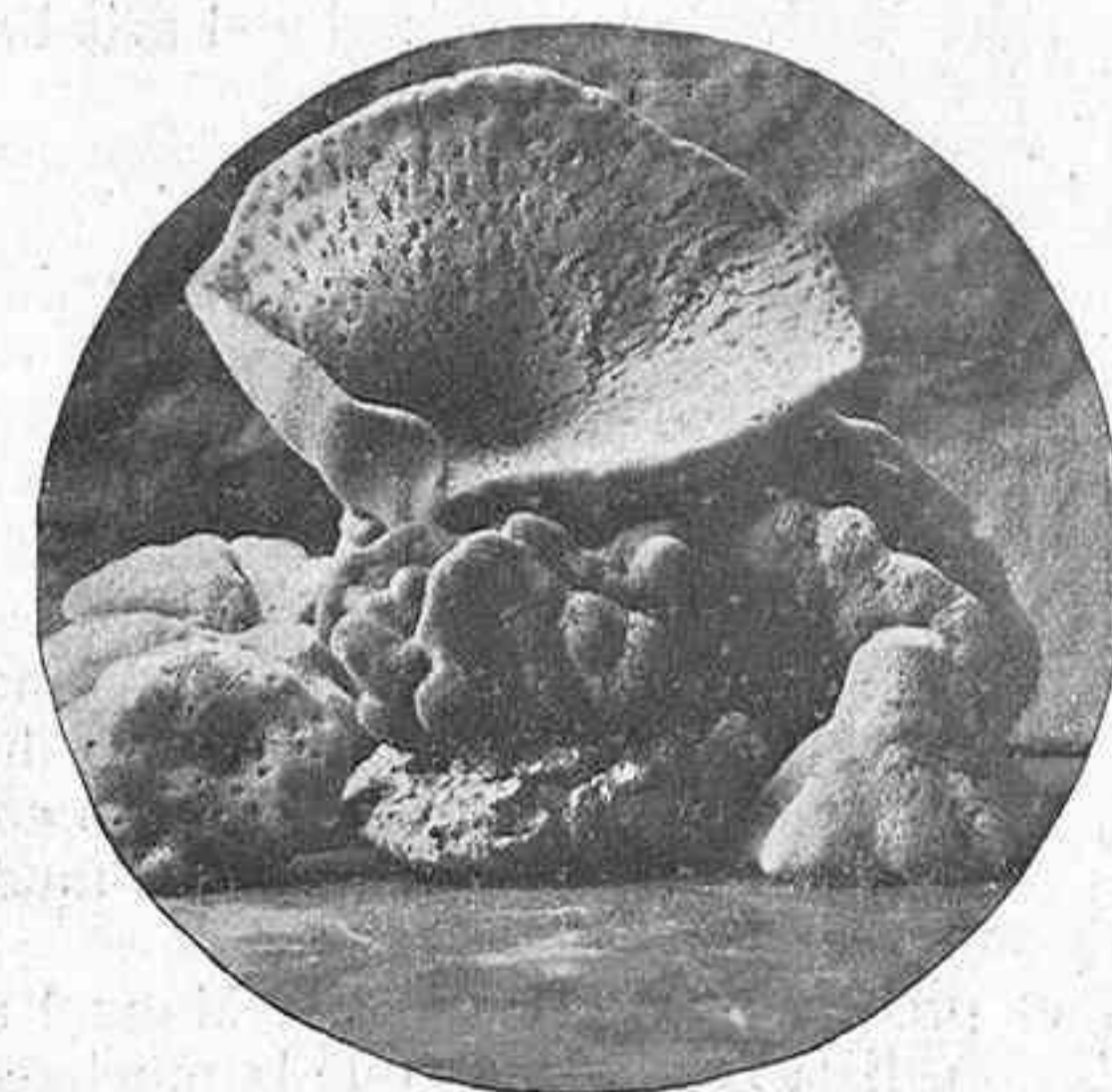
Los procedimientos empleados en el Mediterráneo son más eficaces para curar las esponjas que el que acabamos de describir; pues inmediatamente después de cogidas, se las quita la membrana exterior; cuando así no se hace, á la fermentación sigue rápidamente la putrefacción; la esponja, de resistente y elástica, se torna blanda y lacia, y á la menor presión sale el líquido fermentado, despidiendo un olor muy repugnante. Esto prueba que la parte orgánica de la esponja se separa con más facilidad haciendo la operación en cuanto se la arranca de su yacimiento: así se practica en el mismo lugar de la pesca y algunas veces mucho antes de que las embarcaciones vuelvan al puerto. Como ese procedimiento forzosamente ha de ser grosero é incompleto, hay que someter las esponjas, cuando las reciben los negociantes, á otro más esmerado para blanquearlas; se las limpia, seca y ensarta en cuerdas, con arreglo á su clase, antes de embalarlas para la exportación.



Esponja aterciopelada



Esponja llamada oreja de elefante



Esponja zimocca ó turca parda

pesa unas 25 libras. Esa piedra tiene tres objetos: dirigir la caída á través del agua, proteger la cabeza cuando topa con su superficie y ayudar á andar por el fondo del mar. Primeramente el buzo se pone en pie en la lancha, infla el pecho cuanto puede, durante unos minutos, y cuando tiene ya los pulmones oxigenados, coge el mármol y se arroja de cabeza al mar. Ordinariamente permanece bajo el agua dos minutos; tres y medio es el límite superior, porque la enorme presión del agua, á una profundidad hasta de 15 brazas es tanta, que hace salir la sangre por la boca y nariz; únicamente los buzos muy acostumbrados y vigorosos pueden resistir ese tiempo. Su equipo consiste además en una cuerda que se comunica con la lancha, y en un saco de malla, que lleva pendiente, del cuello; cuando ya lo ha llenado con las esponjas que recoge del fondo del mar, tira de la cuerda, dando la señal para que lo suban.

En el Mediterráneo con frecuencia se usa un aparato para bucear que no se permite en las Antillas,

loca á proa, provisto de un anteojito de mar y un garabato de dos ó tres garfios, sujeto al extremo de un palo largo. Coloca sobre la superficie del mar el anteojito antes dicho, que consiste en un cubo cuyo fondo es de cristal y, á través de él, puede ver bajo el agua hasta una profundidad de 10 metros; tan pronto como columbra su presa, la arranca con los garfios y la sube al bote, continuando así todo el día, en una posición sumamente molesta; además, el uso constante del anteojito de mar es causa de que sea muy común la ceguera entre los que se dedican á este oficio.

Cuando ya los botes están cargados de esponjas, se acerca la noche y regresan uno á uno á la goleta, y los pescadores arrojan de cualquier modo sobre cubierta las esponjas, para dejar que mueran los organismos vivientes, lo que, por lo general, sucede, habiendo sol, á las 24 ó 30 horas. Las esponjas entonces son negras y están cubiertas de un limo blanco pardusco, y como fácilmente se comprende,

El clasificarlas es operación detenida, porque del Mediterráneo se sacan las siguientes especies: mandrucha, bengazi, guega, pantellaria, trípoli y hierba, las que á su vez se subdividen en turcas finas, turcas blancas planas, turcas pardas, zimoccas, orejas de elefante, copas, sólidas y planas, algunas de las cuales están incluídas entre las mejores conocidas en el grupo de las *mollisimas*.

La Florida produce las llamadas hierba, amarilla, lanosa y la aterciopelada; hierba es rival de la turca fina y, por lo común, tiene forma de copa.

Las Bahamas nos dan la de arrecife, la de guante, dos variedades de la zimocca, la de cabeza dura, la corlosia, amarilla, de hierba, lanosa y dos clases de la aterciopelada: la cay y la abaco.

Las costas de Cuba y de las otras islas que las producen, ofrecen gran abundancia de esponjas, pero sus variedades no son tantas como las ya indicadas.



CELOS

—Pero ¿no te da vergüenza de yorá?

—Es que lo que á mí me pasa, no le pasa á naide, señó Manué, á naide der mundo.

—Y que lo digas; ni á un chiquillo tonto le pasa...

Y el Sr. Manuel llenó con mano firme los *chatos* de un solera centelleante y perfumado que hacía entornar placentemente los ojos. A duras penas, pudo Frasquito tragar una buchada. Después, nervioso y afligido, mordió el pañuelo que llevaba en la mano y logró ahogar los sollozos, aunque sin conseguir cortar el torrente de sus lágrimas.

Sentía el viejo conmiseración infinita de verle así; le causaba efecto deplorable aquel muchachote, el mejor mozo del barrio de la Trinidad y el más honrado de Málaga, llorando por una mujer.

—Vamo, shombre, vamo; enjúgate eso sojos, escúchame y sé razonable.

—Es que osté no sabe, señó Manué, hasta ónde quiero yo á Amparo.

—La quedrás como yo quise á mi defunta, que esté en gloria, como toos lo shombres quieren á las mujeres; «con fatiguillas de muerte» como dice el cantar. Sólo que tú eres tonto de puro güeno, cosa que ella se sabe de carretilla, y como le has demostrado que pa ti no hay más mujer en er mundo, hoy te quiero y mañana no te quiero, está jugando contigo. A las mujeres hay que tratarlas de otro modo.

—Pero ¿cómo, padrino, cómo?

Ese era el problema á que ni el Sr. Manuel sabía dar solución. Estaba seguro de que la muchacha quería á Frasquito con todas las fuerzas de su alma, de que no hubiera podido vivir sin él, pero era voluntariosa y había que domarla.

Por eso Frasquito lloraba aquel día, por eso le ahogaba la congoja y creía sinceramente que el mundo se había acabado para él.

Cabizbajos y pensativos permanecían delante de los *chatos*, donde el oro líquido centelleaba: Frasquito aguardaba con ansiedad infinita una palabra de su padrino, un consejo que le librara de penas mostrándole la conducta que había de seguir; el Sr. Manuel esperando una inspiración del cielo, una idea luminosa.

Dentro, un grupo de jóvenes se divertía palmoreando al compás de la guitarra. Hasta ellos llegaron vibrantes y armoniosas las palabras de un cantar:

Si quieres que te idolatre
la niña de tus anhelos,
dale un poco de cariño
y otro poquito de celos.

Sonrió el Sr. Manuel; la copla que acababa de oír había sido como revelación divina que, sin duda, les sacaría de apuros.

—¿Has oído lo que ha cantao ese? ¡Si paece hecho de encargo!

Y habló animadamente, como inspirado de lo que convenía hacer. ¿No iba Amparo todos los días con una amiga á dejarse ver por el puesto de la madre de Frasquito? ¿No le había hecho allí, días pasados, un nuevo desaire? Pues lo mejor era que no le encontrara triste, sino hablando y bromeando con una muchacha, riendo y con cara de hombre feliz.

—Pero ¿con quién he de hablar?

—Eso es cuenta mía. Ya te mandaré yo una güena, pero güena... ¡Ya sufrirá la niña si te quiere!.. Y si no, fuera penas y tal día hizo un año.

A la mañana siguiente, cuando Frasquito, saboreando las hieles del desamor, esperaba la hora en que Amparo había de pasar, se presentó ante el puesto una morena garbosa y gentil, capaz de causar envidia á la más guapa. Resueltamente, mostrando sus dienteitos blancos en una sonrisa adorable, llegó hasta donde se encontraba el mozo.

—¿Es osté Frasquito?

—Pa servirle.

—Güeno, pues aquí estoy yo, que vengo de parte del señó Manué, pa que se harte osté de decirme hermosa y de echarme toos los chicoleos que quiera.

—¿Pos sabe osté que no podía haber mandao mejor consuelo pa un afligío?, dijo el muchacho.

—Ándese con cuidao, no vaya á enamorarse de mí, porque tengo un novio más guapo que osté y no he venío al mundo pa consolar niños yorones.

Frasquito se echó á reír, no por la gracia que le hiciese lo dicho por la morena, sino porque vió que Amparo pasaba en aquel momento y quería sostenerse firme en su papel.

Al verle ésta se detuvo con su compañera, el corazón le dió un vuelco, creyó que la engañaban los ojos, y miró haciendo servir al abanico de pantalla.

—Pero ¿no ves, mujer? ¿No ves?, preguntó á su amiga con voz ahogada.

—Sí que lo veo.

—¿Y qué te paece?

—Me paece que como Frasquito es un buen mozo, y tiene su *porqué*, no han de faltarle niñas que le quieran.

Amparo no se resignaba con perderle, no podía resignarse; en aquel momento acababa de comprender que Frasquito era la mitad de su alma, su vida entera. Intenciones tuvo de abofetear á la que se lo entretenía, y se acercó al puesto pálida y nerviosa, sin poderse contener; y tratando de disimular su zozobra, temblándole los labios emblanquecidos por el coraje, sintiendo que los celos rugían en su corazón, destrozándose, dijo:

—Frasquito: me ha dicho mi tía que vayas esta

noche á la hora de siempre, que tié que hablarte.

El mozo, haciendo un soberano esfuerzo para no venderse, pero sintiendo deseos de arrodillarse delante de Amparo, para pedirle perdón, repuso:

—Dígale á su tía que no sé si podré, porque cabalmente tengo que dir á esa hora á decirle á ésta una palabrita por la ventana.

A pesar de su travesura congénita, no era Amparo mujer de armas tomar, y apoyándose en el brazo de su compañera, echó á andar calle arriba, llorando silenciosamente su desventura.

—Pero ¿has visto, mujer?, ¿has visto?, preguntó entre sollozos, cuando se encontraron lejos.

—Güeno, mujer, no yores. Si toos los hombres son lo mesmo. ¡Así los ahorcaran!

Amparo pasóse el día encerrada, sin hablar con nadie, lamentando sus desventuras y sintiendo en su corazón un infierno. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo que amaba á su novio ni de lo bueno que era. Y aunque en su desesperación le llamaba *charrán* y juraba escupirle á la cara la primera vez que le viera, cuando llegó el muchacho la encontró en la ventana esperándole.

—Güenas noches.

—¿Frasquito! ¿Eres tú?, preguntó ansiosamente casi saliéndose de la ventana.

Él, fingiendo indiferencia, repuso:

—Sí; he venío ahí cerca á traer un recaio, y me dije: voy á ver lo que quiere la tía de Amparo.

Arrebatadamente, sin poderse contener, encontrándole más hermoso que nunca, exclamó:

—Si nó es mi tía la que te nesecita, si soy yo.

—¿Tú?

—Sí, yo, ingrato. Me hace falta que me digas que me quieres á mí sola, que no olvidas tan pronto las muchas noches que hemos pasao, yo aquí y tú ahí, mirándonos como bobos, que me perdones.

Frasquito sonreía con toda la boca, sintiendo que en su pecho entraba la gracia divina, que sus venas abrasaban...

Y pasóse la noche entera, á pie firme, diciendo con toda el alma lo que Amparo tenía tantísimas ganas de oír.

Y ya de madrugada, caminando hacia el puerto, donde su madre debía esperarle llena de zozobra, acordándose del Sr. Manuel, á quien tenía ganas de abrazar, iba cantando suavemente, como si quisiera acariciar cada palabra de aquellas que le habían devuelto la felicidad:

Si quieres que te idolatre
la niña de tus anhelos,
dale un poco de cariño
y otro poquito de celos.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



... y luego de mirar repetidas veces el reloj...

EL MIEDO A LA VIDA

NOVELA POR ENRIQUE BORDEAUX, coronada por la Academia Francesa

ILUSTRACIONES DE CARLOS VÁZQUEZ

—Maestro, dije, ¿qué es lo que oigo?, ¿qué gente es esa que tan poseída parece de dolor? — De esa miserable manera, me respondió, se quejan las tristes almas de los que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio. Confundidos están con el ominoso escuadrón de los ángeles que no se rebelaron contra Dios ni le fueron fieles, sino que permanecieron indecisos. Arrojarlos del cielo para que no manchasen su esplendor, y no fueron admitidos en el profundo Infierno, porque no pudieron gloriarse los culpables de tener la misma pena que ellos.

—Maestro, repuse yo, ¿qué aflicción es la suya, que los obliga a lamentarse tanto? — Y él me contestó: Te lo diré brevemente. Estos no tienen ni aun la esperanza de morir: su oscura vida es tan abyecta, que cualquiera otra suerte miran con envidia. El mundo no quiere que se conserve memoria alguna de ellos. La Misericordia y la Justicia les dan al olvido. No hablemos más de esos cuitados. Miralos, y pasa adelante.

(Divina Comedia. — El Infierno. — Canto III, versos 32-51.)

PRIMERA PARTE

... está horrorosamente desolada toda la tierra de Judá; porque no hay nadie que reflexione en su corazón.

(Jeremías, cap. XII, v. 11.)

I

EL REGRESO DE MARCELO GUIBERT

Pronta á salir, llevando en una mano el paraguas á pesar del buen tiempo y de estar el barómetro alto, y manteniendo con la otra un poco separada de su cara el gran velo de crepón que caía de su capota, la señora Guibert esperaba en el salón del Maupas. Se

sentaba un momento procurando tener paciencia, y luego de mirar repetidas veces el reloj coronado por un amenazador Vercingetorix de bronce, se levantaba y paseaba de un extremo á otro de la habitación, arrastrando sus cansadas piernas; después, al recordar las locuras del viejo reloj, volvía á sentarse, pero no en uno de los diversos sillones, algo usados, que la brindaban con su comodidad, sino en una silla alta de junco que podía abandonar con más rapidez y menos fatiga.

La señora Guibert era vieja, pequeña y fuerte, y respiraba con lentitud. En su cara se reflejaba una mezcla de dulzura y firmeza. Sus ojos azules, llenos de ternura, y tan tristes que parecían velados por las lágrimas, revelaban una naturaleza tímida y cariñosa que el menor contacto con la vida exterior asustaba, y en cambio su barbilla cuadrada y su aspecto fuerte y vigoroso daban una impresión de energía y resistencia. Las mejillas se conservaban frescas á pesar de los años, indicando que corría por sus venas una sangre rica y que su organismo se mantenía robusto.

Después de intentarlo varias veces, se decidió á entreabrir una puerta y llamar.

—Paula, ¿aún no? Ya es hora de marchar.

Una voz fresca y pura contestó: —¡Mamá! ¡Si nos sobra tiempo!

—En el reloj de la sala son las siete, insistió, sin gran energía, la señora Guibert.

—Ya sabe usted que anda tres cuartos de hora adelantado.

—Pero podía haberse atrasado de pronto. Ya sabes que no se le puede hacer caso.

Una carcajada, exenta de toda burla, fué la contestación de la joven. En seguida añadió:

—Me pongo el sombrero y salgo al instante.

La señora Guibert sentóse algo resignada. Sus ojos recorrieron el saloncito de su casa de campo, con sus blancas cortinas recién lavadas y planchadas, que tamizaban la luz de aquella tarde de verano, algo atenuada por las hojas de los grandes árboles vecinos.

Los muebles eran modestos, pero armónicos: ningún objeto de lujo venía á deslucirles. Su bien conservada vetustez llevaba alegremente las huellas de antiguas generaciones y de gustos ya desaparecidos. Dos grabados, con más de un siglo de fecha, representaban encantadores episodios de *Pablo y Virginia*. En *el Baño*, la joven sujetando castamente la camisa pronta á resbalar por las finas redondeces de su espalda, sumergía en el agua lentamente y estremeciéndose su lindo pie; y en *el Torrente*, colocado enfrente, se veía al joven Pablo llevar la dulce carga de su amiguita, atravesando con cuidado las enfurecidas aguas. Una litografía, de edad menos venerable, representaba *Les adieux de Fontainebleau*; entre los granaderos medio esfumados, brillaba como centro importante de la histórica escena el calzón blanco del emperador. Por último, para que en aquellas paredes hubiese algo más moderno, una acuarela de tonos borrosos pretendía reproducir un cielo radiante

de Oriente, y el campamento pintarrajeado de Abdel-Kader tomado al galope por unos jinetes franceses. Un piano vertical y las partituras esparcidas por encima y llenando dos estantes, indicaban un gran amor á la música, mientras que otro piano de cola, que había perdido su alma sonora, servía de mesa.

La señora Guibert no veía estas cosas tan familiares para ella; pero notó que un vaso con flores no estaba en su sitio; acostumbrada al orden no podía sufrir aquella infracción y se apresuró á corregirla. Aquel vaso era la ofrenda que hacía, durante la estación de las flores, á sus queridas imágenes, causas de sus alegrías y de sus penas. De este modo honraba cotidianamente su altar doméstico. Sin embargo, no se afligió mucho por su descuido, debido á la preocupación natural que le agitaba. ¿Acaso desde sus negros marcos, la fotografía ampliada de su marido, el doctor Mauricio Guibert, muerto á principios del año anterior, víctima de su deber durante la epidemia de fiebre tifoidea, y la de su hija Teresa, joven de doce años, que Dios llamó al cielo al pisar el umbral de la juventud y la belleza, no le sonreían en aquel día de fiesta, en aquella casa llena de luto?

Su hijo segundo, Marcelo, regresaba después de tomar parte en la expedición de Madagascar y represión de los Fahavalos. Capitán á los veintiocho años y condecorado con la Legión de Honor, regresaba sano y salvo después de tres años de ausencia gloriosa.

Un telegrama de Marsella, aún sobre la mesa del salón, leído y releído infinitas veces, anunciaba su llegada á Chambéry en el tren de las siete y media de la tarde. Y por esto la señora Guibert se había vestido dos horas demasiado pronto, para ir desde la casa de campo á la ciudad á esperar al viajero. Su pensamiento volaba hacia la vía férrea de Lyon por donde venía el tren.

En medio de su ansiedad preveía una situación emocionante que reclamaría todo su valor. Allí, á orillas de la malsana Bitesboka, Marcelo había sabido la noticia de la muerte de su padre. ¡Y cómo aumentaba la amargura y crueldad de la muerte cuando ésta hiere á las personas amadas, lejos de nosotros!..

La primera mirada de su hijo sería hacia su enlutado vestido, hacia sus nuevos signos de vejez. Una sombra aparecería ante ellos. Ella midió sus fuerzas y murmuró:

—Jamás llegaron sus hijos sin que él dejara de esperarles en el andén. Yo quiero estar allí, ocupar su puesto.

En este momento entró Paula. Hermosos cabellos, de un negro brillante, encuadraban su cara redonda de tez pálida. El luto la adelgazaba, pero no con exceso. De su aspecto altivo, de su mirada decidida brotaban la resolución, el valor. El resplandor de la juventud daba á su sombría mirada un brillo parecido á la huella fugitiva que las luces de los barcos dejan sobre las olas. Aquella niña de veinte años conoció los sufrimientos á la edad en que con más entusiasmo se disfruta de la vida. Para resistir había tenido que hacer grandes esfuerzos, y el secreto de esta lucha se acusaba en su aspecto.

Sin embargo, sus negros ojos volvían á brillar más á menudo; en su cara se reflejaba una nueva alegría: parecía un rosál que abre su primer capullo. Al verla sin sombrero, su madre se escandalizó.

—¿Aún no? ¿Pero estás loca?

—Cállese, mamá, contestó la joven sonriendo.

Traía en la mano una capota de luto con el borde blanco, como acostumbra á llevar las viudas, y se acercó rápida y ligera:

—No se mueva, ¡por favor! Quiero que esté usted muy guapa para ir á recibir á su hijo. ¡Mire qué capota! ¿Verdad que es elegante? La que usted lleva está muy ajada.

Y añadió con gracia capaz de vencer toda resistencia:

—Deje que le sirva yo de camarera. Ya sabe usted que después los brazos le duelen.

—¡Maldito reuma!, murmuró la señora Guibert.

Después de cambiar de sombrero, sin mirarse al espejo siquiera, preguntó á su hija, tímidamente por miedo á disgustarla:

—¿Y no te parece, niña, que ya es hora de marcharnos?

—Bueno, dijo Paula; voy á avisar á Trelaz.

Trelaz era el colono que debía guiar el coche y conducirlas á la estación de Chambéry.

Al salir Paula, la señora Guibert se puso á mirar una fotografía en que estaban reunidos todos sus hijos. Entonces tenía seis. Ahora ya no eran más que cinco: Esteban, el mayor, ingeniero en Tonkín; Marcelo, oficial de tiradores; Margarita, Hermana de la Caridad; Francisco, que habiendo salido mal en los exámenes, fué á reunirse á su hermano Esteban; y Paula, último eslabón de esta corona de vida. ¡Cuántas separaciones—muchas de ellas para siempre—había soportado en el transcurso de sus sesenta años!

Paula regresó diciendo que Trelaz tenía el carruaje enganchado, y se puso el sombrero rápidamente.

No pudo menos de protestar contra la impaciencia de su madre, al echar una ojeada al antiguo reloj que se burlaba de los relojeros, conservando, á través de todas las reparaciones, un humor independiente.

—Tendremos que esperarnos en la estación más de una hora.

—Es que yo no quiero llegar tarde, dijo la señora Guibert.

Al salir, se volvió hacia la vieja criada, que se ponía los lentes á fin de no perder ningún detalle de la marcha de sus dos señoras, y dijo:

—María, cuidado con las chimeneas.

Subió fatigosamente al carricoche colocado al borde de la escalinata; una vez sentada, medio sonrió á su hija, y esta sonrisa medio esbozada dió por un momento á su rostro la fresca suavidad que constituyó la gracia de su juventud. Paula subió ligera y sentóse á su lado.

—Vamos, Trelaz, de prisita. Pero sin pegar al caballo y con mucho cuidado en las cuevas abajo.

—¡Ya llegaremos!, replicó filosóficamente el campesino.

Y el coche empezó á andar. Era de una forma antigua, de la cual apenas se encuentran ejemplares. Los asientos iban en sentido longitudinal, y los viajeros sentados espalda contra espalda, apoyando los pies en un marco de madera. Su forma extravagante daba siempre ocasión á bromas y burlas.

La caballería, no menos venerable, bajó al paso, con el freno que hacía rechinar las ruedas, la avenida de castaños y plátanos frondosos; salió por la verja siempre abierta, abierta por fuerza puesto que los goznes estaban oxidados; tomó el camino de Vimines al que daban sombra bosques de encinas, y después de un paso á nivel desembocó en la carretera de Lyon á Chambéry que atraviesa el pueblo de Cognin. Entonces, más cómodamente, la vieja yegua empezó á mover sus patas á derecha é izquierda, con cierta negligencia y descuido, terminando por tomar un trote cochinerito que á la señora Guibert le pareció alarmante.

El sol se había ocultado detrás de la *Señal*, que forma parte de los montes de Lepine; pero la rojiza luz de los crepúsculos de verano seguía iluminando los campos.

—Mamá, mira las montañas, dijo Paula.

Los montes forman alrededor de Chambéry un gran anfiteatro; sus escarpadas cúspides estaban teñidas de un color rosa deslumbrador, mientras en la base y laderas flotaba, cual delicado velo, una niebla azulada, indicio de buen tiempo. Pero la señora Guibert tenía demasiadas preocupaciones, para entretenerse en contemplar los reflejos del sol poniente sobre la cresta de las montañas; con una frase dió á conocer la causa de su preocupación.

—¡Si el tren llegase antes de la hora!

Y á pesar de haberlo dicho con toda ingenuidad, ella fué la primera en reírse de hipótesis tan original.

Una sombra dulce y poco intensa fué cubriendo poco á poco todos los montes, llegando un momento

en que quedó solamente iluminada la cruz de Nivellet. La señora Guibert lo advirtió y llamó la atención de su hija sobre aquel emblema de la fe luminosa. Luego una paz serena é igual envolvió á toda la naturaleza, y, por primera vez después de largo tiempo, á las dos enlutadas mujeres.

Cerca de Chambéry, un break tirado por dos buenos trótones, se cruzó con el coche de Trelaz.

—Es el carruaje de los Dulauréns, dijo Paula. Van á Aix. No nos han saludado.

—No nos habrán conocido.

—¡Oh! ¡Vaya! Pero desde que nos hemos arruina-

—Sí, mamá, tienes razón; no volveré á quejarme.

Por fin terminaron los tres kilómetros que separan el Maupas de Chambéry. Trelaz acompañó á las señoras hasta la misma estación, y después fué á colocarse con su carruaje á un rincón de la plaza, lejos de los ómnibus de los hoteles, de los coches de punto y de los carruajes particulares. Pero, en cambio, todos aquellos caballos colocados en fila envidiaron la yegua de Trelaz, ante la cual pusieron un saco lleno de heno.

Paula miró el reloj de la estación y vió con sorpresa que sólo marcaba las siete y diez minutos. Su madre lo notó y dijo:

—Ya te decía que llegaríamos tarde.

—¿Tarde porque sólo tendremos que esperar veinte minutos?, contestó su hija sonriendo.

Entraron en la sala de espera. Al abrir la puerta la señora Guibert hizo ademán de retroceder; pero Paula la empujó suavemente para que entrase. La sala estaba llena de gente de gran etiqueta. Era la alta sociedad de Chambéry que esperaba el tren de Aix-les-Bains, *el tren del teatro*. Entre aquella gente estaban los Dulauréns.

La señora Guibert quería marcharse y murmuró al oído de Paula.

—Vamos á la sala de tercera. Estaremos mejor.

—¿Por qué?, preguntó su hija.

En este mismo momento un joven, buen mozo, se separó de uno de aquellos grupos, acercándose á ellas; era un amigo de Marcelo, el teniente Juan Berlier. Las saludó con su característica amabilidad que le hacía tan simpático.

—¿Viene usted á esperar á Marcelo, verdad? Porque usted, señora, no es aficionada á viajar.

—¡Oh, no!

—¡Con qué alegría se verán ustedes!

—Otras veces, dijo la señora Guibert al joven, á quien había conocido siendo niño, era su padre quien le esperaba.

—¡Sí, sí! ¡Hay que conformarse!

Y para no insistir sobre este asunto en un sitio tan público, Juan Berlier añadió:

—Me alegro de poder abrazar á Marcelo antes de marchar.

—Venga usted á verle á casa. ¿Se marcha usted?

—Por una noche tan sólo. Vamos á Aix. Es el estreno de *La Vie de Bohème*. ¿Usted no es aficionada á los teatros?

Siempre franca, la señora Guibert contestó:

—No he ido nunca. Y á decir verdad, no lo siento.

Aunque hablaban en voz baja, dos jóvenes que llevaban trajes claros habían oído la contestación; y una de ellas, morena, imagen de la voluptuosidad, de arrogante aspecto y miradas atrevidas, se echó á reír. Risa tal vez provocada por un teniente de dragones que hablaba con ellas. Paula la miró de arriba á abajo con sus ojos sombríos, en los cuales relampagueó el desprecio.

—No estén ustedes de pie, dijo Juan.

La señora Guibert se sentó en un rincón algo obscuro, en una silla colocada junto á un sillón desocupado, como suelen hacer las personas humildes ó tímidas.

—Mamá, siéntese en el sillón, dijo algo brusca-mente Paula, que acababa de cambiar un saludo, seco por parte suya, amable por la otra parte, con aquella otra joven que en vez de reír se había puesto colorada.

Después de unas cuantas frases, Juan Berlier las dejó, reuniéndose con el grupo que antes había abandonado. Paula, siguiéndole con la vista, comprendió que contestaba á preguntas de la señora Dulauréns.

—Sí, es la señora Guibert. Espera á su hijo que regresa de Madagascar.

—¿Cuál de ellos? ¡Cómo tiene tantos!

—El oficial, Marcelo.

—¿Qué graduación tiene?

—Capitán, condecorado, célebre, dijo precipitadamente Juan Berlier, algo impaciente porque la muchacha morena, la de la risa, le llamaba.

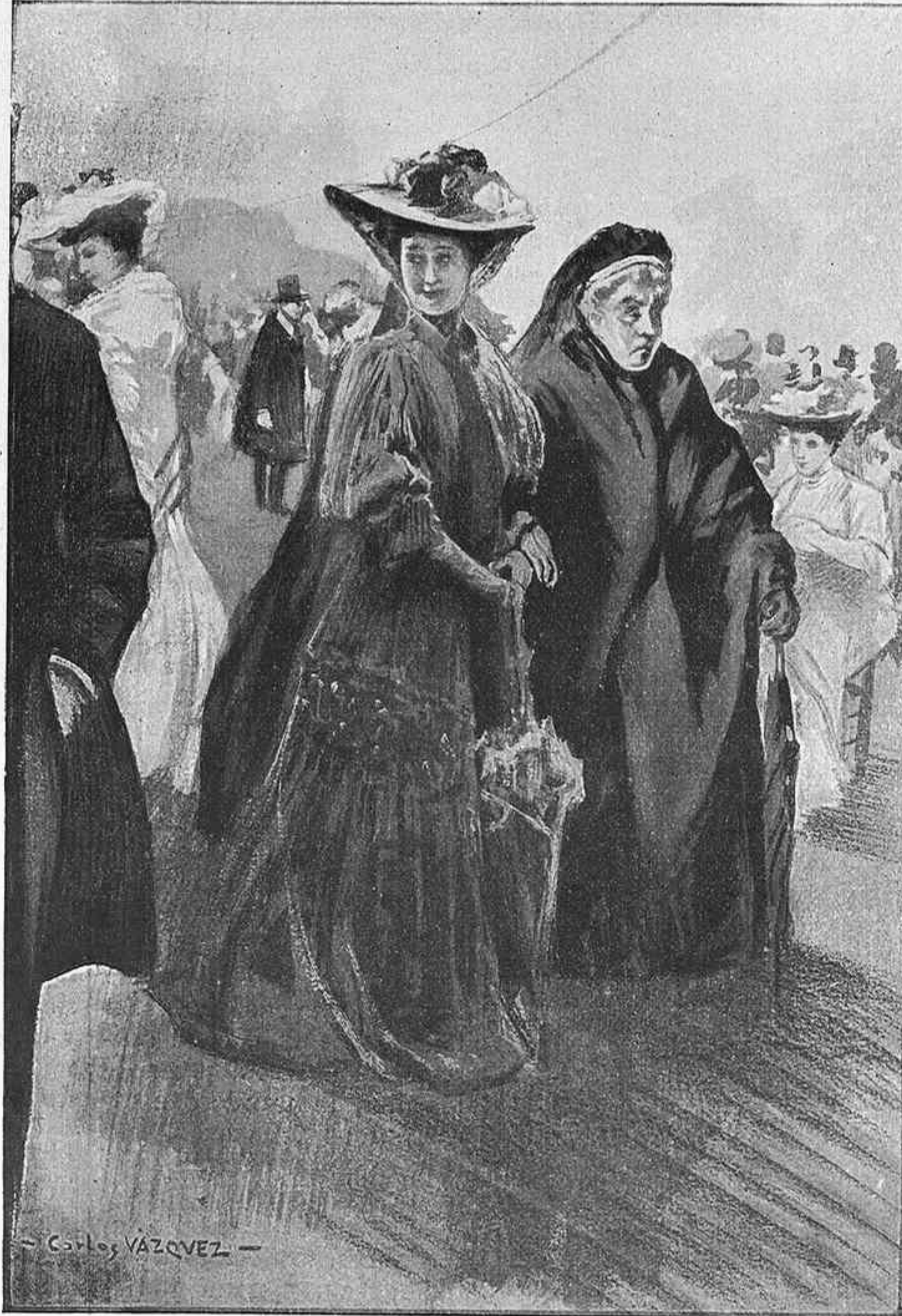
Pero la señora Dulauréns no soltaba la presa.

—¿Célebre? ¿Qué ha hecho?

—¿Pero no sabe usted que en el combate de Andriba su compañía decidió la victoria?

—¿De veras?

—¡Claro que de veras! ¡Si el nombre de Marcelo Guibert es célebre en toda Francia!



La sala estaba llena de gente de gran etiqueta

do por salvar al tío, nos saluda mucha menos gente.

Se refería á una desgracia de familia sucedida poco antes de la muerte de su padre. La señora Guibert cogió la mano de su hija entre las suyas.

—No te preocupes de esto. Piensa solamente que dentro de poco abrazaremos á Marcelo.

Sin embargo, al cabo de un corto instante, Paula preguntó:

—¿No fué papá quien visitó y curó á Alicia Dulauréns, durante la epidemia tifoidea, de la que fué él la última víctima?

—Sí, dijo la madre, perdiendo la alegría ante tan triste recuerdo.

Y añadió dulcemente, sin quejarse:

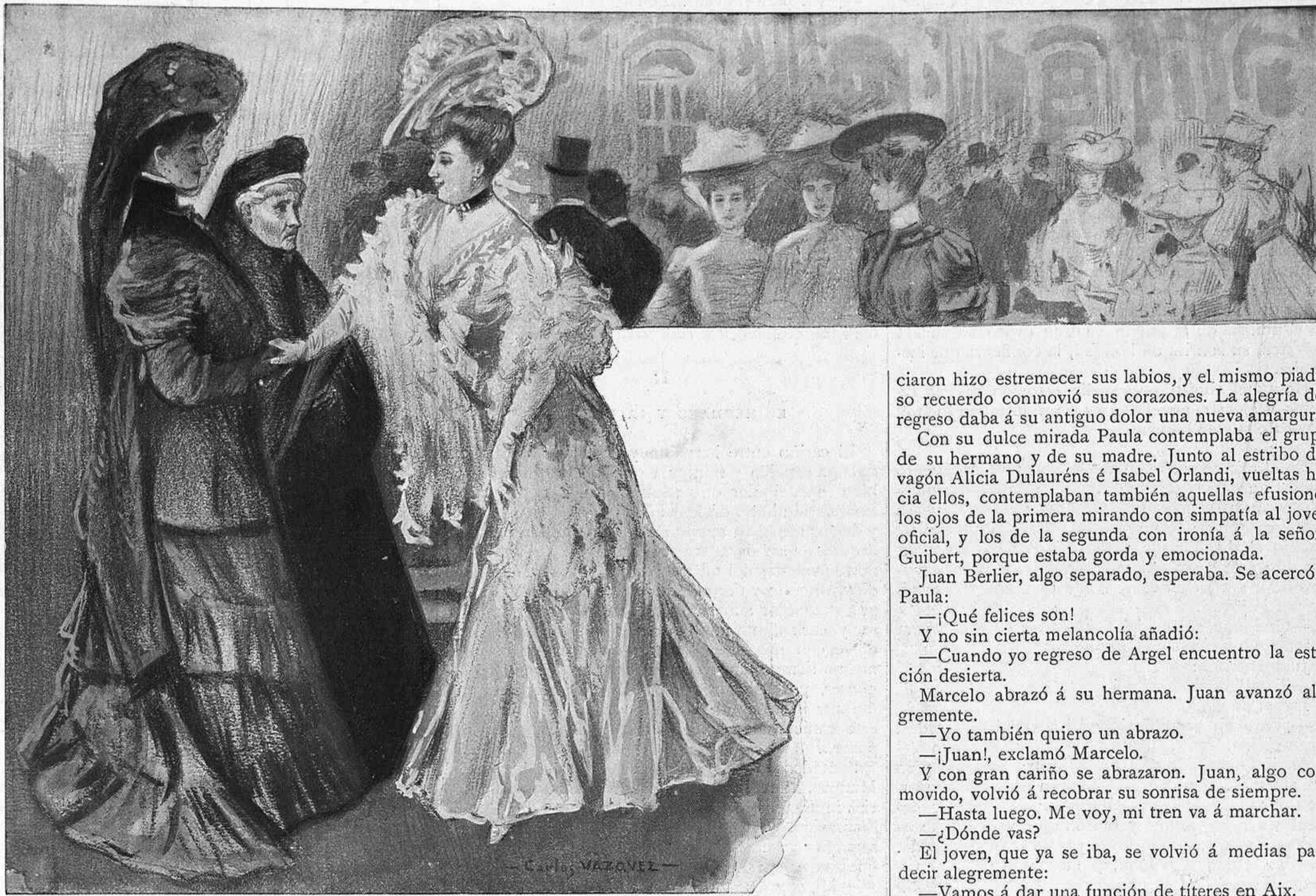
—Y hasta se olvidaron de pagar la cuenta. ¡Costumbre de gente rica! No saben cómo se gana la vida.

—Como que sólo saben divertirse.

La señora Guibert vió un sello de amargura en aquel rostro tan joven, y dijo:

—Oye. No debes envidiarles. Al divertirse se olvidan de vivir. ¿Conocen acaso el valor de la vida? Ignoran todo aquello que llena el corazón y acelera sus latidos. Pronto cumpliré sesenta años. Cuenta mis muertos y mis sacrificios. He perdido á mi Teresa, y á mi esposo que era toda mi energía. Margarita, tu hermana mayor, es Hermana de la Caridad y hace cinco años que no la he visto. Esteban y Francisco están en el Tonkín, y no conozco á mi nietecillo que ha nacido allá. Marcelo llega después de tres años de ausencia y de mortales inquietudes. Y sin embargo, no me quejo. Doy gracias á Dios que me somete á pruebas después de colmarme de bienes. Cada día de mi vida he sentido su bondad. En mi desgracia me ha dado un sostén, y este sostén eres tú.

Con su mano fina y sin guantes, Paula acarició la mano agrietada y llena de arrugas de su madre.



¡Oh! ¡Usted sí que está guapa de veras, Paula!..

Esto era una exageración evidente. La Francia de hoy, lejos de ensalzar, oculta sus jóvenes héroes.

La señora Dulauréns se apresuró á acercarse á la madre de Marcelo. La viuda Guibert resultaba interesante aun en medio de su ruina, toda vez que su hijo gozaba de una reputación tan grande.

—El capitán llega esta tarde, ¿verdad, señora? Todos nuestros corazones han estado pendientes de sus actos durante esta campaña en que tanto honraba á su patria. En los periódicos hemos leído el relato de sus proezas en la batalla de Andriba.

El Sr. Dulauréns, de corta estatura, dócil y ceremonioso, colocado detrás de su esposa, hacía signos de aprobación con la cabeza, mientras que su hijo Clemente, de diez y ocho años de edad, gordo y de buen humor, que estupefacto oía hablar á su madre, tiraba de la manga á Juan Berlier y le decía al oído:

—¡Vaya un tupé el de mamá! Sólo lee las crónicas mundanas de *Le Gaulois*. ¿Cómo ha podido retener un nombre malgacho? Yo, en cambio, los conozco todos, hasta los más difíciles. De la expedición no sé una palabra, pero con mis amigos nos entretendremos desafiándonos á ver quién sabe nombres más raros: Aukerramadinika...

Rodeada de aquella gente la señora Guibert se encontraba en una embarazosa situación. De igual manera que su modesto traje de luto contrastaba, á pesar de los cuidados de su hija, con aquellos elegantes vestidos de teatro, su pensamiento no tenía nada de común con aquella sociedad. Todos se habían acercado, felicitándola. Después de los Dulauréns, la felicitó la señora Orlandi, vieja condesa italiana que vivía en Chambéry, y á la que el doctor Guibert había visitado durante sus interminables enfermedades nerviosas. Martenay, el teniente de dragones, la miraba con el monoclo, con curiosidad rayana en la insolencia. Ella contestaba sencilla y tímidamente, toda avergonzada; y su hija, que se daba cuenta de ello, la ayudaba con más soltura y cierta altivez, á pesar de la amabilidad que le demostraban las dos jóvenes; la morena, Isabel Orlandi, con frases afectadas como sus gestos, y la otra, rubia y siempre amable Alicia Dulauréns, abrumándola con atenciones y frases cariñosas, con una voz que tenía algo de murmullo y de gorjeo, atenuando las sílabas duras, envolviendo todas las palabras de una agradable dulzura.

—¿Hoy llega su hermano? ¿Estará usted contenta? Hace muchos años que no le ha visto, ¿verdad? ¿Se acuerda usted de cuando jugábamos juntos en el Maupas y en la Chênaie?

—Sí, contestó Paula; pero de esto hace mucho tiempo. Ahora el jardín del Maupas está sin arreglar y el de la Chênaie demasiado cuidado.

—¿Por qué no vienen ustedes por casa? Es preciso que vengan.

Paula preguntábase por qué le demostraba tanta amistad esta antigua compañera del Sagrado Corazón, de la cual le había ido distanciando la vida. Recordó su traje negro, liso, sencillo, y admiró sin envidia la blusa azul pálido, adornada de encajes blancos y algo escotada, de donde surgía, cual delicada flor, el cuello blanco, delgado y flexible de Alicia. Del traje pasó al rostro, de facciones finas y puras, de cutis impecable y ligeramente rosado.

Paula resumió sus observaciones exclamando casi inconscientemente:

—¡Qué guapa está usted, Alicia!

Las frescas mejillas de ésta se pusieron en seguida coloradas. Y mientras se hacía á un lado para dejar pasar á un viajero, Paula pudo observar que hasta sus movimientos, algo indolentes y perezosos, rodeaban de una graciosa languidez á aquella muchacha encantadora y fina, al lado de la cual se daba cuenta completa de su fuerte juventud.

—¡Oh! ¡Usted sí que está guapa de veras, Paula!..

El ruido del expreso que llegaba de Lyon puso brutalmente término á estos coloquios. Todos se precipitaron fuera de la sala de espera. Los Dulauréns y sus amigos buscaron los coches de 1.^a del tren del teatro que estaba formado al borde del andén; por un claro que este tren dejaba libre, á propósito, los viajeros del expreso corrían hacia la salida.

Delante de todos iba un joven delgado, que marchaba erguido, la cabeza alta, con aire de altivez. Llevaba en la mano un sable dentro de una funda de franela verde. Al ver á la señora Guibert se precipitó en sus brazos.

—¡Hijo mío!, exclamó ésta, y á pesar de sus propósitos de valor, rompió en sollozos.

El joven, después del abrazo, contempló con tierna emoción á aquella pobre mujer que llevaba en su cara las huellas de tanto disgusto, y su bronceado y casi duro rostro se alteró. Un nombre que no pronun-

ciaron hizo estremecer sus labios, y el mismo piadoso recuerdo conmovió sus corazones. La alegría del regreso daba á su antiguo dolor una nueva amargura.

Con su dulce mirada Paula contemplaba el grupo de su hermano y de su madre. Junto al estribo del vagón Alicia Dulauréns é Isabel Orlandi, vueltas hacia ellos, contemplaban también aquellas efusiones los ojos de la primera mirando con simpatía al joven oficial, y los de la segunda con ironía á la señora Guibert, porque estaba gorda y emocionada.

Juan Berlier, algo separado, esperaba. Se acercó á Paula:

—¡Qué felices son!

Y no sin cierta melancolía añadió:

—Cuando yo regreso de Argel encuentro la estación desierta.

Marcelo abrazó á su hermana. Juan avanzó alegremente.

—Yo también quiero un abrazo.

—¡Juan!, exclamó Marcelo.

Y con gran cariño se abrazaron. Juan, algo conmovido, volvió á recobrar su sonrisa de siempre.

—Hasta luego. Me voy, mi tren va á marchar.

—¿Dónde vas?

El joven, que ya se iba, se volvió á medias para decir alegremente:

—Vamos á dar una función de titeres en Aix.

Y señalaba con la mano á los distinguidos grupos que subían al *tren del teatro*.

Marcelo Guibert echó una ojeada rápida sobre aquellos maniqués en traje de etiqueta. Paula al volver, vió á Alicia que, asomada á la ventanilla del coche, le decía adiós; la saludó á su vez, rápidamente y sin gran entusiasmo, como si aquella seductora imagen le inspirase desconfianza ó algún temor supersticioso. Las desgracias habían dado una sensibilidad orgullosa á su alma joven y ardiente. «¿A qué viene tanto cariño?» se preguntaba. Sus ojos negros se fijaron en el capitán, que iba delante dando el brazo á su madre, y pensó: «¡Mucha riqueza y poco valor!»

Cuando Marcelo vió el carruaje de Trelaz, exclamó:

—¡Ah! ¡Nuestro antiguo carricoche!

—Es el único coche que hemos dejado de vender, dijo su madre, como excusándose.

Pero el joven, al lanzar su exclamación, no había previsto aquella respuesta. El antiguo carruaje que á él le recordaba su infancia, ahora representaba la ruina de su familia. Su rostro se ensombreció, comprendiendo en seguida las dificultades materiales que en el Maupas habían agravado el luto y la aflicción. Sin necesidades personales, acostumbrado á vivir con poco, la escasez que adivinaba le hacía sufrir por su madre y por su hermana. Mientras tanto, la señora Guibert pensaba:

—En su obsequio debíamos haber tomado un coche en la estación.

Atravesaron Chambéry, adormecida capital de Saboya, engalanada con su histórico castillo, que se dibuja altivo cual militar penacho sobre el fondo azul del cielo. Marcelo respiraba voluptuosamente el aire nativo. La salida de la ciudad evocó todo un enjambre de recuerdos. El paisaje que se presentaba ante sus ojos resumía su adolescencia feliz y apasionada. Innumerables veces, desde los bosques de Vimines, habíase extasiado ante sus duros perfiles y su luz transparente. En el fondo, las rocas peladas del Pas-de-la-Fosse; en segundo término, el Granier, mirando por encima de los montes más cercanos que forman un gran círculo todo verde, con tres campanarios que armonizan el cuadro: el de Belle-Combette suavemente oculto entre los árboles como una oveja entre los altos pastos; Montagnol, el más alto, sombrío y dominador, cual atalaya; Saint-Cassin, más modesto y delicado, junto á un bosquecillo que le oculta á medias. Extraño paisaje, que temple la severidad de las

rocas duras y amenazadoras, con la dulzura de aquella apacible ladera de frescos colores.

Cuando el carruaje dejó la carretera para internarse, después del paso a nivel de la vía férrea de Saint-André-le-Gaz, por el camino de Vimines, cuya cuesta atraviesa los bosques y pasa por delante de la verja abierta del Maupas, Marcelo bajó del coche para aliviar a la yegua. Llegó el primero a la casa, que desaparecía, como antes, entre jazmines y rosales. Como antes, el crepúsculo daba a los árboles de la avenida un aspecto grave y recogido. Y como antes, la arena del patio rechinaba.

En el umbral de la puerta esperó a su madre, para ayudarla a subir la escalinata, y apenas estuvieron dentro estrechó entre sus brazos a aquella pobre mujer que rompió en sollozos. Paula también se dejó llevar de la emoción. Faltaba el jefe de la familia, y en el umbral de la puerta su hijo evocó su silueta enérgica, su sonrisa de bondad, la confianza que inspiraba.

En aquel abrazo, en aquella emoción mezcla de dolor y alegría, aquellos tres seres gustaban todo el sabor de la vida humana...

En el mismo coche de 1.^a habían tomado asiento los Dulauréns, la señora Orlandi, su hija y el teniente Armando de Marthenay. Isabel Orlandi, que se había apoderado de un rincón, reservaba a fuerza de trabajo el de enfrente para su *flirt*, Juan Berlier. Cuando éste se decidió a subir, en el momento preciso de ir a marchar el tren, fué bastante mal acogido por la joven:

—Creí que se quedaba usted en el andén para abrazar a los caballeros que llegan.

Juan sonrióse:

—También sé abrazar a las señoras.

Isabel no cedió.

—¡Vaya un espectáculo que nos daban ustedes! Era sencillamente ridículo.

Alicia Dulauréns, de alma delicada, enrojeció, pero sin atreverse a protestar. El joven no se desconcertaba por tan poca cosa. Al *flirtear*, le gustaba emplear un tono irónico y burlón que conseguía exasperar y atraer a su *flirt*, joven y temible niña mimada.

—Es verdad, dijo Juan, que los Guibert, al encontrarse después de tres años de ausencia, de separación y luto, han omitido las reglas del protocolo preciso para merecer el favor de usted. Y lo más doloroso es que ni siquiera ha habido una mirada del guapo capitán para los encantos que usted atesora.

—¡Oh! ¡El guapo capitán!

—Es calvo, dijo Marthenay, cuyos espesos cabellos se erguían en forma de cepillo.

—Sí; se ha puesto calvo en las colonias. Es probable que una vida de guarnición en Francia le hubiese conservado una espléndida cabellera.

Isabel no se dió por vencida. Un despecho inconsciente la impulsaba a atacar a los amigos de Juan, y ya no sabía lo que se decía.

—¡Oiga usted! Su amigo tiene por madre un verdadero fenómeno. No ha puesto jamás los pies en un teatro. ¿Qué vida habrá llevado?

Juan Berlier, que veneraba a la señora Guibert, se puso agresivo:

—Una vida que nunca llevará usted Isabel: ha vivido para los demás.

—Esto no es vivir.

—¿Así lo cree usted, verdad? Pues yo creo, por el contrario, que ha vivido lo que usted no llegaría nunca a vivir aun cuando llegase a centenaria.

—¡Ah!, ¿no? Quisiera ver otra que llevara una vida más activa que la mía.

—Usted se mueve y bulle mucho, lo cual no es lo mismo que vivir. ¿De qué esfuerzo es usted capaz?

Y para terminar de una vez, le preguntó riendo:

—¿Es usted capaz siquiera de casarse por amor?

—¡Ah!, ¡no, señor! ¿Sin dinero, verdad? Un millón de gracias. Vegetar tristemente comiendo pan y cebolla...

Y al decir esto, enseñaba sus lindos dientes, que brillaban afilados y voraces.

—¡Ea!, no se ponga triste, déme usted la mano, siguió diciendo Juan.

Ella le tendió su fina mano sin guantes. Él fingió mirarla atentamente.

—Leo en ella que se casará usted con un hombre de cuarenta años, feo y millonario; que después del matrimonio mostrará su verdadero carácter, de avaro y tacaño. Siempre se recibe el castigo por donde más se ha pecado.

Esta buenaventura fué dicha en un tono grave y sentencioso que regocijó a todos los que iban en el coche.

Cuando las conversaciones volvieron a reanudarse, Isabel, ya tranquila, murmuró alegremente a su vis-à-vis.

—¡Peor para el avaro! ¡Le engañaré!..

Y de nuevo soltó la risa, enseñando sus dientes blancos, fuertes como los de un perro joven, mientras miraba atrevidamente al hombre que tanto le gustaba.

Alicia, desconcertada por lo atrevido de aquellas frases, se avergonzaba por su amiga; y aislándose de todos, se adormeció soñando con el matrimonio de amor que Isabel desdénaba y que ella veía realizado con alguien cuyo rostro había visto recientemente.

La señora Dulauréns, preocupada por el éxito de sus *matinées* veraniegas, decía a su hijo, que le citaba los nombres extravagantes de Madagascar:

—Según parece es un héroe. Le invitaremos.

Su marido, resumiendo una larga y apacible conversación, sostenida de completo acuerdo con la señora Orlandi, decía:

—Lo primero de todo es procurarnos una verdadera tranquilidad. En esto está el secreto de la vida...

II

EL HERMANO Y LA HERMANA

El cariño entre hermano y hermana reviste una dulzura sencilla y tranquila que lo hace inconfundible con cualquier otro sentimiento. Está por su naturaleza al abrigo de los violentos arrebatos del amor y de sus impulsos apasionados, demasiado embriagadores para ser duraderos. Se diferencia de la amistad entre personas del mismo sexo, por un no sé qué púdico, discreto y tierno debido a la mujer. Y lo singulariza mejor aún la facilidad maravillosa para pensar y sentir de un modo idéntico, que permite entenderse con medias palabras y recordar las cosas al mismo tiempo, motivada por el origen é infancia comunes, por haber respirado constantemente el mismo aire nativo y el mismo perfume del pasado. Y este carácter es envidiado por el amor, que no lo posee...

Sentados en sillones de juncos en el jardín del Maupas, Marcelo y Paula saboreaban, sin confidencias inútiles, la alegría de comprobar que durante su separación, y a pesar de la distancia, la vida había seguido manteniéndolos iguales. Sentían de otro modo que antes, pero seguían sintiendo de un modo idéntico.

—Me encuentro tan bien aquí, dijo Marcelo, que hoy no quiero moverme para nada.

Estaba delgado. Tenía necesidad de descanso. A pesar de su robusta constitución, la campaña colonial había dejado huellas en su salud. La fiebre le atacaba, si bien cada vez más de tarde en tarde. Esperaba que el aire saludable de Saboya le pondría bien del todo.

Era una de aquellas tranquilas siestas del verano, en el campo, en las que parece oírse la vibración de la luz. Ni el más ligero soplo de viento llegaba hasta ellos. En lo alto de los árboles, solamente una perezosa brisa movía de vez en cuando las hojas de los tilos, que temblorosas mostraban a veces una de sus caras de un verde oscuro, y a veces la otra cara de un verde claro.

Sobre la rústica mesa redonda de pizarra, tallada de una sola pieza, se amontonaban periódicos y cartas. Paula se decidió a abrir el correo, al que su hermano no hacía caso.

—Artículos en que hablan de ti: *Le Clairon des Alpes, La Savoie républicaine*. ¿Quieres leerlos?

—¡Oh, no, por favor!, exclamó el capitán suplicante.

—Invitaciones, siguió diciendo la joven. Tus compañeros dan un banquete en honor tuyo. Un pase para el casino de Aix-les-Bains. Otro para la *Villa des Fleurs*. La baronesa de Vittoz recibe los martes.

—¿Qué me importa a mí todo esto? Yo no quiero ver a nadie, absolutamente a nadie.

—Estás de moda. Todos te buscan. Disponen de tu libertad; es un modo indirecto de participar de tu heroísmo.

—Habíamos convenido en no hablar de esto.

—Pero si todo el mundo no habla de otra cosa. Hoy en día la última moda es la gloria. Un día de estos recibiremos la visita de los Dulauréns y de otros muchos más que no veíamos desde que se hizo pública nuestra ruina.

Guardaba de aquel período de prueba una arruga de amargura en su tersa y hermosa frente sombreada por su negra cabellera, y un pliegue de orgullo en su valeroso corazón.

Marcelo no contestó. Se dejaba invadir deliciosamente por todos los recuerdos esparcidos en aquella tierra de sus abuelos. Veía salir de todas partes las huellas del pasado que volaban a su alrededor cual pájaros parleros. Los niños de familias numerosas son los que disfrutaban los días más dichosos, porque son los únicos que conocen la feliz exaltación de la sensibilidad, nacida de la vida en un ambiente

lento de buen humor, alegría y confianza. Y esta dicha, que convierte la niñez en un fácil encanto, ilumina la edad madura y llega hasta la vejez, sirve de recompensa a los que tuvieron el valor de vivir y propagar la vida. Por esto Marcelo sonreía a otro Marcelo muy chiquitín, que veía claramente correr por los campos vecinos en compañía de alegre bandada de hermanitos y hermanitas. Y empezó con Paula una serie de «¿Te acuerdas...?», escudriñando hasta en los años más lejanos, en donde el alma está envuelta por el misterio, y acabó por decir:

—¿Te acuerdas?... Pero, quia..., si aún no habías nacido. Estábamos tumbados sobre la hierba. Creo que durante nuestras primeras vacaciones, papá nos había contado la *Iliada* y la *Odisea*. Nosotros en seguida poníamos estos poemas en acción. Yo hacía unas veces de Héctor y otras del prudente Ulises. Pero prefería hacer de Héctor, que es generoso y de un valor melancólico, capaz de impresionar el corazón de un niño. Más tarde leí a Homero como quien visita a un amigo antiguo. Tal vez deba a estas influencias la pasión por las aventuras.

—Que por ahora supongo no reanudarás, dijo Paula. Mamá ha envejecido mucho, ¿verdad?

—Sí, marcha algo más encovejada y está muy pálida. Gracias a ti la conservamos. En ti confiamos todos nosotros que andamos errantes por el mundo.

La joven no contestó. Marcelo se arrepintió de su reflexión, cuyo egoísmo comprendía. De todos los hijos del doctor Guibert, Paula había sufrido más directamente que ninguno el golpe del desastre financiero, al cual se habían visto arrastrados por la quiebra de un hermano del doctor. Ella había perdido su dote y, por lo tanto, muchas probabilidades de casarse. Y además sus hermanos contaban con su abnegación para aliviar la vejez de su madre, como si Paula tuviese que prescindir por completo de su personalidad y sentir en vano su corazón llenarse de ternura.

Marcelo contempló durante largo tiempo a su querida hermana. Con respetuoso afecto admiraba su talle esbelto que indicaba flexibilidad y fuerza; su rostro, de pureza acentuada por el traje de luto; sus ojos profundos y sombríos y sin embargo dulces, ojos de mujer que conoce la vida, ha luchado con ella y no le tiene miedo; y todo su aspecto encantador de virgen altiva y virtuosa. ¿Cómo era posible que dejase de inspirar alguna pasión?

Y al ver en aquella frente pensativa la sombra de los negros cabellos, buscó la sonrisa de Paula.

—¡Qué hermosos son tus cabellos! No he visto otros más negros en mi vida. Llevas con orgullo su peso. ¿Te acuerdas cuando eras chiquilla y los llevabas sueltos sobre la espalda, que muchos campesinos al ir al mercado se paraban para mirarte y decían: «Parece mentira que martiricen a este renacuajo con el peso de una cola postiza?» Y entonces tu niñera decía: «¡Una cola postiza!.. ¡Acércate y tira de ella y verás si es ó no postiza!» Y en efecto, se acercaban y tiraban de tu cabellera, y te hacían llorar por ser demasiado bonita.

Poco a poco, agarrándose al pasamanos de hierro de la escalinata y apoyando los dos pies en cada escalón, la señora Guibert iba al encuentro de sus hijos. Cual flor de otoño, solitaria en el jardín desierto, una débil sonrisa iluminaba su rostro desde la llegada de Marcelo. Éste se adelantó y la condujo a un sitio resguardado del sol.

—¿Se encuentra bien, mamá?

Una sonrisa apareció radiante en el rostro de la anciana.

—¡Querido hijo! ¡Cómo te pareces a él!

El rostro del joven se puso serio, diciendo:

—Hace diez y ocho meses que nos abandonó. ¡Qué tarde aquella! Jamás la olvidaré. Vagaba por el campamento, llamándole, llamándolas a ustedes. Sentía la muerte marchar detrás de mí...

Después de un corto silencio, la señora Guibert dijo:

—¡Diez y ocho meses! ¡Parece mentira!.. Y sin embargo han pasado. A vosotros os debo la vida. Queridos hijos, mientras conserve un soplo de vida, daré gracias a Dios por haberme concedido un marido como aquél y unos hijos como vosotros.

Y secándose sus ojos llenos de lágrimas, empezó el triste relato que su hijo esperaba:

—La desgracia de tu tío Marcos fué el principio de todas nuestras penas. Eramos demasiado felices, Marcelo. Tu padre era la fuerza, la confianza y el trabajo personificados. Aun en los días más penosos, siempre estaba contento. Y vosotros, todos, progresabais en vuestras carreras.

—Todo el mundo nos tenía envidia, añadió Paula. Y su hermano, siempre altivo, exclamó:

—¡Más vale la envidia que la piedad!

(Se continuará.)